



Cuadros y escenas criollas de Villaguay (Argentina)

Escritos por un médico asturiano en 1894

Venancio García Pereira

Edición de Juaco López Álvarez

CUADROS Y ESCENAS CRIOLLAS

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

ESCRITOS DE LA VIDA COTIDIANA

V

VENANCIO GARCÍA PEREIRA

CUADROS Y ESCENAS CRIOLLAS
DE VILLAGUAY (ARGENTINA)

ESCRITOS POR UN MÉDICO ASTURIANO EN 1894

Edición de
JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

con la colaboración de
RAÚL JALUF

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

2013

Este libro se edita gracias a la colaboración
de la Municipalidad de Villaguay (Entre Ríos, República Argentina)
y a la ayuda económica de Cajastur.

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

Paseo del Doctor Fleming, 877

La Güelga, 33203 Gijón /Xixón (España)

Teléfono: 34 / 985 18 29 60

museopa@gijon.es

<http://museos.gijon.es>

<http://www.redmeda.com>

© de los textos: sus autores

© de esta edición: Muséu del Pueblu d'Asturies-Fundación Municipal de Cultura,
Educación y Universidad Popular de Gijón

Diseño de cubierta y compaginación: Marina Lobo

ISBN: 978-84-96906-42-6

D.L.: AS-163-2013

Impresión: Imprenta Mercantil

PRESENTACIÓN

CUANDO mis tres hermanos y yo éramos pequeños íbamos con cierta asiduidad a casa de Emilina y Tino Sol, que vivían en el barrio de El Corral, en la villa de Cangas del Narcea (Asturias), que era donde vivíamos todos. Esto sucedía alrededor de 1970. Emilina y Tino eran los padrinos de mi hermano Pedro, no tenían hijos y nos recibían, sobre todo ella, con una afabilidad que hacía que las visitas a aquella casa fueran siempre agradables. Emilina era prima de mi padre, aunque de esto me enteré años después, y Tino ejercía la medicina.

Su casa había sido construida hacia mediados del siglo XIX y no era grande. Tenía una bodega, una planta baja y un piso. En la planta baja había un comercio. La vivienda estaba en el piso. Tenía tres habitaciones: la del matrimonio; la de Rosario, que era la criada de toda la vida, y el despacho de Tino con muebles blancos, en el que sobresalía una camilla cubierta de torres de revistas médicas. Los espacios principales de la casa eran la sala y la galería. La primera estaba amueblada con una mesa de comedor cuadrada en el centro, muchas sillas, un armario expositor, un aparador, un piano y encima de este un cuadro de la Inmaculada Concepción, que, según opinión familiar, era muy valioso. En la galería era donde transcurría la vida de aquella casa; estaba orientada al sur y desde ella se veían la calle Mayor y la Cuesta de la Vega, dos de las vías más transitadas de la villa.

Nada más traspasar la puerta de entrada a la casa había que ascender una pronunciada escalera para llegar a la vivienda. Justo en el rellano de arranque de la escalera, había una pequeña puerta a la izquierda, que casi siempre estaba abierta, que daba acceso a un espacio en el que estaban la leña y el carbón con el que se atizaba la cocina, y al fondo se veían unos baúles viejos. Muchas veces, después de muertos Emilina y Tino Sol, y afianzada mi afición por los libros y los documentos antiguos, me acordé de aquellos baúles, pero nunca tuve ocasión de poder abrirlos.

Bastantes años después de aquel tiempo, recibí una llamada de unos anticuarios para avisarme de que tenían cosas procedentes de Cangas del Narcea que tal vez podían interesarme. Acudí a su llamada con la rapidez que ponemos los humanos cuando nos interesa algo, y mi sorpresa fue grande cuando allí me encontré con cartas, cuadernos, documentos y objetos procedentes de aquella casa de mi infancia. Allí estaban las cartas que Tino Sol le escribió a Emilina en su etapa de noviazgo, recordatorios de primeras comuniones y fallecimientos, libros de cuentas, fotografías, etc. Los documentos que más llamaron mi atención fueron dos novelas manuscritas en unos cuadernos, fechadas en Madrid en 1876, y otros tres cuadernos más pequeños con escritos realizados en Villaguay en 1894, todos ellos firmados por Venancio García Pereira, que para mí era un total desconocido. En ese momento, yo solo sabía que a la casa de Emilina la llamaban en Cangas del Narcea la Casa las Pereiras, porque allí habían vivido unas tías solteras de ella que al parecer llevaban ese apellido. Eso es lo único que sabía antes de ponerme a leer todo lo que tenía delante.

Este fue el inicio del descubrimiento de la personalidad de Venancio García Pereira, un joven médico nacido en esa casa de Cangas del Narcea, que en 1885 se marchó a trabajar a Villaguay, en la provincia de Entre Ríos (República Argentina), y que murió en Buenos Aires once años después. Era tío abuelo de Emilina (Emilia Menéndez López) y muy aficionado a la escritura, y los textos que escribió en Villaguay, que hasta ahora habían permanecido encerrados en un baúl, son de mucho interés.

Los textos que publicamos en este libro están escritos en dos cuadernos. El principal, que contiene los *Cuadros y escenas criollas*, es un cuaderno de 205 × 160 mm. y 166 páginas. Lamentablemente su estado de conservación es malo, sobre todo el de las últimas quince páginas, donde la humedad ha destruido el extremo inferior de casi todas las hojas, y por ello el lector encontrará faltas de texto en nuestra edición. El contenido de este cuaderno carece de título y nosotros le hemos puesto el de *Cuadros y escenas criollas* tomándolo de las primeras palabras de la obra: “Principiar a escribir sobre cuadros y escenas criollas y no dar la preferencia al mate, es algo así tan extraño como acostarse boca bajo para contar las estrellas”. El otro cuaderno es apaisado, 135 × 202 mm., tiene 184 páginas y su conservación es buena. Contiene dos capítulos de una novela inacabada y el comienzo de otra novela también inconclusa, que alcanzan hasta la página 99 de este cuaderno; las dos están ambientadas en la vida rural de Villaguay y sus personajes están inspirados en personas reales de ese ámbito.

En Asturias son muy raros los testimonios escritos por emigrantes a América en el siglo XIX que traten de los lugares en los que se establecieron; son más frecuentes, pero tampoco mucho, los relatos del viaje en barco y de su propia vida, así como las cartas en las que van dando cuenta también de su existencia, pero rara vez de la sociedad en la que viven. Es por esto que los *Cuadros y escenas criollas* de Venancio García Pereira constituyen un texto excepcional en Asturias. También lo son para la España de la época, la cual, como dice Caro Baroja en un artículo sobre Ciro Bayo (1859-1939), un escritor contemporáneo de Venancio García, estaba «adormecida para todo lo que se refería a América y lo americano» (*Semblanzas ideales*, Madrid, 1972). En efecto, durante todo el siglo XIX serán numerosos los relatos y crónicas sobre Argentina escritos por viajeros, geógrafos, naturalistas y médicos procedentes de Francia, Alemania, Reino Unido e Italia; mientras que los testimonios de españoles son prácticamente inexistentes.

Por otra parte, estos escritos son el testimonio directo más antiguo que existe sobre la vida cotidiana en el departamento de Villaguay. Hasta ahora la descripción más antigua era la de Fortunato Leoncio Echaniz, un maestro nacido en 1880 que escribió en los años sesenta unas *Memorias de Villaguay* en las que recopila sus recuerdos de la infancia e historias que le contaba su abuela. Es un testimonio muy interesante, pero reducido casi exclusivamente a la sociedad urbana de Villaguay, no al medio rural que era el que ocupaba la mayor parte de ese territorio, y que es el que más le interesa a Venancio García. Pero, además, los *Cuadros y escenas criollas*, y los otros escritos de nuestro médico, tienen un especial valor para la historia de la literatura entrerriana, que en este libro analiza Miguel Ángel Federik.

La lectura de los escritos de García Pereira me provocó, como a cualquiera que los lea y no conozca aquel territorio americano, una irrefrenable necesidad de conocer Villaguay y de visitar los lugares que él describe. Para preparar mi viaje envié un correo electrónico a la oficina de turismo de esa población, solicitando información para contactar con el responsable del Museo Histórico Municipal y explicando la razón de mi interés. Recibí la respuesta el mismo día, cinco horas después, y así contacté con Raul Jaluf, el director de dicho museo, que me envió enseguida un retrato fotográfico de Venancio García que pertenece a los fondos del museo y que me permitió conocer su rostro. Por otro lado, a través de mi pariente Pepe Avello Flórez y su amigo el poeta argentino Santiago Sylvester, contacté con Miguel Ángel Federik, abogado y poeta de Villaguay. De este modo, Jaluf y Federik me fueron abriendo el camino para llegar a esta población a fines de septiembre

de 2012, y ambos me guiaron por la ciudad y su departamento. Sin ellos, esta edición no hubiera sido posible.

Asimismo, tengo que agradecer las atenciones y la información que recibí en Villaguay de Manuela Chiesa, María Ester Miller, Ricardo Vergara, Gastón Surra, Sergio y Pepe López Medraño; Cesar Nogueira y Jorge Torres, presidente y secretario de la Sociedad Española respectivamente; María Cristina Grassetti, presidenta de la Sociedad Italiana «Unione Garibaldina», así como de los representantes de la Municipalidad de Villaguay: Adrián Federico Fuertes, intendente; Silvana Roitman, vice-intendente y Manuel Servando Esquivel, secretario de Medio Ambiente, Turismo y Desarrollo.

El viaje a la República Argentina hubiese sido mucho más complicado y menos provechoso, sino fuese por la ayuda constante que me prestaron Juan González Marqués y Javier González Berlanga, amigos cangueses en Buenos Aires, y Sofía Díaz Rodríguez.

Por último, debo mencionar a Carmen Lombardía, María Jesús Sánchez Barral, Jesús Suárez López y Borja Fernández Oliveira, compañeros de trabajo en el Muséu del Pueblu d'Asturies, que realizaron gran parte de la transcripción de los escritos de Venancio García Pereira.

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ
Muséu del Pueblu d'Asturies

«Cuadros y escenas criollas de Villaguay» del doctor Venancio García Pereira

por MANUELA CHIESA

VILLAGUAY, pueblo situado en el centro de la provincia de Entre Ríos, en la República Argentina, nace entre luchas fratricidas y golpes de esfuerzo en los albores del siglo XIX.

Fue la cuna preferida del monte de Montiel, quien le brindó los caracteres que la representan, o mejor dicho que la representaron, porque sólo nos queda la luz de sus paisajes rumorosos, ante un progreso incontenible de tala y desmonte cotidiano.

A este lugar llegó, hace ciento veinticinco años, el doctor Venancio García Pereira desde su Asturias natal y este lugar le aportó vivencias ricas e irrepetibles, que hoy disfrutamos en su libro.

Si nos ubicamos objetivamente en los días de su arribo a esta comarca, comprobaremos la veracidad de sus apreciaciones. En 1883, había surgido en Villaguay el periódico *La Libertad*, y por él nos enteramos que el pequeño pueblito contaba por entonces con mil trescientos habitantes. Hasta 1886 sólo dos médicos precedieron al doctor García, existía una sola farmacia llamada «El Aguila» y el único café, «La Estrella», se remató en 1888. La sociabilidad de mediados del siglo XIX, así como las actividades rurales, la construcción del precario templo o las preferencias femeninas son postales perfectas de la época en la pluma de Venancio García.

Pero algo provoca nuestra atención y es el haber desentrañado el espíritu del pueblo, como si hubiera sido un habitante más de Villaguay, donde lo cotidiano se le ha hecho medular. Cuando leemos: «Nada más melancólico que sus noches, cuyo silencio sólo se ve interrumpido por el ladrido de los perros y por el mugir de las vacas lecheras...», admiramos la transparencia de la imagen en la cual también descubrimos un dejo nostálgico que el

autor insinúa entre renglones. La misma sensación experimentamos en el primer párrafo del capítulo «Sigue la farra»:

Como compensación a las dos noches y un día de lluvia verdaderamente torrencial, apareció por fin uno de esos esplendidos días de primavera en que la naturaleza entera parece adquirir nuevo vigor para continuar en su obra incesante de reparación y destrucción, a medida que el tiempo frío e indiferente va amontonando los siglos, como el avaro amontona las monedas de oro. Los campos hallábanse convertidos en lagunas, los arroyos en ríos y los ríos en mares, en tanto que los árboles despedían de sus ramas lágrimas de alegría al contemplarse en el agua adornados con nuevos y vistosos ropajes...

Han pasado ya muchos años de aquellas vivencias, pero el viajero que hoy llegue a Villaguay no podrá desconocer el símil de «sus calles, anchas y rectas, permanecen sombrías ante los esbozos de casas que se dibujan en las esquinas de cada *cuadra*, y hasta el escueto campanario de una iglesia de ocasión parece asomar medroso, su negra cruz, sobre los techos que lo rodean». Esto sigue siendo tan asombrosamente real como cuando aquel inmigrante asturiano lo contempló.

Las bucólicas narraciones de los distritos que componen el departamento de Villaguay hablan por sí solas de nuevas experiencias y de nuevos aprendizajes.

En todo caso no se trata de evocar literariamente el pasado para tener mejor aceptación del presente, sino de interpretar de un modo nuevo viejos hechos.

Creemos que el doctor Venancio García Pereira fue conmovido por un sentimiento telúrico fuerte y de gran pureza ante el cual cede, integrándose admirablemente, y esto lo lleva a dejarnos este significativo libro.

La vida de Venancio García Pereira

por JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

EN CANGAS DEL NARCEA

VENANCIO García Pereira nació en Asturias, en el barrio de El Corral de la villa de Cangas de Tineo (desde 1927, Cangas del Narcea), el 12 mayo de 1857 a las tres de mañana, según anota el cura de la parroquia de Santa María de Entrambasguas, que es a la que pertenecía este barrio de la villa.

Su familia pertenecía a la burguesía que se desarrolló en las villas asturianas en el siglo XIX, integrada por comerciantes, profesionales liberales, funcionarios, industriales y propietarios que vivían de las rentas. Algunas de estas villas, como sucedió en Cangas del Narcea, crecieron en ese periodo considerablemente debido al aumento de la población, la apertura de nuevas carreteras y el desarrollo del comercio con la creación de las primeras tiendas estables y nuevas ferias. Muchos de los integrantes de esta nueva clase social urbana procedían de pueblos del concejo de Cangas del Narcea o de otros circundantes, y también de regiones limítrofes (León, Galicia).

Los padres de Venancio fueron Honorio García Cuesta (1831-1869), natural de la villa de Cangas del Narcea y, según el padrón de 1866, de profesión escribiente, y Joaquina Pereira Collar (1827-1891), natural del pueblo de La Reigada (Allande). Su padre murió a los 49 años de edad, cuando Venancio tenía 11 años, y su madre volvió a casarse con José Díaz.

La familia materna era del concejo de Allande: el abuelo, del pueblo de La Figueirina y la abuela de La Reigada, donde vivían. Los abuelos paternos eran de Cangas del Narcea. El apellido García procedía del bisabuelo Blas García Cabezudo, natural de Toro (Zamora) y procurador de los tribunales, que se había casado en la villa de Cangas donde fallece en 1821.

Venancio era el segundo de cuatro hermanos: Emilia, que era la primogénita, nació en 1852; Dolores, en 1861, y José, que nació en 1864 y murió niño.

Emilia se casó el 8 de abril de 1874 con Juan Menéndez Pando (Cangas del Narcea, 1840-1913), viudo de Celestina Rodríguez Ríos, que aportó una hija al matrimonio, Carmen. Él era oficial del Ayuntamiento de Cangas del Narcea y el 20 de mayo de 1888 fue nombrado oficial contador de fondos municipales y provinciales, un cuerpo de la administración local creado en 1886 y equivalente a los actuales interventores. Juan es el cuñado al que Venancio dedica en 1894 sus *Cuadros y escenas criollas*. El matrimonio tuvo dos hijos: José María, que murió el mismo año de su nacimiento, en 1875, y Avelino (Cangas del Narcea, 1876-1924), que se casó con Isabel López Manso (Cangas del Narcea, 1885-1919), hermana de mi abuelo Juaco.

La otra hermana de Venancio, Dolores, permaneció soltera y vivió toda su existencia pendiente de la familia. En marzo de 1894, en compañía de su sobrina Carmen, se marchó a Villaguay para vivir con su hermano. La noticia apareció en el periódico local *El Eco de Occidente*:

«El domingo último han salido en dirección a La Coruña, en donde embarcarán el día 31 en el vapor *Meier*, las amables y agraciadas señoritas Dolores García Pereira y Carmen Menéndez Pando que van a la República Argentina, en donde serán recibidas por su hermano y tío, respectivamente, el ilustrado doctor en medicina y cirugía D. Venancio García Pereira. Deseamos toda clase de felicidades a las jóvenes viajeras, cuya marcha ha sido generalmente sentida en esta villa» (Cangas del Narcea, 30 de marzo de 1894).

Dolores regresó a Cangas del Narcea en 1896, después del fallecimiento de su hermano en la República Argentina. Era una mujer de fuerte personalidad. Tras la muerte de su hermana Emilia, su cuñado Juan y sus sobrinos Avelino e Isabel, ella quedó a cargo de la única hija de estos, Emilina (Cangas del Narcea, 1909-1974), y de todos los negocios de la casa. Fue, además, concejala del Ayuntamiento de Cangas del Narcea entre 1924 y 1927, durante el gobierno del general Miguel Primo de Rivera, un periodo en el que por primera vez en la historia entraron varias mujeres en el gobierno municipal. Murió en 1945.

En Cangas del Narcea, la familia García Pereira vivía de un comercio que tenía en el bajo de su casa de El Corral, de un molino harinero hidráulico y de elaborar vino. El comercio lo regentaban las mujeres de la casa y en él vendían tela de lienzo, franela o percalina, camisas, pañuelos «para la cabeza» y «para el cuello», botones, hebillas, carretes de hilo, ovillos de

lana, zapatillas y madreñas, así como, aceite, azúcar, chocolate, café, arroz, pimentón, jabón, velas y esquisto, que era lo que compraban a fines del siglo XIX los campesinos del concejo, ya que todo lo demás que necesitaban para subsistir lo producían ellos mismos en sus casas.

El molino estaba en Veigalabá (Corias), a orillas del río Narcea y a un kilómetro y medio de la villa de Cangas del Narcea; había pertenecido al monasterio benedictino de San Juan de Corias y fue desamortizado con el resto de sus bienes en 1835. El molino funcionaba todo el año y era de molienda, es decir, cobraba por la molienda una parte del grano, que siempre era trigo o centeno. En él trabajaba un molinero. El grano que se cobraba por la molienda se vendía y sus beneficios eran apreciables. Por último, como la mayoría de las familias de su misma clase en Cangas del Narcea, tenían una viña y elaboraban vino, que vendían al por menor en su tienda.

Era una familia muy conservadora y religiosa. La madre y las hermanas de Venancio García ocupaban cargos destacados en las asociaciones religiosas locales vinculadas a la Iglesia. Joaquina Pereira era madre de consejo de la Tercera Orden de Santo Domingo, la rama laica de los Dominicos, y guardiadora de honor de las cofradías del Sagrado Corazón de Jesús y del Rosario Perpetuo; Emilia fue jefa de sección de la Asociación General del Rosario Perpetuo en Cangas del Narcea, y Dolores estaba vinculada a la Asociación de Hijas de María y en 1923 ocupaba la presidencia de la Junta Organizadora de la Escuela Dominical, institución creada en la segunda mitad del siglo XIX con la finalidad de enseñar a leer, escribir y doctrina cristiana a las sirvientas y a la clase obrera. El mismo Venancio reconoce en sus *Cuadros y escenas criollas* que está educado en la «severidad augusta de los principios cristianos», y esto es importante tenerlo en cuenta para comprender algunas de sus opiniones con respecto a la sociedad de Villaguay.

La familia participaba de la vida burguesa de Cangas del Narcea, y era frecuente ver en la prensa local los nombres de las hijas como participantes en bailes y fiestas de esta clase social. Así, en la crónica de las fiestas de la Virgen del Carmen de 1885, publicada en el periódico *El Occidente de Asturias*, puede leerse lo siguiente:

Por la noche [del 16 de julio] baile de convite en los salones del Casino Recreativo que no eran capaces a contener tanta y tan escogida concurrencia. Con gusto citaríamos los nombres de todas las niñas que honraron los salones; pero tantas eran que sólo podemos recordar a las señoras y señoritas de Trapiello (D. José), Santos (D. Carlos), Llano Flórez (D. Lorenzo), Arango (D. Dámaso), Rodríguez Peláez, Llano Flórez (D. José), Valle (D. Ceferino), Gómez, Valledor, *García Pereira*,

Menéndez (D. Juan), Morodo, Blanco (Don Saturnino), Martínez (D. Ricardo), Rodríguez de Llano, García Regueral, Ballesteros, Arango (D. Joaquín), Suarez, López, Fernández de Uría (Don José) Cantón, Díaz y López, y rogamos á las damas nos perdonen si el *mareo* tal vez nos privó de tomar notas completas (Cangas del Narcea, 17 de julio de 1885).

EN MADRID Y SANTIAGO DE COMPOSTELA

Como otros jóvenes varones de su misma clase social, una vez terminados los estudios de enseñanza secundaria en Cangas del Narcea, Venancio García Pereira se marchó a Madrid en 1873, a estudiar la carrera de Medicina en la Universidad Central. Conocemos las notas de los dos primeros cursos y era un estudiante aplicado.

Madrid es desde el siglo XVII el destino más habitual de los numerosos emigrantes del concejo de Cangas del Narcea. Incluso a partir de mediados del siglo XIX, cuando comienza la masiva salida de asturianos para América, Madrid siguió siendo el destino preferido de los cangueses. Por eso, cuando Venancio García se fue a Madrid ya vivían allí varios familiares, entre ellos tres tíos paternos: Carmen, Crisanta y Eleuterio García Cuesta. En esta ciudad es casi seguro que vivió con este último tío, propietario de la fonda y restaurante «Los Dos Cisnes», situada en el número 17 de la calle Alcalá, y uno de los establecimientos, junto a Lhardy y Fornos, más prestigiosos de Madrid en aquel tiempo. Fue un negocio muy próspero que le permitió a su tío construir en 1889 un lujoso chalet en la calle Mayor de la villa de Cangas del Narcea. La casa era, según Ramallo Asensio, el edificio más importante de la arquitectura de finales del siglo XIX en todo el interior del occidente de Asturias; lamentablemente fue derribada en 1980. No sabemos con certeza el nombre del arquitecto que hizo el proyecto, aunque es muy probable que fuese Juan Miguel de la Guardia (1859-1910), que está considerado como uno de los mejores arquitectos de finales del siglo XIX e inicios del XX en Asturias. Eleuterio García Cuesta (Cangas del Narcea, 1837-1901) se casó en Madrid y no tuvo hijos, y sin duda debió ayudar a su sobrino, huérfano de su hermano Honorio, para que pudiese estudiar la carrera de Medicina.

Sin embargo, García Pereira, por causas que desconocemos, terminó sus estudios de medicina en la Universidad de Santiago de Compostela, probablemente hacia 1879.

Venancio era muy aficionado a la literatura y a la escritura. En 1876 fecha en Madrid dos novelas escritas por él: *Obrar bien que Dios es Dios (novela de costumbres)* y *La reina de Cangas de Tineo (novela de costumbres)*. Otra novela

que se conserva de él, escrita probablemente en Madrid, lleva el título de *El conde de Albillel*, ambientada, como la anterior en la villa de Cangas. Las tres son historias de enredos amorosos, y están muy influidas por la literatura costumbrista y romántica, de moda en aquel tiempo. Ninguna de sus novelas llegó a publicarse.

En Galicia, Venancio García Pereira se casó con Efigenia, de quien solo sabemos su nombre, que era gallega y que en 1894 vivía en Vigo. Ella nunca llegó a ir a Argentina y él nunca le escribió desde allá. La razón de este silencio tal vez haya que buscarla en que ella no quiso acompañarlo en su aventura americana y eso fue algo que él no debió de comprender, ni aceptar. El hecho es que nunca más volvieron a verse.

Del silencio de su marido y de su cuñada Dolores se queja amargamente esta mujer a Emilia, la hermana mayor de Venancio, en una carta escrita desde Vigo el 22 de octubre de 1894:

[...] Según me dices en tu carta, por lo que dicen de Villaguay, se encuentran sin novedad. Yo, querida Emilia, cada día estoy más sin consuelo, así que nunca tendría explicación lo mucho que estoy sufriendo y que nadie puede decir que jamás me oyese la menor queja, sino Dios a quien hoy desearía (aunque conozco sea una ofensa) que me quitase de esta vida, porque bien comprendes mi buena Emilia que para una persona como yo, que siempre tuve sentimientos tan delicados, es horrible la situación por que estoy pasando, pues creo que aun con una mujer despreciable no se si se guardaría alguna más consideración que a mi y comprendo que esto no puedo resistirlo. Querer como yo quiero a mi marido, ser que jamás este, ni hay para que mentarlo, podría tener ni una sombra siquiera de disgusto para conmigo, y yo ... tenerme de esta manera y, por último, dejarme aquí y llevar a su hermana, esto yo, querida Emilia, que solo que fuese yo una persona sin sentimientos podía verlo con indiferencia y Dios bien sé que es bien lo contrario. Cuanto me dices lo comprendo, que con estar tan afligida nada se adelanta, pero quien pudiese dominarse al extremo de no sentir, ya ves lo que más quiero en el mundo y por lo mismo que siempre he considerado a mi querido Venancio con un corazón tan excelente, más es para mi de sentir su proceder con la mujer que tiene. Nadie que me conozca y me trate, si fuese posible saber lo que me está pasando, nadie lo creería, [...] no tiene más motivo mi querido Venancio sino de tener aprecio y consideración para con su mujer y ya ves Emilia que conmigo se está procediendo como con nadie se haría.

No creo que mi salud sea delicada, no estoy mal sino de sufrir moralmente esta falta de tranquilidad, pensar en tantas cosas como me ocasiona esta tan triste situación. Nada absolutamente me falta, pues Dios quisiera que siempre pudiese vivir como hoy, pero es en lo material, pues sin el cariño de mi marido me falta todo y bien conoces que no es motivo mi falta de salud para no mandarme ir a su

lado, pues aun en caso que así fuese el deber del matrimonio es estar reunidos y nunca, mejor o peor, dejaría de estar con Venancio ni menos hacer el viaje. Antes, cuando él aquí estaba aun, ir de paseo por la ría me causaba miedo, hoy, ante la idea de verle, aunque fuese a Filipinas iría yo.

Así está pasando tanto tiempo y sin saber en nada a qué atenerme, va siendo esto muy pesado, y ya ves que mi situación por muchos conceptos es muy triste. Yo tengo mis hermanos, [...] cuantas penas que con dos renglones de Venancio se borran y es que créeme, excepto Purita, nadie sabe ni siquiera el silencio de Venancio, [...]. No voy a pensar ni por un momento que Dolores me olvidase, pero al recordar que hace seis meses que está con mi marido y no tuvo dos letras para su mujer, más cuando siempre tanto en sus cartas demostró cariño e interés por mí, como en caso análogo lo haría yo por ella, y hoy veo que está con mi marido y fuese lo que quisiese, aunque como que te he dicho nada pudiese aun decirme relativo a Venancio, la menor cosa respecto allí que está viviendo con mi marido. Sabe el interés que tiene para mí, creo que una amiga que hoy fuese a vivir allí y conociese mi situación le faltaría el tiempo para decirme he visto tu marido, aunque solo fuese, figúrate que será mi sentimiento. [...] Créeme que me cuesta muchas lagrimas, hasta tengo aquí a la vista su retrato y me digo parece imposible que Dolores no tenga dos palabras para mí. Dime querida Emilia, sé imparcial, ¿pero no tengo mucha razón? Cuando ayer recibí tu carta, me entregó la muchacha otra más y al ver los sellos... pues creí era de mi querida Dolores, pero enseguida me fijé, era de Nueva York, de la señora del cónsul que es muy amiga mía y nunca se olvida de escribirme; persona muy buena y cariñosa, pero créeme que me vinieron las lagrimas al ver no era de quien tanto siento su silencio por tantos conceptos, pues siempre, desde el momento que se determinó a ir debió anunciármelo. [...] Cuando escribas a Villaguay dile lo más cariñosa que juzgues, sin olvidarme de Carmina, pero a Dolores que hoy su silencio no significa lo mismo que de Venancio, así que cuantas lagrimas puede evitarme escribiéndome.

EN VILLAGUAY

En 1885, Venancio García Pereira, con 29 años, marchó para Argentina y se instaló a ejercer la medicina en Villaguay, una población nueva situada en el centro de la provincia de Entre Ríos, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al norte de Buenos Aires y próxima a la frontera con Uruguay. Diez años más tarde fallecería en Buenos Aires, el 1 de mayo de 1896, a la edad de 39 años.

Es casi seguro que Venancio García llegó a Villaguay desde Colón. Era lo más cómodo. Los emigrantes llegaban a Buenos Aires y desde allí remontaban el río Uruguay en barco hasta esa población. Desde ahí iban en diligencia hasta Villaguay. Este era el trayecto habitual, hasta la llegada del ferrocarril en 1891.

El departamento de Villaguay está dividido en dos mitades por el río Gualaguay, que en el siglo XIX, cuando aumentaba su caudal, constituía un obstáculo casi imposible de atravesar. A la derecha del río están los distritos de Mojones al Norte, Mojones al Sud y Raíces, y a la izquierda, Lucas al Norte, Lucas al Sud y Bergara, así como la ciudad de Santa Rosa de Villaguay. Los distritos del norte estaban cubiertos por la conocida como Selva de Montiel, un monte muy cerrado de árboles y arbustos, entre los que abundaban el algarrobo, el ñandubay, el espinillo o el tala. En las márgenes del Gualaguay y del arroyo de Villaguay había numerosas lagunas, *tajamares* o estanques artificiales y *bañales* o humedales en los que abundaba una gran variedad de aves.

En 1885, cuando llegó Venancio García, la capital del departamento era una población nueva, fundada oficialmente en 1823, pero que no tuvo municipalidad reconocida jurídicamente hasta el 1 de enero de 1873, ni oficina del registro civil hasta 1888. Su planta era en forma de damero y alrededor de ella, como es norma en todas las nuevas poblaciones americanas, estaban las quintas, las chacras y las estancias. Santa Rosa de Villaguay tuvo en sus primeros tiempos una vida muy azarosa y un crecimiento muy lento. Manuela Chiesa ha estudiado este periodo en sus libros *Villaguay. El tercero del segundo* (Villaguay, 2005) y *Vejece* (Villaguay, 2010), y por ella sabemos que la primera escuela se fundó en 1847 y que en 1849 se llevó a cabo el primer censo: había treinta casas y 139 habitantes, la mayoría dedicados al comercio. En 1861 el número de habitantes era de 802. A partir de los años ochenta, el vecindario aumentó considerablemente debido a la pacificación del territorio, la concesión gratuita de chacras y quintas para familias argentinas pobres y extranjeros agricultores, y la mejora de las vías de comunicación. A fines de 1885, según la Estadística que la municipalidad envía al gobierno de la provincia (Libro copiadador de cartas de la Municipalidad de Villaguay, Museo Histórico Municipal), su población era de 2.933 personas, la mayoría jóvenes y solteros, un 78%, frente a los casados (17%) y los viudos (5%). Un tercio de esa población eran emigrantes extranjeros: italianos (367), belgas (192), «orientales» o uruguayos (154), españoles (76), suizos (70), franceses (56), alemanes (15), brasileños (10), ingleses (4), paraguayos (3) y «africanos» (2).

La mayor parte de los vecinos eran agricultores (301) y jornaleros (161); había 132 lavanderas y 19 costureras, y el resto eran comerciantes (55), «carreros» o carreteros (15), empleados (10), carniceros (6), tahoneros (3) y artesanos: catorce zapateros, nueve carpinteros, cuatro herreros, nueve albañiles, tres ladrilleros, cinco hojalateros, tres plateros, un sastre, etc. El número de profesionales era pequeño: tres tipógrafos, dos procuradores, tres telegrafistas,

dos agrimensores, cuatro preceptores, dos boticarios y un médico. En la población también estaban censados veinte estancieros, que tenían sus estancias en los alrededores, pero que vivían en la urbe. La gran mayoría de los comerciantes, empleados, artesanos y profesionales eran emigrantes europeos.

La economía del departamento de Villaguay estaba basada en el cultivo del trigo, maíz y lino, y en la cría de ganado vacuno, lanar y «yeguarizo» o caballar, y unos pocos cerdos. La mecanización de las labores agrícolas era muy escasa y en 1885 solo se contabilizaban seis segadoras y dos trilladoras.

Las calles de la población eran de tierra. Según la estadística de 1885 había 778 «habitaciones», de las cuales 660 estaban cubiertas de paja, 91 de teja, 20 de zinc y siete tenían azotea. En ese año la municipalidad carecía de un edificio propio, pues no se levantará en la Plaza 25 de Mayo hasta 1896. Esta plaza era el centro de la población y en ella se van construyendo, desde la década de los años ochenta del siglo XIX, los edificios de todos los poderes de la población: la iglesia, el Banco de la Nación, la Comisaría de Policía, el Juzgado, las sedes de la Sociedad Italiana y de la Sociedad Española, el Centro Recreativo, etc.

Los médicos que atendían a esta población eran uno o dos; a fines del siglo XIX no solía haber más de dos residiendo a la vez en Villaguay. En agosto de 1891, según un informe del jefe de policía de Villaguay al ministro de Gobierno, había dos médicos: el «Dr. Vilar, médico cirujano, recibido en la Universidad de Barcelona en el 77, con sus títulos revalidados en Buenos Aires, y el Dr. García, español, recibido en la Universidad de Santiago, con títulos pero no revalidados en la República; siendo este último actual médico de policía» (Manuela Chiesa, *Vejece*, Villaguay, 2010, pág. 89). En el departamento eran frecuentes las epidemias y por ello se daba mucha importancia a las vacunaciones, y no eran raras las muertes violentas. En 1885, de los 109 fallecimientos que se registraron siete fueron «asesinatos» por arma blanca y cinco por heridas de arma de fuego, y en el primer semestre de 1886, la «muerte violenta» fue la tercera causa de defunción después de la difteria y la «fiebre».

¿Qué movió a un médico joven y casado, con porvenir en su patria, a marchar a un lugar apartado de la República Argentina, a una frontera, a un territorio selvático, dejando además a su esposa en España? No lo sabemos con exactitud, aunque detrás de esa decisión había unas «aspiraciones». El 23 de junio de 1886 Pedro Mosquera escribe desde Santiago de Compostela al cuñado de Venancio García:

¿Qué noticias tiene usted de D. Venancio? Algunas veces me acuerdo de él. Cuando le escriba le hará presente nuestros recuerdos y que deseamos alcance pronto sus aspiraciones.

En la decisión de marchar no hay que descartar un espíritu aventurero, muy en consonancia con un ideal romántico de la vida, que conociendo sus inclinaciones literarias debía tener nuestro autor, o el interés por huir de una realidad que no le gustaba. Hay un hecho que es necesario resaltar de Venancio García: su intención de establecerse en Villaguay para siempre. Él no llega con la pretensión de hacer dinero y después marcharse, sino que se establece con la idea de permanencia. Por este motivo, en 1888 compra en esta población una «suerte de quinta baldía», de cuatro mil metros cuadrados, con el fin de construirse una casa. Venancio García será muy crítico con algunos de sus compañeros de profesión, cuyo único objetivo era ganar dinero y marchar pronto de Villaguay, y así lo relata en 1894 en «El curandero» (véase el Apéndice 1), un capítulo de una crónica novelada que no llegó a terminar:

El sacerdote y el médico que debieran por su noble y elevada misión ser los llamados a llevar un dulce lenitivo a los espíritus abatidos y a los cuerpos fustigados por el dolor, consultan antes la posición pecuniaria del individuo, para por ella graduar el mayor o menor esfuerzo que deben desarrollar. Generalmente extranjeros, llegados a estos puntos ávidos de labrar una fortuna que en corto tiempo les permita regresar a su patria, fomentan más bien esta ignorancia que les facilita llevar a cabo una explotación tanto más infame cuanto que ponen al servicio de ella toda la grandeza y toda la sublimidad de las profesiones que debieran ejercer con la santa abnegación de mártires.

[...]

Y ¿qué diremos del médico que debiera ser la esponja suave que empapa los torrentes de lágrimas arrancadas por el dolor? Lejos de pulsar con mano suave sus miembros doloridos, trata de arrancar de sus bolsillos, de una manera violenta, el dinero acumulado en ellos, moneda a moneda, producto de una labor incesante y fatigosa, no vacilando en caso necesario en hacer servir al enfermo de escalón para elevarse rápidamente a la cúspide de la riqueza. Al otro lado de los mares, desarrollando en todo su esplendor los goces soñados en sus momentos de loco desvarío, siendo su permanencia en estos puntos el tiempo de reclusión indispensable para gozar después de una libertad sin trabas, aunque ésta gravite más tarde sobre sus conciencias. Cada gemido escapado del pecho del enfermo, pretenden ahogarlo con un billete de banco, cada contracción dolorosa supone una moneda

de oro y menos mal, si en su creciente avaricia, no tratan de prolongar los sufrimientos para convertirlos en árbol de fruto permanente y seguro.

Un ejemplo real de la actitud de algunos de estos médicos que describe Venancio García, es el caso que conocemos por una carta de Teodoro Velázquez, secretario de la municipalidad, al ministro José Joaquín Sagastume en 1882:

Me es desagradable poner en conocimiento de S.S. que habiendo sido llamado a las 8 de la noche del día 26 del mes próximo pasado, el Sr. Médico de Policía D. José Negri para asistir a una joven llamada Florentina López, que había recibido una puñalada en el bajo vientre de manos de la menor Ricarda Martínez, este Señor se negó a marchar a atenderla a pesar de haberle mandado caballo y policía para acompañarlo al lugar del suceso, que dista doce cuadras de esta plaza, sección de quintas, en los suburbios de la ciudad, pretextando ser lejos. En vista de esta negativa se dispuso fuese trasladada al pueblo y se pidió por servicio al Dr. D. Eduardo Foster le hiciese por caridad la primera cura (pues la herida es pobre de solemnidad), a lo que accedió gustoso, pero al quererla operar declaró no poderlo hacer como debiera, en atención a que habían transcurrido cuatro horas de las que tuvo lugar el fatal suceso y la parte estaba inflamada, por lo que tan solo podía colocar los intestinos y sebo dentro del cuerpo y aplicarle algunos remedios a efecto de hacer desaparecer la inflamación, no respondiendo de la vida de la paciente por ser muy tarde para la aplicación del remedio. La individuo vive todavía, pero sin esperanza de ninguna clase de que la ciencia la salve, quizá debido a la falta del Sr. Negri.

Las negativas [del Dr. D. José Negri] a asistir soldados fuera del cuartel han sido repetidas y estos mismos le tienen tal desconfianza que las medicinas administradas por él jamás las toman. Por todas estas razones me tomo la libertad de pedir a S.S. releve al Sr. Negri de los compromisos que pueda tener al desempeño del puesto de Médico de Policía, nombrando al efecto para ocuparlo al Dr. D. Eduardo Foster, por todos conceptos digno de merecer esta confianza, a la que se ha hecho acreedor en los pocos días que hace reside en esta.

Venancio García fue todo lo contrario al doctor Negri. Era un médico «esclavo» del «cumplimiento del deber», filántropo y muy proclive a que le debiesen dinero sus pacientes, como lo atestigua él mismo, así como las anotaciones de su última libreta de deudas, correspondiente a los años 1895 y 1896. Junto a este carácter responsable estaba su espíritu romántico, y un interés grande por la naturaleza y las costumbres populares, dos de los temas recurrentes del romanticismo. García Pereira descubrirá en Villaguay una naturaleza exótica y deslumbrante, una vida dura y salvaje, y unos hombres

fuertes e incansables. La exactitud de sus descripciones y el conocimiento que demuestra del territorio y de sus habitantes son una muestra del interés que tiene por ambos.

Aficionado a aprovechar cuanta oportunidad se me presenta de conocer los trabajos y costumbres de este país, al que tengo especial cariño, es indudable que no he de desperdiciar esta *bolada*, que me viene como anillo al dedo para admirar el arrojo y la destreza de estos benditos hijos del país.

En sus *Cuadros y escenas criollas* se paseará por todos los distritos rurales de Villaguay, describiendo el monte, el río Gualaguay, las lagunas, los árboles y arbustos, los animales, las aves, los peces, los insectos, así como las costumbres del país: el consumo de mate, la vida en la pulpería con sus juegos y carreras de caballos, los *apartes* o recogida y selección del ganado, las *hierras* u operación de señalar y marcar el ganado, la caza y la pesca, el baile, el velatorio, etc. Solo hay un capítulo dedicado a la capital y a la sociedad urbana de Villaguay, que era su lugar de residencia y que escribe casi por obligación:

No sería justo continuar la narración de los cuadros y costumbres de Montiel sin decir dos palabras siquiera acerca de su histórica capital, punto de mi residencia y donde se han desarrollado en toda su amplitud la mayor parte de las escenas de mi vida de trabajo y de lucha por la existencia.

Y es que un rasgo muy significativo de su carácter, que se deja entrever en sus escritos, es su gusto por los pueblos pequeños y la vida sencilla, por la calma, la soledad y el silencio, por la «belleza de la campiña», y su animadversión por la ciudad; en la novela *Obrar bien que Dios es Dios* (1876), se exaltan todos aquellos valores del campo que se contraponen a la urbe: «El ruido de las grandes poblaciones, la riqueza, el fausto, las diversiones y orgías no existían para ellos, y eran felices en medio de la soledad del valle».

Muchos años después, en Villaguay, seguirá manteniendo en sus escritos esa misma opinión con respecto a los «grandes centros» de población, y en un texto que no tiene título (véase el Apéndice 2) y que dejó inconcluso puede leerse:

Era el corazón de la verdadera mujer criolla templándose en la sublime grandeza de sus selvas inmensas y de sus bosques frondosos, ajeno a todo temor y desconociendo por completo el miedo que pudiera causarle sobresaltos. Allí, lejos del ruido de los grandes centros cuya existencia ignoraba, concretada a aquel rancho que

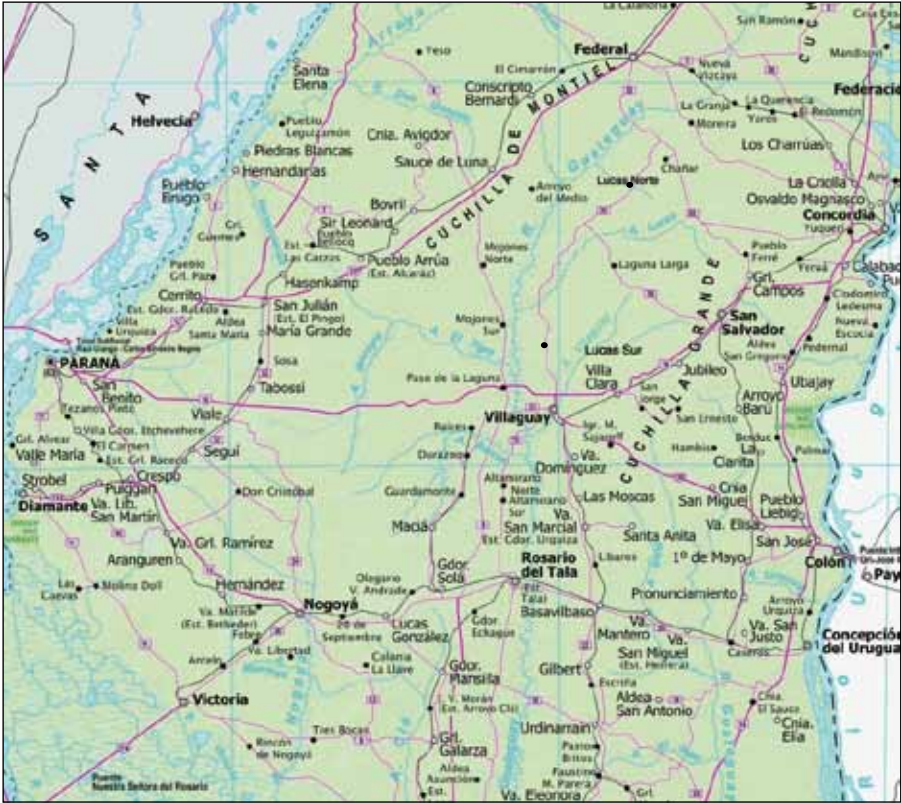
satisfacía sus necesidades del momento, gozaba de absoluta libertad para recorrer a pie o a caballo el intrincado laberinto de aquellos montes, cuyos ecos repitieron sus primeras carcajadas de niña y seguían repitiendo sus sollozos de mujer. Las ciudades, con sus casas amontonadas, no hubieran provisto de aire suficiente a sus pulmones acostumbrados a respirar aquella atmósfera pura y extensa. Hasta allí no llegaban los miasmas mefíticos desprendidos de las grandes masas de población, que absorben la vida, desorganizando sus elementos, como hasta allí no alcanzaba el sutil refinamiento del placer ni del dolor.

Textos como este, como «El curandero» ya mencionado y el propio relato de los *Cuadros y escenas criollas*, se alejan completamente de aquellas primeras novelas que escribió García Pereira en Madrid veinte años antes. El romanticismo ha dejado paso al naturalismo, donde se describe la realidad, a veces con crudeza (la «lucha por la existencia»), se emplea un lenguaje popular y se critica el estado de las cosas. En este sentido, es significativo que el único autor que menciona en toda su obra conocida y escrita en Villaguay sea Émile Zola, máximo representante del naturalismo.

La primera noticia que tenemos de Venancio García en Villaguay es su nombramiento como médico municipal interino el 3 de marzo de 1886. Fue el primer médico de la municipalidad que tuvo Villaguay. Sus deberes eran: asistir gratis a los vecinos pobres; expedir certificados médicos de defunción para los que fallezcan en el Ejido del Municipio, que no presentan certificado de otro facultativo; administrar la vacuna anual; colaborar con la Comisión de Higiene para el examen de materias alimenticias, y presentar a la municipalidad un informe del estado sanitario de la población. Pocos meses después cesó en estas funciones y el 3 de agosto de 1886 recibe una carta de la Municipalidad solicitándole sus servicios para combatir una epidemia:

Siendo uno de los más serios deberes de la Corporación Municipal velar por la salud pública, y no habiendo actualmente médico municipal, el infrascrito tiene el honor de dirigirse a usted, autorizado por sus reconocidos sentimientos filantrópicos, suplicándole se digne ilustrar a esta Corporación en la conducta que debe adoptar para combatir los efectos desastrosos que está causando la enfermedad conocida con el nombre de llagas, y que con carácter al parecer epidémico, ha hecho y sigue haciendo víctimas en este pueblo y su campaña.

García Pereira volvió a ocupar el puesto de médico municipal en 1889 y 1890 y durante los años 1893 a 1896. También fue médico de policía de Villa-



Localización de Villaguay y sus distritos en la provincia de Entre Ríos (Argentina).



Situación de la provincia de Entre Ríos en la República Argentina.



Venancio García Pereira, hacia 1890. Fotografía de F. Taboada, Paraná.



Cangas del Narcea en 1884. Fotografía de J. M. Cordeiro.



Calle de Villaguay en 1889. Fotografía del farmacéutico y fotógrafo italiano Giulio Mollajoli.
Copia de negativo de placa de vidrio. Colección de Raúl Jaluf.



Casa comenzada a construir en 1895 por Venancio García en Villaguay, situada en la esquina de las calles Balcarce y General Francisco Ramírez.



Placa dedicada en 1929 al doctor Venancio García en el Hospital de Villaguay.

Un aparte ⁽¹⁾

La estancia ⁽²⁾ de D. Dolores Godínez, hallase situada a cuatro leguas próximamente al S. de la Ciudad de Santa Rosa de Villaguay, y es una de las que más llaman la atención, ya por la bondad de sus campos, ya por las buenas disposiciones del dueño para hacerlos producir.

Cinco leguas de riquísimo campo donde alternan el trébol y la gramilla a la sombra de corpulentos nandubais, algarrobos y espinillos, formando un monte de primera calidad; seguros y bien divididos potreros ⁽³⁾ donde permanece separada la hacienda de cría de la hacienda de invernada; aguadas permanentes suministradas por los ríos Gualeguay y Tigre, aparte de algunos tajamares ⁽⁴⁾ y lagunas distribuidos con orden y por

(1) Aparte. separación de algunos animales entre muchos.

(2) Estancia. Establecimiento de campo, destinado a la cría de ganado.

(3) Potrero. Porción de campo rodeada de alambres y que aísla los animales.

(4) Tajamar. Laguna artificial.



Estación de Ferrocarril de Villaguay, actualmente sin actividad.



Iglesia parroquial de Santa Rosa de Villaguay junto a la Plaza 25 de Mayo.



Teatro Español en la Plaza de 25 de Mayo, propiedad de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, hacia 1920. Fotografía de Adolfo J. Barindelli.



Sede de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos «Unione Garibaldina», construida en 1894 en la Plaza 25 de Mayo de Villaguay.



Laguna de Caravallo, hoy conocida como Laguna de Veiga, en el distrito de Lucas (Villaguay).



El río Gualeguay desbordado en el Paso Blanco, departamento de Villaguay, en septiembre de 2012.

guay. Ambos cargos le permitieron tratar con gente pobre, conocer la vida de los ranchos y también enterarse de asuntos escabrosos, en los que como médico forense tenía que informar a la Justicia.

Asimismo, fue médico de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos «Unione Garibaldina», entre 1885 y 1892; de la Sociedad de Caridad, integrada por señoras caritativas de Villaguay, que construyó en 1886 el Hospital de Santa Rosa, que fue el primer establecimiento hospitalario de la población, y también de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, fundada en 1886.

El ejercicio de la medicina en Villaguay, como en general en todo el medio rural argentino, tenía un gran escollo: el curanderismo. La fe de los habitantes del campo en los curanderos era muy grande. En el Museo de Las Bóvedas, de San Martín (Mendoza), se expone una carta fechada el 28 de agosto de 1888 de un médico francés, Adolfo José Michaut (1835-1909), muy expresiva de esta situación. El médico solicita al intendente de la municipalidad una subvención para hacerse cargo de un botiquín, porque no puede vivir del ejercicio de su profesión:

«El ejercicio de la medicina científica es impracticable en el campo como medio de subsistencia. No hay un Don o una Doña que no receten; después vienen los «ño» como el Reta, el médico Burgos, etc.; las «ña» como la médica Laurenza, Valentina, Juana; una porción de parteras, de componentes de huesos, de cuerdas torcidas, anudadas; de curanderas de palabra y de brujerías; una infinidad de fanáticos de todas las herejías del arte de curar, a saber: la homeopatía, la Medicina Leroy, la de Gillés, de Raspail, Dehart, Brandelli, Holloway, Reuter, etc. De lo que así resulta que se ocupa al médico solamente como suple falta, lo bastante para privarlo de ocuparse eficazmente de otra cosa, menos para permitirle de remediar las necesidades más urgentes».

Venancio García también se encontró con este problema y a él se referirá en el capítulo «De baile» de sus *Cuadros y escenas criollas*, donde cuenta un hecho real que novelará en el «El curandero» (Apéndice 1):

La narración de este hecho perfectamente histórico, me trajo a la memoria otro medio parecido en que he tenido que intervenir en mi carácter de médico de policía. Un estanciero rico de las Raíces, uno de los distritos de este departamento del que me ocuparé más adelante, se hizo asistir por un negro que dragoneaba de médico y que declaró que el enfermo estaba atacado de *daño* y que tenía (palabras textuales) cerditos y acordeones en la barriga, por lo que después de prohibir en absoluto la entrada en la habitación del enfermo a persona alguna, incluso las de la misma familia, le propinó como medicación y alimento ¡la sustancia de una

botella hervida en agua!!, llegando su atrevimiento hasta tal punto que a la muerte del paciente expidió el correspondiente certificado médico, haciendo constar bajo su firma que había muerto de un ciclón en la barriga. Esto era ya demasiado tolerar, así que resolví que el célebre *médico* con toda su ciencia fuera encerrado en un calabozo donde hasta ahora permanece. Casos de esta naturaleza podría citar muchos y variados, pues el paisano criollo, al encontrarse enfermo, desconfía siempre del médico y se entrega con una fe ciega a charlatanes de oficio que los explotan de una manera indigna, con farsas increíbles.

En marzo de 1892 la Municipalidad de Villaguay denunció a un curandero por la muerte de un niño, y es posible que detrás de esta denuncia estuviese Venancio García. La respuesta del jefe de policía, de 21 de marzo de 1892, fue la siguiente:

Acuso recibo a su nota de la fecha comunicando el fallecimiento de un niño, víctima de difteria y asistido por el curandero Pedro Álvarez. En la fecha he resuelto sea aprehendido el referido Álvarez, a fin de aplicarle un castigo que corte el mal que propala el curanderismo con su ignorancia.

Venancio García, aunque era hombre discreto y poco propenso a la vida social, no rehusó cargos públicos, que asumió por responsabilidad. En 1892, fue presidente del Honorable Concejo Deliberante de la Municipalidad de Villaguay, un órgano de carácter legislativo en el que se sancionan las ordenanzas municipales, y que en aquella época estaba integrado por las personalidades más ilustradas e influyentes de la comunidad.

En Villaguay siguió manteniendo su afición a la escritura. Siendo presidente del Concejo Deliberante escribió una mazurca para una comparsa del Carnaval llamada «El Trueno», y en agosto de 1894 escribió los *Cuadros y escenas criollas* y una obra de teatro que trata del enredo de un estanciero para evitar que un «pulpero gringo» se case por interés con la hija de un estanciero rico. Aquí también escribió dos capítulos para una novela, titulados «El curandero» y «Felisa» (Apéndice 1), y el inicio de un relato (Apéndice 2), ambos basados en su experiencia profesional y en su conocimiento de la vida rural del departamento de Villaguay, que quedaron inconclusos.

Su afición a la literatura y la escritura no debía de ser compartida por muchos vecinos. La sociedad villaguayense no proporcionaba un ambiente muy propicio a un espíritu como el de Venancio García. En 1885 el número de analfabetos era de 2.029 personas, esto es, el 69% de la población, y los que sabían leer y escribir estaban más preocupados en hacer dinero que en cultivar la mente. En sus *Cuadros y escenas criollas* es bastante crítico con

aquella sociedad y reconoce que en Villaguay solo tiene dos amigos: «soy médico, hace nueve años que trabajo y mucho; no soy rico, hay muchos que me deben la vida y casi todos dinero, y tengo dos amigos». No da los nombres de estos «amigos sinceros y excelentes compañeros», pero es probable que fuesen: Andrés Alonso y Eduardo Montiel. El 17 de marzo de 1889, él y Andrés Alonso presentan a Montiel para hacerlo miembro de la Sociedad Española. Alonso era natural de Arredondo (Cantabria), tenía la misma edad que Venancio, estaba soltero y era comerciante, y Eduardo Montiel pertenecía a una de las familias más influyentes de Villaguay.

La Sociedad Española se había fundado en 1886. En 1889 tenía 128 socios, la mayoría comerciantes y hacendados, también había artesanos. Venancio se hizo miembro en 1889, era médico de la sociedad y asistía con regularidad a las reuniones, sin embargo, su relación fue deteriorándose. El 8 de diciembre de 1891 el presidente de la sociedad dijo en una junta: «que sería conveniente a más del médico Doctor García, nombrar [médico de la Sociedad] al señor doctor Vilar con su arancel correspondiente». Propuesta que fue aprobada. En la lista de socios de 1895, en la que hay 116 hombres, Venancio García no aparece, y su amigo Eduardo Montiel aparece borrado.

Este sentimiento de soledad, solo roto con sus excursiones por los distritos rurales y deshabitados de Villaguay, recorriendo la costa y el monte, es posible que haya sido la causa de la llegada en 1894 de su hermana Dolores y su sobrina Carmen Menéndez Rodríguez.

En 1895 comenzó a construir una casa en Villaguay, que no llegó a ver terminada. Tras su muerte, su hermana Dolores se hizo cargo de las deudas relativas a la construcción de la casa y regresó a Cangas del Narcea. Unos meses después recibió una carta de una amiga de Villaguay, Gerónima Arteaga de Montiel, cuñada de Eduardo Montiel, que nos revela un hecho de la vida de Venancio García, muy significativo de su carácter:

Villaguay, marzo 25 de 1897

Señorita Lola García

Querida Lola: No se puede hacer una idea la alegría que he tenido cuando Alberto me mandó su carta. Cuánto pensé en su viaje. Ustedes son inolvidables para mí, como el Doctor García. Veo también la pregunta que le hace en la carta a Alberto respecto al chiquilín, si sería hijo del Doctor; acá es voz general que no es hijo del Doctor, sino que fue una obra de caridad de las muchas que hacía el Doctor. Yendo al hospital con el Jefe político Hamuei, acababa de morir la madre del chiquilín y no queriendo hacerse cargo la ecónoma del hospital, ofreciéndole

el Doctor de ponerle ama allí y que criaran esa criatura, dijo que ella tenía mucha atención con los enfermos. Viendo la resistencia de esta mujer, dijo: que me lo lleven a casa, voy a buscar ama. Tomándose una tarea a velar por esta criatura, que solo el Doctor por lo bueno que era podría haberse ocupado de esta tarea.

La casa de ustedes está lindísima; del modo que la han concluido esta digna a la memoria del Doctor. Las piezas principales se han concluido, cuarto de baño, galerías, todo en contorno de la casa; todas las ventanas de la calle tienen balcones y mármol, sagun [zaguán], patio, todo pintado al óleo. Las niñas que se han casado después de su ida es Eilira Podestá con Carlos Guichón, Juan Hermelo con Matilde Podestá, Erminda Facci [con] Antonio Hecheto.

Están haciendo la Municipal entre medio de los colegios, al altos un frente muy bonito. El kiosco de la plaza lo han concluido, ha quedado [roto]

Su amiga que la quiere.
Gerónima A[rteaga] de Montiel.

La temprana muerte de Venancio García truncó muchas cosas en la vida de este hombre. No pudo ver concluida su casa y no pudo terminar sus novelas ambientadas en el Departamento de Villaguay.

En 1929 la Sociedad de la Caridad colocó en el Hospital de Santa Rosa una placa dedicada a él: «El hospital 'Caridad' a su primer médico Dr. Venancio García, 1886-1929». La placa se trasladó y actualmente está junto a la entrada principal del nuevo Hospital de Villaguay.

En los años sesenta del siglo xx, el maestro Fortunato Echániz (1880-1968), autor de *Memorias de Villaguay*, todavía se acordaba de él:

En cuanto a médicos por esa época [finales del siglo xix], recuerdo vagamente a un Dr. Villar, pero sí muy bien al Dr. Venancio García, oriundo de la Madre Patria, recuerdo que era alto, algo encorvado, de tez morena y de una pronunciación acentuadamente gallega [es decir, española]. Fue médico muy querido y apreciado por su condición profesional, filantrópica y cultural. Residió en ésta muchos años, casi hasta su muerte, ocurrida en Buenos Aires a donde se había trasladado para atender su salud ya bastante quebrantada.

Un asturiano en Montiel (y de la importancia literaria de sus textos)

por MIGUEL ÁNGEL FEDERIK

Estos *Cuadros y escenas criollas* de Venancio García Pereira¹ suceden en los alrededores de la ciudad de Santa Rosa de Lima de Villaguay, centro de la provincia argentina de Entre Ríos y en riberas del Gualaguay, río doméstico que nace y muere dentro de ella, delimitada *por ese fresco abrazo de agua, que la nombra para siempre*,² del Paraná y el Uruguay. Las tareas civilizatorias, las villas y ciudades del tiempo de los virreinos, el comercio de ultramar, la educación y las preeminencias políticas sucedieron en las márgenes de dichos cursos de agua tutelares. Villaguay, en cambio, era el centro secreto cubierto por una densa y extensa selva –la de Montiel–³ en partes casi impenetrable y por ello refugio de una fauna, una flora, unas leyendas y unos tipos humanos feroces y libertarios, fruto de las identidades y mixturas de los pueblos originarios⁴ y demás criollos de la tierra, que se aventuraron por estas regiones, después de todo juntos y en soledades, entre el amor y las guerras.

Venancio García Pereira bien pudo haber sentado sus reales en ciudades más propicias para su profesión de médico y seguramente con otras dispo-

¹ He conocido estos textos de 1894 recién en 2012 y merced a las investigaciones de Joaquín López Álvarez, que luego de descubrir el texto en Asturias, en sus verificaciones de campo en Montiel dio conmigo y a cuyas arduas labores sumo estos comentarios, más amables al lector que necesarios a su descubrimiento y a los textos en sí mismos.

² Verso correspondiente al inicio del poema «Luz de provincia» de Carlos Mastronardi, *Obras Completas*, coordinación de Claudia Rosa, Universidad Nacional del Litoral, 2010.

³ En *Expresiones de la cultura tradicional en Montiel*, coordinación de Clara Passafari, Universidad Nacional de Rosario, 1998, se dice que el topónimo proviene de Alonso Fernández Montiel, compañero de Juan de Garay, en la fundación de Santa Fe y las tres ramas de su descendencia: Fernández Montiel, Márquez Montiel y Arias Montiel que poseyeron grandes estancias en la zona.

⁴ Extremo sur de las posesiones jesuíticas, la región fue habitada por charrúas, guenoas y minuanes, siendo notoria la influencia guaranítica destacada en toda su toponimia.

nibilidades, pero pudo más su romántica pulsión juvenil y ante las puertas de piedra del positivismo y los fervores mercantiles se vino a una selva tan hirsuta e ignota que los propios naturales designaban solamente como el monte, siendo usuales las expresiones «andar en el monte», «refugiarse en el monte» o «huir al monte»⁵.

Si bien en Madrid, antes de partir hacia estas tierras, ya escribía, es en este libro preservado en la geoda de un baúl vuelto *post mortem* a Cangas del Narcea, donde da cuenta de sucesos y lugares lejanos, y de algo más interesante: que «la lengua no es sólo un medio de expresión, sino un sistema de instalación vital» y por eso «quien no habla bien su lengua no ha aprendido a vivir»⁶, y por ello instalado aquí, su castellano se pobló de un vocabulario particular que explica en sus notas, como si decir por nombres propios la tierra que se pisa fuese parte del goce de internarse en relatos no menos mágicos que temporalmente naturalistas.

Ya Colón cuenta, a los pocos días de llegado al Caribe, que «los peces son tan disformes de los nuestros, que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de los más finos colores del mundo... que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos»⁷, como si iniciara aquella literatura de prodigios, no sin referencias a Plinio, y que continuaran aquellos cronistas que vieron árboles que daban lana, o describieron la fórmula para matar un tigre que «aunque muerto parece vivo y permanece sentado sin cerrar los ojos»⁸, y otros vieron peces que salían a pastar en las riberas, como si América aún guardara noticias del Paraíso.

A los cronistas siguieron los relatos de viajeros, científicos y aventureros, ya ingleses, alemanes o franceses, como Dom Pernetty que, en viaje hacia las Islas Malvinas en 1763, vio en medio de la mar atlántica «tres magníficas mariposas, que gracias a los múltiples colores de sus alas imitaban el plumaje de los vistosos papagayos de Brasil»⁹. Y nuestro Venancio García Pereira, tierra adentro de una provincia casi isla, no fue ajeno a la fuerza gravitacional del castellano que atrajo para su tesoro cuantas palabras hermosas y precisas a su paso viera.

⁵ En *Expresiones de la cultura tradicional en Montiel*, pág. 42.

⁶ Luis Rosales, discurso de recepción del Premio Cervantes en 1982, «Imágenes escritas», Universidad de Alcalá, 1997, pág. 118.

⁷ Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, edición, introducción y notas de Luis Arranz Márquez, Cambio 16, Madrid, 1991, pág. 99.

⁸ Agustín Zapata Gollán, *Mito y superstición en la conquista de América*, EUDEBA, Buenos Aires, 1963, pág. 48.

⁹ *Malvinas. Crónicas de cinco siglos*, Alejandro Winograd (compilador), Edic. Winograd, Buenos Aires, 2012.

Estos *Cuadros y escenas criollas* dan cuenta de una exigua parcela de mundo, pero fueron escritos por quien percibió que el idioma es una memoria desnuda que viaja y se viste en cada sitio con lo visto, lo oído y lo vivido. En el capítulo titulado «De pesca en el Gualaguay», el autor nos dice que uno de los peones apareció con «una gruesa cola de iguana, especie de lagarto *monstruoso* muy común en estos puntos y cuyo apéndice caudal es un sabroso manjar después de bien asado». Lo de monstruoso es una hipérbole, pues ese manso animalillo aún puede verse despedazado por automóviles en rutas de la zona¹⁰.

De diarios de a bordo, cartas de relación, crónicas e informes científicos, se pasó al llamado relato costumbrista, producto no sólo de viajeros que se quedaron aquí, sino más bien de quienes conocían la lección naturalista de Zola, que es el único escritor que García Pereira cita en su obra. Por eso narra y describe parajes, personajes y costumbres en los que se ciñe a fidelidades históricas y geográficas, y tiñe ese texto con la incorporación de las palabras que está oyendo. En «Un aparte», por ejemplo, da 59 notas explicativas al reseñar una tarea típica y esforzada de las estancias de Montiel como es arriar y reunir varios cientos de vacunos para separarlos en conjuntos, por estado y edad, y luego enviarlos a los potreros propicios, que en campos abiertos es tarea sencilla, pero que en Montiel era ciclópea. En «Una hierra»¹¹ da cuenta de las labores de castrar, marcar, curar y también apartar las haciendas. En esas fiestas del coraje van los jinetes a la carrera entre espinillos y palmerales bajos, los sigue una infantería de perros conocedores de su oficio, se entienden los centauros a los alaridos y sangran los hombres por las espinas, los caballos por las espuelas y los novillos por los cuchillos. En ambos cuadros el autor nos participa su entusiasmo a través del ritmo de su prosa que ilustra esas barbaridades del arrojo y las destrezas. En «La pulpería»¹², en cambio, todo se apacigua. Descansan los hombres, los caballos están ataviados —él dice enjaezados— como de fiesta y suena una guitarra por *tristes* y para décimas. El sosiego sólo se interrumpe por una carrera de caballos cuyas alternancias describe minuciosamente. El clima a narrar es distinto y esa serenidad le permite discurrir, por ejemplo, entre los dos amores del gaucho: la *china* de su cariño y el caballo de sus soledades y proezas.

Digno también de anotar es que la mirada de Venancio García Pereira se detiene más en elogios para esos pobres del *monte*, que con los burgueses de

¹⁰ El Padre Lozano (Madrid, 1697 – Humahuaca, 1752) era muy afecto a ese manjar en tierras del Paraguay, aunque al contrario de nuestro autor, tenía en muy mal concepto a la yerba mate a la que consideraba un elemento de destrucción para la nación de los guaraníes.

¹¹ También designada como *yerra*, con la que cierra en juego de palabras dicho capítulo.

¹² Véase Wikipedia, donde se dan referencias inclusive del origen de ese nombre.

la villa. Y así nos habla del domador de caballos, el curandero, el balsero, el bastonero, sus excursiones de caza o pesca con *baqueanos*, el velorio del angelito, los bailes y los festejos que duraban semanas. Su predilección por el agua, el aire y la luz de Entre Ríos, a cielo y campo abierto, será luego materia de insignes poetas argentinos del siglo xx¹³.

En cuanto texto literario, el relato costumbrista –estos entre ellos– es el más modesto de todos ya que su pretensión no excede la voluntad testimonial y la estética de la buena lengua. Y como Venancio García Pereira sabía sobradamente cuanto hacía, lo abre como sencillo corresponsal de su cuñado en España: «Mi sólo objetivo es procurarte un rato de distracción, describiéndote, en cuanto me sea posible hacerlo, algunas costumbres criollas que no dejarán de llamarte la atención». Con esos pocos elementos y un alma a punto de ser tragada por la propia materia que se narra, sus relatos construyen «realidades que parecen cuentos».

Al lector español de estos textos escritos en lengua de un trasterrado del xix le parecerán fantásticas o incomprensibles, ya expresiones o párrafos enteros, como si fuesen invenciones. Lo importante es que todo en García Pereira es cierto y más que cierto específico y situado en un sitio particular: la selva de Montiel, y esa región de fábula real emerge cuando nos dice que vio a unos criollos comer hormigas e inmediatamente remite a «la creencia natural» de que dichas hormigas transmutan «en unas arañas peludas». De igual modo, la escena de esa mujer que le quita los piojos a una niña y luego «los come como caramelos» porque preservan contra el *mal de ojo*, que es mito de las hechicerías. Sucede que su pensamiento científico decimonónico y literariamente naturalista no pudo sustraerse a razonar en términos mágicos solo porque cuanto vio fue así, y hasta su mirada clínica es creyente, como en la escena de aquel natural del Paraguay: «al que un rayo caído sobre su cabeza había quemado el pelo dejándole una corona igual a la de un cura y una quemadura de primer grado a lo largo de toda la columna vertebral, sin que esto fuera obstáculo para que al cabo de tres horas pudiera dedicarse a sus trabajos habituales», a lo cual sigue esta explicación: «consiste en que sucediéndose las tormentas con gran frecuencia, no permiten que haya electricidad acumulada, siendo por consiguiente las descargas menores en intensidad», en que hay todo un prodigio cósmico, claro, pero derivada entonces de esa mirada que tanto fiaba en los cielos como en la tierra.

Venancio García Pereira fue un viajero que se quedó aquí, justo en el sitio en que su palabra real es vara de una flor que después gozaría las soberanías

¹³ V. gr. Daniel Elías, Carlos Mastronardi y Juan L. Ortiz.

de una palabra situada. Cuando las zarzas arden, el castellano conserva la costumbre de iluminar sus prospecciones de tiempos y de lenguas en que viajara descubriéndose a sí mismo, como si recordara hacia adelante.

Sólo su datación: 1894, hace a estos textos contemporáneos de un tratamiento del lenguaje que con sus diversos mestizajes y hundimientos exploratorios estará, por ejemplo, en autores profesos y confesos de oficio literario como Martiniano Leguizamón, Manrique Balboa¹⁴ o Amaro Villanueva. Predicar que contribuyeron a la conformación del canon de la literatura de los argentinos sería falso, puesto que quedaron inéditos hasta la enhorabuena en que Joaquín López Álvarez los edita, restituyendo una sílaba faltante en aquellos conciertos nacionales¹⁵. Baste decir que ya en «El mate», da cuenta no sólo de su leyenda, sino también de sus virtudes y significados, de sus modos de prepararse y ofrecerse, siendo predecesor de lo que décadas después Amaro Villanueva titularía «El lenguaje del mate»¹⁶, jugando el mismo juego de palabras: mate como infusión y mate como cabeza o pensamiento.

Sus descripciones del paisaje, la flora, la fauna y las escenas de caza integrarían otros géneros como el cuento o la novela naturalista¹⁷. Su ácida mirada hacia la sociedad civil de Villaguay también es un retrato a contraluz de sí mismo: «pudiendo decir con orgullo que a nadie debo un real, cosa que muy pocos pueden decir aquí, puesto que me deben a mí», y que si fuese maleable el tiempo traduciríamos a versos de Antonio Machado: «al cabo nada os debo; debéisme cuanto he escrito». Miente cuando dice que sólo tuvo dos amigos, pues narró, curó y cantó al pueblo de los de abajo. Estos *Cuadros y escenas criollas* durmieron en Cangas del Narcea el largo y violento siglo xx. Por sabidas razones —o de las otras— ahora está resucitando. El paisaje y las hablas locales le ofrecieron claves de ingreso a una geografía de la fábula¹⁸, sobre todo a ese lirismo creyente de cuando «las

¹⁴ La primera edición de *Montaraz*, de Martiniano Leguizamón, data de 1900, y la de *Montielero*, de Manrique Balboa, de 1948.

¹⁵ El vocabulario particular del *Martín Fierro* (1872) y *La vuelta de Martín Fierro* (1878) procede generalmente de arcaísmos y usos de la región pampeana y se ponen en boca del personaje central. Venancio García Pereira los utiliza como propios de sus descripciones y dada la región, —selva de Montiel—, incluye otras voces de origen guaraní.

¹⁶ Amaro Villanueva, *Obra Completa*, Universidad Nacional de Entre Ríos, tomo III, 2010, pág. 839. *Mate. Exposición de la técnica de cebar*, primera edición, Buenos Aires, 1938.

¹⁷ La fórmula de los hermanos Goncourt decía: «La novela actual se hace con documentos relatados o preparados en un todo de acuerdo con la naturaleza, como la historia se hace con documentos escritos», en *El siglo XIX: Naturalismo y Simbolismo. Historia de la literatura mundial*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971, pág. 602.

¹⁸ Esta expresión es la utilizada por Alberto Gerchunoff (1883-1950) en su obra *Entre Ríos, mi país* (1950), cuando refiere a la selva de Montiel.

islas se descubrían por el vuelo de los pájaros», con el que suelen verse mariposas sobre la mar o el índice del amor, la investigación y el conocimiento hacia un hombre, unos textos y unos sitios perdidos entre siglos. Cosas de mundo. Cosas de palabras.

Villaguay, 2012

CUADROS Y ESCENAS CRIOLLAS
DE VILLAGUAY (ARGENTINA)

Estimado cuñado:

Al dedicarte este producto de algunos ratos de buen humor, no pretendo encuentres en él esas plumadas que caracterizan a un escritor de mérito. Mi solo objetivo es tratar de procurarte un rato de distracción, describiéndote, en cuanto me sea posible hacerlo, algunas costumbres criollas [que] no dejarán de llamarte la atención. Si llego a conseguirlo quedarán colmados los deseos de tu cuñado que te quiere.

Venancio García Pereira
Villaguay, agosto de 1894.

PRÓLOGO

Como es costumbre que todo escritor al dar a leer una obra la haga preceder de un prólogo, yo también voy a echar mi cuarto a espadas, a fin de presentar la mía con todos los requisitos indispensables para hacer su aparición ante el público que ha de juzgarla.

Para saber que la obra es buena [basta] tener conocimiento de que he sido yo [quien] la escribió, y si por casualidad hay [alguien al] que no le parezca así, que cierre el libro y lo deje, puesto que yo, una vez hecho mi gusto, seguiré tranquilo mi camino, sin que me preocupe el pensar en si me aplauden o me censuran.

Una vez sentados estos precedentes saluda atentamente al que lo lea.

El autor

El mate

PRINCIPIAR a escribir sobre cuadros y escenas criollas y no dar la preferencia al *mate*, es algo así tan extraño como acostarse boca bajo para contar las estrellas; razón por la que yo, para no pecar de extraño, voy a colocarlo en primera línea.

Cuenta una leyenda paraguaya que el último día de la Creación, destinado al descanso, se recostó el Creador en unos *yerbales*¹ a fin de disfrutar de la deliciosa sombra que estos árboles proyectan, y no queriendo pasar el tiempo tan inútilmente llamó hacia sí a Eva (que hoy está probado que si no era paraguaya, debiera serlo por lo bonita y tentadora), y le habló de esta manera:

—He hecho el mundo para que vosotros disfrutéis de él, sin que por esto deis al olvido que me debéis pleito homenaje; por lo tanto, como prueba de sumisión es necesario que hoy hagas más llevadero mi descanso, cebándome un *mate*² amargo.

—Pronta estoy, Señor, a satisfacer tus deseos, pero ignoro el modo de llevarlo a cabo.

—Toma este *poro*³ y esta bombilla, a la vez que esta *pava*⁴ para calentar el agua; muele las hojas de estos árboles a cuya sombra me cobijo y haz con ellas una infusión dentro del poro, que al ser aspirada por la bombilla constituirá un néctar divino y delicioso.

Complaciente la madre de la humanidad, se apresuró a cumplir los mandamientos de Dios, aunque no sin probar de antemano el resultado de esta operación, que debió encontrar muy de su agrado, puesto que apenas el Señor se retiró después de la primera *cebadura*⁵, cuando corrió en busca de

¹ Yerbales: Porción de terreno en que crecen los árboles que producen la yerba.

² Mate: Infusión de yerba especial, y nombre de la fruta en que se sirve.

³ Poro: Fruta hueca parecida a la calabaza. Mate de forma ovoidea.

⁴ Pava: Cafetera en que se calienta el agua para cebar el mate.

⁵ Cebadura: Cantidad de yerba necesaria para la infusión.

Adán, que no lejos de allí distraía sus ratos de ocio *boleando*⁶ *ñandús*⁷, a fin de darle cuenta del felicísimo descubrimiento. Hasta aquí la leyenda, que he referido sin quitar ni poner nada de mi cuenta. Ahora, prestemos oído a una interesante conversación entre dos jóvenes, *gringo*⁸ el uno, *criollo*⁹ el otro, y que viene como de molde a nuestro asunto.

—Pues sí señor, digo y sostengo que nada hay más agradable ni más higiénico que un *cimarrón*¹⁰ bien *cebado*¹¹, mucho más, cuando la que lo sirve es una de esas criollas capaces de *pialar*¹² con sus miradas el corazón mas *chúcaro*¹³ que puede andar *matrero*¹⁴ en pecho humano.

—A vosotros los criollos, en hablándoos del mate, ya estáis en vuestro elemento, justo placer en verdad, puesto que a mi modo de ver retrata de una manera gráfica toda la indolencia y, hasta si quieres, toda la pereza del carácter americano. No quiero decir con esto que nosotros los extranjeros lo rechazemos; lejos de eso, también sabemos aprovecharnos de algunas de las ventajas que nos ofrece, pero de esto a juzgarlo con la pasión desmedida con que vosotros lo hacéis, hay una gran diferencia.

—Es al *ñudo*¹⁵, amigo mío, el pensar que un *gringo*, por aficionado que sea, pueda llegar nunca a poder apreciar en su justo valor las condiciones del mate. No, para esto es preciso que las brisas americanas hayan mecido nuestras cunas, que el cielo puro de nuestra patria nos cobije constantemente con sus días de sol refulgente y con sus noches de eterna poesía.

—No negaréis, sin embargo, que el té o el café podían producir los mismos resultados.

—No, y mil veces no. Tanto el té como el café excitan nuestros nervios y producen en nosotros una especie de vigor ficticio, que al cabo de cierto tiempo viene a ser de lamentables consecuencias; en tanto que el mate esclarece las ideas, reanima las fuerzas y prepara los estómagos de una manera saludable y conveniente para digerir sin trastorno los alimentos indispensables a la vida. Añade a esa saludable infusión unas hojas de naranjo y tendrás

⁶ Boleando: De bolear, acción de envolver las patas de un animal que huye con las boleadoras.

⁷ Ñandú: Avestruz de América sin cola y más chico que el de África.

⁸ Gringo: Extranjero, no siendo español, a quien llaman gallego.

⁹ Criollo: Nacido en América.

¹⁰ Cimarrón: Mate amargo: que no lleva azúcar.

¹¹ Cebado: De cebar, acción de echar el agua caliente en el mate.

¹² Pialar: Acción de envolver con el lazo las patas delanteras de un animal.

¹³ Chúcaro: Salvaje; sin domesticar.

¹⁴ Matrero: Que anda huyendo.

¹⁵ Es al ñudo: Es inútil, en vano.

un excelente remedio para el *flato*; *ponéle* una ramita de *cedrón* y será un específico para los males del corazón; *añadile* un poco de *marcela* y no habrá indigestión ni mal de estomago que resista a su poder curativo; *tomálo* solo, en fin, y mitigará tus penas, endulzará tus pesares y llevará a tu espíritu una tranquilidad y una calma que aumentarán tu energía en los momentos de prueba. Sí, amigo mío, para poder darse cuenta de lo que vale un *mate* se precisa llegar a un *rancho*¹⁶ después de caminar perdido durante un día, ya en las inmensas sábanas de la *Pampa*¹⁷, ya en las agrestes selvas de Montiel, o bien pasar un cuarto de *ronda*¹⁸ con una *tropa*¹⁹, cuando el *pampero*²⁰ y la *garúa*²¹ azotan nuestros miembros entumecidos. Entonces sí, y solo entonces, valorarás la saludable influencia del *fogón* y la indiscutible superioridad del *mate*.

—No he pretendido negar que hay veces en que puede convertirse en una necesidad, dadas vuestras costumbres y vuestro género de vida, pero con-
vengamos en que en el mayor número de los casos es un vicio que fomenta la pereza, hartamente dominante por desgracia en nuestra raza latina.

—Quiero concederte que efectivamente sea un vicio, y como tal digno de censura, pero aun en este caso quedaría justificado, por ser el vicio menos vicio de cuantos existen. Demasiado sabemos que la humanidad no es perfecta y que para demostrar la existencia de la virtud es necesario, nada menos, que el vicio tenga forma. Ahora bien, demos por sentado que es vicio, ¿no lo es también el tomar té, café o cualquiera otra cosa? Pues siendo vicios todos ellos, y siendo estos inherentes a la condición humana, está fuera de toda duda que debemos tolerar de preferencia aquellos que afectan menos a la salud y al bolsillo, con lo que se habrán resuelto los dos grandes problemas de higiene y economía, sin emplear para ello grandes trabajos.

—Pero no podrás negarme que hay muchos a quienes el *mate* es perjudicial.

—Sí, en principio general, te lo niego. Y aun, si me *permitís*, llegaré a sentarte como un axioma, que el uso, *entendélo* bien, el uso del *mate*, en caso de no hacer bien, es completamente inofensivo. Ahora, si *pretendés*, a fin de sostener tu opinión, que el abuso de él da lugar a trastornos, yo te desafiaria a que buscaras en la Naturaleza una sola sustancia con el abuso de la que

¹⁶ Rancho. Casa de gente pobre en general de barro o paja.

¹⁷ Pampa: Grandes extensiones de campo sin población ni cultivo en la provincia de Buenos Aires.

¹⁸ Ronda: Vigilancia que se ejerce sobre los animales.

¹⁹ Tropa: Piara de animales que se traslada de un lado a otro.

²⁰ Pampero: Viento de la Pampa, suroeste, generalmente fuerte y frío.

²¹ Garúa: Lluvia menuda.

no se hayan producido los mismos o mayores desordenes. Y ¿sería lógico el rechazarlas por este motivo, imprimiendo en ellas el estigma vergonzoso de inservibles? No, amigo mío, puede ser nocivo para alguno que haya abusado de él; puede ser su sabor desagradable para otros; pero jamás estas dos circunstancias, aun reunidas, tendrán poder suficiente para hacer perder al *mate* las altas y merecidas consideraciones de que goza en el gremio de las infusiones.

—Confieso que el calor de tu defensa ha colocado mi estómago en condiciones de poder trasegar a su interior un litro siquiera de tan recomendada infusión.

—Y bien merecías también que, en castigo de tus dudas, te invitara con el *mate de las Morales*²² para que en lo sucesivo fueras más deferente con él.

—No censuré jamás el *mate*, sino el apasionamiento con [que] se entrega al vicio la generalidad de las gentes.

—No *podés* negar que *sos* gringo y por consiguiente duro para entrar por el aro, pero trataré de ponerte de manifiesto otras condiciones especiales del *mate*, que quizás lleguen a interesar más tu espíritu *novelero*²³, y veremos entonces lo que piensas respecto a él.

—¿Cómo? ¿Aún tiene más buenas propiedades que colocar, como otras tantas flores, en la corona de elogios que con tanta maestría acabas de entretenerle?

—Y aun puedo asegurarte, sin temor a equivocarme, que las mejores las he reservado para por fin reducir a la nada el baluarte de tus dudas. Hasta ahora hemos considerado el *mate* como la distracción más saludable y económica, examinémoslo bajo otro orden de ideas y resultará siempre infinitamente superior a cualquier otro entretenimiento. Tiene su lenguaje propio, y aun cuando no fuera más que por esta razón, sería digno de estudio y atención; mucho más, cuando ese lenguaje mudo viene a interesar de un modo directo a la parte más interesante de la humanidad que es la juventud. Como las flores, se presta a esas conversaciones íntimas que forman las delicias de todos los enamorados, por sus secretos modos de combinarse y por sus manifestaciones comprensibles tan solo para los iniciados. Un *mate* frío, uno caliente, uno *cebado* por la *bombilla*, uno largo, uno corto... Cuantos modos de manifestar el agrado o desagrado, el contento o el despecho de la *cebadora*²⁴. El entregarlo o recibirlo de tal o cual manera, la tardanza o la

²² Mate de las Morales: Mate que nunca se sirve.

²³ Novelero: Amante de las novedades.

²⁴ Cebadora: La que ceba y sirve el mate.

ligereza en acarrearlo. ¡Cuántas ilusiones no despierta y cuántas esperanzas no marchita! Las miradas que se cruzan, los dedos que al descuido se acarician, y los labios que por fin se colocan en el mismo punto de donde *recién*²⁵ se separan otros labios y que parecen más bien arrancar besos depositados allí con intención, que extraer el jugo del *mate*. ¿No serían motivos más que suficientes para hacerlo digno de esa justa preferencia?

Pasemos ahora a nuestros *payadores*²⁶, llenos de delicadeza y sentimiento, y veremos que es tal el papel que el *mate* desempeña en sus *décimas* y *compuestos*, que hasta parece difícil separar las ideas de *mate* y *payador*. Les presta inspiración, porque es uno de los puntos de unión más poderoso que los liga de una manera estrecha y cariñosa con el *rancho* que los cobija y con la *china*²⁷ que los acompaña, a la que tratan con indecible cariño. Ella es su *cebadora*; ella, la que entre *mate* y *mate*, adorna con graciosos moños las clavijas de su bien encordada guitarra. En tanto que él, fija la vista en el cielo o en las graciosas ondulaciones de los campos, procura extraer del *mate* con sus continuadas aspiraciones las palabras sencillas y poéticas que han de dar forma a la idea que en su mente se agita por salir exterior, con los honores de un *compuesto* o con la exquisita sensibilidad de un *triste*²⁸.

En resumen, demos una vuelta por los bailes y tendremos que un *pericón*²⁹ sin *mate* amargo sería algo tan extraño como un San Roque sin perro, o como una botica sin pozo, y que hasta el *cielo*³⁰ resultaría poco cielo e insulas las *relaciones*³¹.

Una vez que los lectores se han enterado de la leyenda paraguaya y de la importantísima conversación de mis históricos personajes ¿qué me resta por decir? Seguramente que nada que pueda esclarecer más la cuestión, ni dar más detalles sobre el asunto, pero como buen aficionado al *cimarrón* no podré menos de gritar con toda la energía de que soy capaz, que a todo el que no le guste el *mate* de seguro es porque no tiene cruz en el *mate*³².

²⁵ Recién: Recientemente (modismo americano).

²⁶ Payador: Cantor que improvisa y se acompaña con las guitarras.

²⁷ China: Mujer de la clase humilde.

²⁸ Triste: Aire nacional, de música sentimental.

²⁹ Pericón: Baile nacional argentino.

³⁰ Cielo: Una de las figuras del pericón.

³¹ Relaciones: Versos que se dicen las parejas durante el cielo.

³² Mate: En este caso, sinónimo de cabeza.

Un aparte³³

LA *ESTANCIA*³⁴ de don Dolores Godínez hállase situada a cuatro leguas próximamente al oeste de la ciudad de Santa Rosa de Villaguay, y es una de las que más llaman la atención, ya por la bondad de sus campos, ya por las buenas disposiciones del dueño para hacerlos producir.

Cinco leguas de riquísimo campo donde alternan el trébol y la gramilla a la sombra de corpulentos ñandubays, algarrobos y espinillos, formando un monte de primera calidad; seguros y bien divididos *potreros*³⁵ donde permanece separada la hacienda de cría de la hacienda de invernada; aguadas permanentes suministradas por los ríos Gualaguay y Tigre, aparte de algunos *tajamares*³⁶ y lagunas distribuidas con orden y previsión; esmero especial en el refinamiento de las crías; probidad y honradez en el acondicionamiento de las lanas y demás frutos del país, y una franca y cordial hospitalidad en las casas, hacen que este establecimiento sea buscado de preferencia por comerciantes y *troperos*³⁷, así como por los transeúntes que desean gozar de un momento de saludable descanso.

El carácter afable y bondadoso de don Dolores y de su esposa *misia*³⁸ *Margarita*³⁹ atraen a «Las Flores» (que este es el nombre del establecimiento) numerosa concurrencia, entre la que me encuentro yo como huésped distinguido (según el modo de pensar de los dueños y el... mío), la víspera del día en que va a tener lugar un aparte de novillos para formar una tropa, que inmediatamente saldrá para el saladero.

Aficionado a aprovechar cuanta oportunidad se me presenta de conocer los trabajos y costumbres de este país, al que tengo especial cariño, es induda-

³³ Aparte: Separación de algunos animales entre muchos.

³⁴ Estancia: Establecimiento de campo, destinado a la cría de ganado.

³⁵ Potrero: Porción de campo rodeada de alambres y que aísla los animales.

³⁶ Tajamar: Laguna artificial.

³⁷ Tropero: Que hace tropa.

³⁸ Misia: Señora, corrupción de la palabra inglesa missis.

³⁹ Margarita: Margarita (modismo).

ble que no he de desperdiciar esta *bolada*⁴⁰, que me viene como anillo al dedo para admirar el arrojo y la destreza de estos benditos hijos del país.

Son las ocho de una espléndida noche del mes de junio, en que la luna llena proporciona la suficiente luz para poder distinguir desde lejos el baile de las *vizcachas*⁴¹ al compás de sus estridentes gritos, y en que la helada es bastante intensa para obligar a las lechuzas a guarecerse en la casa y galpones, donde de vez en cuando resuena su canto desagradable y medroso, causa muchas veces de sobresalto para algunos espíritus supersticiosos.

El canto del *teru-teru*⁴² que se percibe a lo lejos, el cencerro de las *madrinas*⁴³ de las *tropillas*⁴⁴ encerradas en el corral, el mugido de las *tamberas*⁴⁵, el balido de las ovejas encerradas en un *chiquero*⁴⁶ de ramas, el relincho de los *baguales*⁴⁷ atados al *palenque*⁴⁸ y el ladrido de los perros que recorren vigilantes los alrededores del establecimiento, despidiendo de vez en cuando un olor acre y pestilente, como prueba inequívoca de una lucha sostenida cuerpo a cuerpo con algún *zorrino*⁴⁹, forman un concierto desagradable para el que por primera vez lo escucha, pero es de excelentes condiciones soporíferas para el criollo, que teniendo su *recado*⁵⁰, tiene su cama completa donde quiera que se encuentra. Se juzga satisfecho si en las más crudas noches del invierno encuentra una cocina donde tender su cama, compuesta siempre de las *pilchas*⁵¹ de su recado, o si no para él es lo mismo, una enramada, un árbol o el cielo querido de su patria, sin que logre turbar su sueño el color de que se revista.

En la noche a que hago referencia, solo el *capataz*⁵² en la cocina, terminando el trenzado de un *lazo*⁵³ de catorce brazas, y los dueños de la casa, el tropero y yo, permanecíamos en vela, filosofando a nuestra manera sobre la

⁴⁰ Bolada: Oportunidad, ocasión.

⁴¹ Vizcachas: Roedor un poco mayor que el conejo y solo sale de noche.

⁴² Teru-teru: Ave que da un grito igual a su nombre y es buen vigilante.

⁴³ Madrina: Yegua a la que se le pone un cencerro y reúne unos cuantos caballos.

⁴⁴ Tropilla: Los caballos que mantiene reunidos la madrina.

⁴⁵ Tamberas: Vacas lecheras que permanecen siempre cerca de las casas.

⁴⁶ Chiquero: Corral de ramas en que se encierran las ovejas por la noche.

⁴⁷ Baguales: Caballos que empiezan a amansarse.

⁴⁸ Palenque: Palos gruesos y resistentes a que se atan los baguales.

⁴⁹ Zorrino: Animal más chico que el gato y cuyos orines despiden muy mal olor.

⁵⁰ Recado: Montura completa del criollo.

⁵¹ Pilchas: Cada una de las piezas del recado.

⁵² Capataz: El que está a cargo de los peones.

⁵³ Lazo: Especie de sogas de cuero que sirve para enlazar y pialar.

tranquilidad con que duerme el hombre honrado que no siente más cuidados ni más preocupaciones que el trabajo del día siguiente.

Poco he dormido esa noche. El entusiasmo que me dominaba, porque iba a contemplar de cerca la *farra*⁵⁴ del día siguiente, me hizo pasar el tiempo que permanecí en cama bajo la impresión de un sueño intranquilo y agitado. Afortunadamente, las *monjitas*⁵⁵, mosquitos y *vinchucas*⁵⁶ no habían hecho aún su aparición, de lo que no pude menos de felicitar me, por más que no ha dejado de molestarme muy de veras el terrible sueño que me acosó.

Ya me veía jinete en un *tordillo negro*⁵⁷ con mis *boleadoras*⁵⁸ en la cintura y mi *lazo* en los *tientos*⁵⁹ del *recado*, y hasta creo que en mis sueños *compadreaba*⁶⁰ de *campero*⁶¹ dando *riendas*⁶² a mi *flete*⁶³ y hablando de *bolear*, cuando percibo un fuerte grito de guarda del *yaguané*⁶⁴, que me obligó a volver la vista con la ligereza de un *refocilo*⁶⁵. Un novillo *cuerpo de buey*⁶⁶, con dos *mampas*⁶⁷ más filosas que agujas colchoneras, se dirigía hacia mí con rapidez increíble, conociéndome sin duda por el más *maturrango*⁶⁸ de cuantos allí estaban.

No me quedaba otro recurso. Cerré piernas a mi *pingo*⁶⁹, sin dejar de acariciarlo a la vez con la *azotera* de mi *rebenque*⁷⁰, y confiado en su ligereza partí en desenfrenada carrera, seguido siempre de cerca por el terrible *yaguané*, que a mí me parecía tener alas en vez de piernas, puesto que poco a poco acortaba la distancia, y que seguramente me iba a tener mal si algún auxilio imprevisto no venía a sacarme de semejante atolladero. De pronto, una de las patas de-

⁵⁴ Farra: Diversión, jarana.

⁵⁵ Monjitas: Insectos apenas perceptibles y cuyas picaduras son muy molestas.

⁵⁶ Vinchucas: Especie de chinches negras muy molestas.

⁵⁷ Tordillo negro: Caballo blanco con muchos pelos negros.

⁵⁸ Boleadoras: Tres tiras de cuero en cada una de las que va una bola de piedra.

⁵⁹ Tientos: Tiritas de cuero en la parte posterior del recado para atar el lazo.

⁶⁰ Compadrear: Hacer alarde.

⁶¹ Campero: Hombre que sabe trabajar en el campo.

⁶² Dar riendas: Hacer caracolear el caballo.

⁶³ Flete: Caballo muy bueno.

⁶⁴ Yaguané: Animal vacuno con una mancha blanca desde la cabeza hasta la cola.

⁶⁵ Refocilo: Relámpago.

⁶⁶ Cuerpo de buey: De gran tamaño.

⁶⁷ Mampas: Astas, cuernos.

⁶⁸ Maturrango: Poco jinete, que no sabe montar.

⁶⁹ Pingo: Sinónimo de flete; caballo bueno.

⁷⁰ Rebenque: Especie de látigo de cabo de madera y azotera de cuero.

lanteras del tordillo se hunde en un *tucu-tucu*⁷¹ y una *rodada*⁷² espantosa vino a sacarme, con el dolor producido por el peso del caballo al apretarme, de las garras de aquel horrible ensueño. Desperté sobresaltado y me arrojé del lecho a pesar del intenso frío de la noche, y abrigándome lo mejor que pude encaminé mis pasos hacia la cocina, donde alrededor del fogón *mateaban* ya los peones, en tanto se ponía en punto un oloroso *churrasco*⁷³ formado por un costillar entero de vaca.

Nada más extraño que la diversidad de trajes en los hombres allí reunidos: quien con *chiripá*⁷⁴, quien con bombacha, más propios para salvar el pudor que para preservarse del frío; descalzos unos, con alpargatas en chancleta otros, algunos con la *bota de potro*⁷⁵ y haciendo sonar las descomunales rodajas de las espuelas de hierro; el chambergo y la *gorra de vasco*⁷⁶ ocultando a duras penas la descuidada *melena*; todos envueltos en el largo *culero*⁷⁷ y liviano⁷⁸ *ponchillo*⁷⁹ de listas, bajo el cual hace prominencia el cabo del cuchillo o del facón, siempre filoso y siempre pronto a dirimir cualquier contienda entre ellos, y resaltando como nota dominante la alegría y la buena disposición de ánimo para atacar con brío el sabrosísimo *churrasco*, base de la alimentación del paisano criollo.

Las tres de la mañana serían cuando el capataz del establecimiento, después de terminado el almuerzo, dio la orden de ensillar, y ya cada uno de ellos aprontando sus *aperos*⁸⁰ salió en busca del caballo en que había de trabajar durante el día o parte de él.

Nada podía yo hacer en aquel trabajo preliminar de la *parada de rodeo*⁸¹, por lo que me resolví a esperar el día haciendo los honores al *amargo*, que al fin sentamos con un riquísimo *matambre*⁸² remojado con un vaso de legítimo vino carlón.

Ya la blanquecina claridad del día, amortiguando el brillo de las estrellas, se extendía por los campos cuando en compañía de don Dolores nos dirigi-

⁷¹ Tucú-tucú: Especie de topo que mina los campos; cueva que hace.

⁷² Rodada: Caída del caballo y jinete.

⁷³ Churrasco: Trozo de carne asado al asador o sobre las brasas.

⁷⁴ Chiripá: Especie de taparrabos.

⁷⁵ Bota de potro: Bota hecha con la piel de las patas de un caballo.

⁷⁶ Gorra de vasco: Boina.

⁷⁷ Culero: Especie de delantal de cuero, para sujetar el lazo.

⁷⁸ Liviano: De poco peso, ligero.

⁷⁹ Ponchillo: Manta agujereada en el centro para meter la cabeza.

⁸⁰ Aperos: Todos los útiles para ensillar un caballo.

⁸¹ Parar rodeo: Reunir en un punto dado todos los animales vacunos.

⁸² Matambre: Pedazo de carne que cubre las costillas.

mos al *rodeo* que por momentos aumentaba con cuadrilla de hacienda que por todas partes salían del monte, azuzados por el ladrido de los perros y por el *alarido*⁸³ de los peones.

Ya el *ciñuelo*⁸⁴ estaba separado, y solo se esperaba que estuvieran reunidos todos los trabajadores para dar lugar a la tarea del aparte, en que el criollo despliega toda su habilidad de hombre de campo y de jinete consumado.

Yo también iba a tomar parte en el trabajo, *atajando el rodeo*⁸⁵ y jinete en un *picazo*⁸⁶, caballo *vaqueano*⁸⁷ y ligero en el trabajo, corría de un lado a otro a fin de darme cuenta de mi misión y observar si podía correr algún peligro, a lo que no estaba resueltamente decidido.

Apenas había dado principio a la faena cuando ya mi entusiasmo de trabajador se hallaba a diez grados bajo cero, pues apenas toda mi habilidad era suficiente a contener mi caballo que, acostumbrado a esta clase de trabajos y alborotado con las carreras y los gritos de «*fuera*»⁸⁸ dados por los peones, ponía en grave riesgo mi importante personalidad; razón por la que decidí separarme a una distancia conveniente para hallarme en seguridad, sin dejar de darme cuenta de todos los lances de la ruda y arriesgada faena.

Confieso con ingenuidad que no dejaba de mirar con una especie de terror la sonrisa e hilaridad que se reflejaba en los rostros de aquellos hombres, cuya vida amenazada de un constante e inminente peligro no tenía para ellos más importancia que si se hallaran reunidos para dedicarse a algún juego inocente, y aun alguna vez no he podido contener un grito de espanto al ver un novillo enojado que, dirigiéndose a alguno de ellos, parecía presagiar una irremediable catástrofe cuando era desviado de su dirección, ya por una *pechada*⁸⁹ siempre oportuna, dada con el caballo, ya por un diestrísimo tiro de lazo que cogiendo al animal de las dos astas daba con él en tierra.

Imposible me sería describir con exactitud esta tarea de que solo son capaces los hijos del país. El movimiento incesante de la hacienda agujijoneada por los gritos y por los golpes del *rebenque* o del *arreador*, los movimientos encontrados de los peones que sacan los novillos elegidos con los de los que atajan el rodeo; las carreras vertiginosas de los caballos diestramente manejados; la precisión en los movimientos combinados para no atropellarse

⁸³ Alarido: Grito especial de los indios al entrar en combate.

⁸⁴ Ciñuelo: Buey manso que sirve de guías a los novillos.

⁸⁵ Atajar el rodeo: Impedir que salgan los animales del grupo.

⁸⁶ Picazo: Caballo oscuro, con las patas y la frente blancas.

⁸⁷ Vaqueano: Acostumbrado a hacer una cosa.

⁸⁸ Fuera: Grito de los trabajadores al separar un animal.

⁸⁹ Pechada: Golpe que se da a un animal con el pecho del caballo.

unos a otros; las pechadas oportunas; los tiros de lazo a tiempo; las *apareadas* a los novillos *empacados*⁹⁰ para llevarlos al ciñuelo a fuerza de caballo; la imperturbable serenidad de estos hombres, y la fuerza y resistencia del caballo criollo, son cosas que solo viéndolas puede uno formarse completa idea. Hombres con la resistencia del hierro, bien necesitaban para resistirlos, caballos con músculos de acero. Pasan las horas y el entusiasmo no disminuye en lo más mínimo; si algún caballo se cansa, pronto es sustituido por otro, y el jinete, como si nada hubiera hecho, vuelve a penetrar en el *rodeo*, y corre, grita, hace caracolear su caballo, elige el novillo y a empujones, a rebencazos, sin tener en cuenta para nada ni sus *mampas* ni sus patas, lo obliga a salir y reunirse con los otros ya apartados y que otros peones procuran mantener en su puesto. No importa que el calor sea fuerte o que el frío sea intenso, el trabajo hay que hacerlo, y el criollo es *curtido*⁹¹. Para calmar su sed le espera luego el mate amargo y para satisfacer su hambre no ha de faltarle un buen churrasco, que hoy es día de trabajo fuerte y don Dolores no sabe ser mezquino, y de seguro no ha de faltar un trago de caña o de *ginebra* para mojar el garguero.

Queda el trabajo terminado y hecha la *tropa* a la caída de la tarde, y contentos como salieron, sin dar indicios de cansancio, regresan a las casas celebrando los lances del *aparte*, con lo que hago yo también aquí punto y aparte.

⁹⁰ Empacado: Que se niega a caminar.

⁹¹ Curtido: Duro, fuerte para la intemperie.

Una hierra⁹²

HEME ya de nuevo en campaña y pronto a regalar mi estómago con un rico trozo de *asado con cuero*⁹³, unas tortas fritas⁹⁴ y una *mazamorra*⁹⁵ con un vaso de *apoyo*⁹⁶, que de todo esto y algo más ha de haber en la estancia de don Olivio Acosta, criollo de los buenos y amigo como pocos⁹⁷, a donde vamos de *hierra*. Como el establecimiento está cercano al pueblo, salimos ya de día claro y cuando la hacienda encerrada en el corral solo espera nuestra llegada para sentir en su piel el candente hierro de la marca.

Allí encontramos a nuestra llegada al bizarro Gayardo, italiano fuerte y musculoso, que si bien es inútil para manejar un lazo, tiene en cambio suficiente fe en sus robustos puños para agarrar un novillo de las astas y dar con él en tierra, sujetándolo con brío en tanto que la marca no está bien puesta.

El capataz, jinete en un *petiso*⁹⁸ *rocillo*⁹⁹, rebolea el lazo con gran armada¹⁰⁰ y elige dentro del corral el animal destinado a sufrir la ígnea operación, convirtiéndole de *orejano*¹⁰¹ en propiedad del dueño de la marca.

Varios fogones, al lado mismo del corral, calientan los hierros a la vez que lentamente ponen el *asado con cuero* en condiciones de ser transportado a los estómagos.

⁹² Hierra: Marcación de animales.

⁹³ Asado con cuero: Carne que se asa con el cuero.

⁹⁴ Las tortas se hacen con harina de trigo, grasa de cerdo, agua y sal, y se fríen en grasa de vaca (*Nota del editor*).

⁹⁵ Mazamorra: Maíz cocido en agua o leche.

⁹⁶ Apoyo: Leche muy mantecosa.

⁹⁷ Olivio Acosta fue intendente de la Municipalidad de Villaguay entre 1901 y 1903 (*Nota del editor*).

⁹⁸ Petiso: Caballo chico.

⁹⁹ Rocillo: Caballo rojo con muchos pelos blancos.

¹⁰⁰ Armada: «Forma en que se dispone el lazo para lanzarlo», *DRAE* (*Nota del editor*).

¹⁰¹ Orejano: Sin marca.

Todo está pronto: peones y aficionados se proponen en ese día hacerse aplaudir, y quien con un *lazo*, quien con un *sobeo*¹⁰², quien con un *maneador*¹⁰³, hace proyectos de *pialar* sin errar ni un solo tiro. ¡Pobres terneros entregados a discreción a los ensayos de estos pretendidos camperos! No en vano, mugen y corretean ocultando sus cuerpos sentenciados a los porrazos, para sostener la constante hilaridad de los *cajetillas*¹⁰⁴ ávidos de esta clase de emociones.

Ya forcejea uno prendido en el lazo que el capataz sujeta con su *petiso*, y en dos filas a la puerta del corral todos rebolean esperando su salida. «Óiganle la maula»¹⁰⁵, grita uno de los peones al dar con el animal en tierra, en tanto los demás recogen sus útiles esperando tal vez ser más afortunados en otros tiros. Ha llegado su turno a Gayardo, que sin más enseres que sus robustos brazos se acuesta sobre el animal y lo oprime hasta el punto de impedirle todo movimiento, en tanto que la marca enrojecida con el fuego hace chirriar la carne del ternero, que en vano hace poderosos esfuerzos por verse libre de las potentes garras del fornido italiano.

Todos tienen ahora la seguridad de pialar el segundo, que ya se agita en el seguro lazo del capataz; esta vez no podrá escapárseles en manera alguna. ¡Bueno fuera también que esperándolos prontos, los mejores aficionados fueran a reírse de ellos! ¿Qué dirían las naciones? Seguramente que esta vez se iban a golpear la boca hasta el más torpe de entre ellos al verlos morder el polvo, presas las manos en los *sobeos*.

—Aflójenle a esa maula y denle puerta. Viborean los lazos en el aire, los ojos tratan de medir bien las distancias, los brazos están agitados y temblorosos, y hasta las palabras se anudan en las gargantas, esperando el momento crítico. Cruza el ternero en veloz carrera y caen sobre él las armadas sin que ninguna de ellas logre conseguir el objeto deseado. La gritería es general; el animal rueda por tierra al tirón del lazo del capataz y de nuevo comienza la tarea de Gayardo y de los peones que colocan la marca.

Es indudable que son los lazos los que no sirven para nada, porque con el que cada uno de ellos tiene en su casa, sería imposible que erraran de un modo tan feo. ¡Ellos, que a todas las hierras a que han asistido han hecho verdaderos prodigios *pialando*! ¡Lástima que no esté más cerca la casa de cada y entonces sí verían lo que era un criollo trabajando! Pero aun así y todo, los

¹⁰² Sobeo: Tira larga de cuero retorcida y con los pelos del animal.

¹⁰³ Maneador: Tira larga de cuero curtido que sirve para atar los animales mientras pastan.

¹⁰⁴ Cajetillas: Señoritos de pueblo.

¹⁰⁵ Óiganle la maula: «¡Oigan su tema! ¡Miren con lo que viene ahora!», en Ciro Bayo, *Vocabulario criollo-español sud-americano* (Madrid, 1910), pág. 252 (*Nota del editor*).

primeros tiros siempre es fácil errarlos, cuando hace ya mucho tiempo que no se trabaja; pero ya verán tan pronto como se les siente el pulso y puedan por el ejercicio calcular un poco mejor, porque al fin saben lo que traen entre manos, y a la larga han de poder probar que ni son *mancos* ni *gringos*.

—Larguen para acá esa *laucha*¹⁰⁶iu

Las primeras exclamaciones de entusiasmo y los gritos de júbilo ante el primer triunfo que llegó a creerse alcanzado, fueron bien pronto sofocados por las carcajadas de los peones que a un tiempo exclamaron: «¡Lo quebró!». Efectivamente, el lazo solo había agarrado una mano del ternero y un tirón inoportuno lo había quebrado, dejándolo inservible.

—¡Degüéllenlo y servirá para aumentar las provisiones!, exclamó don Olivio, pensando sin duda en su interior que con trabajadores como los que tenía, si hubiera necesidad de hacer muchas *hierras* en el año, ya podía renunciar a la esperanza de poder vender novillos. Creo yo que este debió ser el pensamiento que en su interior se sobreponía a todos los otros, por más que, a decir verdad, fue el primero en reírse y en festejar la *chambonada*¹⁰⁷ del pialador, que dio origen a mil chascarrillos oportunos y palabras de doble sentido en que son tan fecundos los criollos cuando por cualquier circunstancia se encuentran reunidos.

El entusiasmo pareció decaer un tanto, y no porque el incidente llegara a impresionar en lo más mínimo, sino porque hasta nosotros llegaba cierto olorcillo agradable que despertaba en nuestros estómagos esa sensación especial que nos conduce, como de la mano, a cerciorarnos por nosotros mismos del estado en que se encuentra el *churrasco*. Y en esto sí que mostraron los aficionados una competencia de primer orden, pues cuchillo en una mano y sin temor a errar ni uno solo de los *tajos*, la emprendieron con un costillar que como bandera de combate mostraba a los contendientes el punto en que la lucha debía ser más reñida. Pronto fue desprendido del palo de *tala* que a guisa de asador lo ensartaba sin compasión y pronto también las costillas quedaron sembrando el suelo, sin temor a que los *caranchos*¹⁰⁸, que cerca alzaban el vuelo, vinieran a ensañarse en ellas, puesto que ni ellos mismos serían capaces de dejarlas en tal extremo de desnudez.

No por esto se interrumpió el trabajo ni un solo momento; por el contrario, el capataz y los peones, libres por un instante de las incomodidades que siempre proporcionan los que no saben trabajar y que todo lo toman

¹⁰⁶ Laucha: Ratoncito.

¹⁰⁷ Chambonada: Hacer una cosa mal.

¹⁰⁸ Carancho: Ave de rapiña muy dañina.

a *chacota*¹⁰⁹, procuraban trabajar, y con menos gritos y un poquito más de esfuerzo avanzaban en la faena, deseando sin duda alguna que el almuerzo se prolongara por mucho tiempo; pues sabido está que el que está dispuesto a trabajar y conoce el trabajo a que se entrega, no puede mirar con gusto que vengan a entorpecerlo y a hacerle perder un tiempo con que quizás contaba.

Satisfecha por fin esa necesidad del momento, y después de mojar la garganta con un vaso de *carlón*, con más fuerzas en la cabeza y el estomago y con más bríos postizos, ocupan de nuevo sus puestos (que es difícil convencer al que no quiere convencerse) y se disponen a dejar muy atrás a todos cuantos hasta hoy hayan trabajado con lazo. Ahora verían cómo el churresco les había sentado el pulso y les había dado buen golpe de vista. Por fin, uno de los terneros rodó pialado por uno de ellos y aquí fueron los gritos y palmoteos.

—No se lo decía yo —exclamaba, fijando en mí una mirada de triunfo—, si era imposible que errara como lo estaba haciendo; nunca me había sucedido una cosa parecida, pero, en fin, todavía estamos en tiempo de volver por nuestra reputación y de dejar bien sentada nuestra *menta*¹¹⁰ de hombres que saben manejar el lazo.

—Sí, fue una casualidad realmente... que los primeros hayan podido escaparse, decía otro acentuando la palabra casualidad y dando a conocer con una sonrisa burlona que no tenía mucha fe en la bondad y seguridad del tiro.

[...] y animado por este primer triunfo, ponía más que nunca toda su atención en el nuevo tiro a la vez que despertaba en [los] demás el natural deseo de no ser menos que él y de poder [decir] siquiera una vez que también eran capaces de eso y de mucho más.

Inútil me parece decir que, en medio de estos jolgorios, las *tarjas*¹¹¹ aumentaban de una manera harto lenta para los deseos de los verdaderos trabajadores, y que a este paso llegaría a sorprenderlos la noche sin terminar su tarea.

Si al menos fuera como en otras épocas, en que las *hierras* tenían más bien un carácter de diversión que de trabajo, y en la que de todas partes venían ayudas gratuitas con el objeto de hacer más completa la *farra*; pero hoy, que hay necesidad de llevar a cabo los trabajos a fuerza de peones a quienes se paga su jornal y en que el aforismo inglés de que «el tiempo es oro», *times is money*, vino a sentar sus reales en los establecimientos criollos; es necesario

¹⁰⁹ Chacota: Broma.

¹¹⁰ Menta: Fama, nombradía.

¹¹¹ Tarjas: Señales que se hacen en un palo para llevar cuenta de los animales marcados.

no eternizarse en las tareas, por más que se deje siempre un rato perdido y algún animal fuera [...] veamos que el trabajo avance y veamos el lazo del capataz que no yerra un solo tiro, ni perdona al animal que ha elegido por más que este se halle mezclado entre otros muchos, que [corr]en, se revuelven, se agitan, dando sordos mugidos, en tan[to] que algún toro o alguna vaca menos paciente escarban [el] suelo con sus patas dando pruebas inequívocas de un eno[ño] mal contenido, y se envuelve en el lazo que el ternero se [en]carga de estirar con sus saltos y cabriolas; los peones que [atentos] al movimiento están prontos, ya sea a salvar al capataz de algún peligro que pudiera amenazarle, ya aprovechando los menores incidentes que puedan contribuir a que [el] trabajo adelante, sin que por esto dejen de elogiar los buenos *piales* que celebran con chascarrillos y ocurrencias pican-tes [y] oportunas, estimulándose los unos a los otros con palabras llenas de gracejo, y luciendo cada uno las habilidades que reservan para estos casos de verdadera oportunidad. Las marcas enrojecidas esparciendo ese olor característico del pelo quemado al ser impresas con fuerza sobre la piel del animal y [...] a este cuadro verdaderamente criollo, la apostura arrogante de Gayardo, con los brazos desnudos, el pecho hinchado por una respiración poderosa, animado el semblante por la lucha y mirando con cierto aire de desprecio los *lazos*, que califica de ardidés poco nobles cuando la lucha debiera tener lugar cuerpo a cuerpo.

Las *tarjas* van cubriendo poco a poco el palo de *tala* traído con este objeto y, sin que decaiga un momento la alegría y el entusiasmo, pasan las horas sin que consigan imprimir en los rostros ni las huellas del cansancio ni las señales del desaliento.

A lo último del trabajo, lo mismo al medio que al principio, todos se hallan bien dispuestos encontrando como gracioso entreacto el que un animal se enoje, pues apenas manifiesta su intención cuando, preso entre dos *lazos* que tiran en sentido contrario, se ve obligado a contener su rabia y a buscar la puerta como único medio de salvarse de las burlas y rechiflas de estos hombres capaces de golpearse la boca en los momentos más críticos y de mayor peligro; tal [es la] serenidad y la conciencia que tiene de su poder.

El progreso, en su marcha incesante, ha quitado ya sus [be]llezas a la mayor parte de los trabajos de campo, y los rasgos característicos que convertían al *gaucho*¹¹² en un ser verdaderamente fantástico a la vista del extranjero que, poco connaturalizado o mejor dicho desconocedor de esta clase de

¹¹² Gaucho: Criollo pobre.

trabajos, contemplaba con verdadero asombro la pasmosa agilidad y la sin igual destreza y precisión de sus movimientos.

De regreso a nuestras casas no podíamos menos de pensar que tal vez el progreso yerra quitando sus más bellos atractivos a la *hierra*.

La pulpería¹¹³

LA *pulpería* de don José presenta hoy un aspecto pintoresco y completamente distinto de otras veces. Como unas veinte *carpas*¹¹⁴ extiéndense sin orden ni concierto a ambos lados de la casa, mitad *quinchada*¹¹⁵, mitad de barro, y en cuya entrada principal, dando el frente al este, se rebullen con alegría una multitud de paisanos rodeando al *payador* del *pago*, que guitarra en mano ya entona sentidos *tristes*, ya canta alguna décima dedicada a alguno de los allí reunidos, a petición de los demás, a la vez que de tiempo en tiempo remoja su seca garganta con una copa de caña o *ginebra* que le alarga alguno de los más entusiastas, después de haberla pagado de su bolsillo.

Don José, en tanto, separado de los concurrentes por el alto mostrador, sobre el que no falta la consabida verja de hierro, camina, revuelve, se agita, da órdenes al dependiente y en un constante abrir y cerrar del cajón, deposita en su fondo sin fondo cuanto *medio*¹¹⁶ queda rezagado en los bolsillos de los *marchantes*¹¹⁷, sin dejar por esto de atender y tomar parte en las interesantes conversaciones que, a uno y otro lado, forman la nota dominante de este cuadro de vida y movimiento.

A corta distancia de la casa, la *enramada*¹¹⁸ puede apenas contener ya más caballos, por el gran número que de ellos se cobijan a su sombra, luciendo los lujosos *aperos* que ponen de manifiesto, si no la riqueza positiva de sus dueños, por lo menos, el esmero que el criollo pone en enjaezar su caballo, cuyas buenas condiciones tiene en más estima que las de la misma mujer que elige por compañera. Y no se crea por esto que yo quiera o pretenda suponer al *gaucho* desprovisto de sentimientos amorosos. No, y mil veces no.

¹¹³ Pulpería: Casa de comercio en el campo.

¹¹⁴ Carpa: Tienda de campaña.

¹¹⁵ Quinchada: Hecha de paja.

¹¹⁶ Medio: Cinco céntimos.

¹¹⁷ Marchantes: Parroquianos.

¹¹⁸ Enramada: Cobertizo de ramas.

He presenciado infinidad de idilios amorosos que me causaron harta impresión para que tan pronto pudiera darlos al olvido; pero esto no quita el que yo encuentre una razón que en cierto modo justifique ese cariño especial y esa preferencia que el criollo demuestra por su caballo.

Jinete consumado, caminador incansable y poco amante de la inmovilidad, el caballo es su verdadero elemento y siempre su compañero inseparable; lo mismo en los rudos trabajos a que se dedica que en las diversiones y fiestas a que concurre; lo mismo cuando puede pasear tranquilamente las calles de los pueblos que cuando los policías van en su persecución; lo mismo cuando corre en busca de las tiernas miradas de su *china* que cuando en los campos de batalla lucha por su patria, por la integridad de su suelo o por la idea que juzga buena y conveniente. ¿Qué tiene pues de extraño que de esta constante necesidad del caballo nazca esa preferencia cariñosa y ese esmero y prolijidad en enjaezarlo, empleando en su *apero* hasta el último *medio* adquirido a fuerza de trabajo y de peligros sin cuenta?

La reunión aumenta por instantes. Por todas partes llegan jinetes que, después de *manear*¹¹⁹ y *atar a sogá*¹²⁰ sus caballos, rodean las *carpas* para recibir de las *chinas* que las ocupan, ya el mate, ya los pasteles, ya las tortas fritas *recién* salidas de la sartén que despiden olor a grasa, la mayor parte de las veces de potro; pero que no por esto dejan de ser el punto de mira de los estómagos que parecen próximos a desfallecer.

El rosa, azul y blanco son los colores dominantes en este concurso mujeril, que con las trenzas caídas y su cinta *punzó*¹²¹ en la cabeza, reparten *mates* a cambio de algunos centavos, a la vez que incendian con sus miradas más graciosas y expresivas, si no los corazones, por lo menos las cabezas de muchos de los que las solicitan y que solo esperan el *pericón* o el *gato*¹²² de la noche para, en amorosas relaciones, ponerles de manifiesto el cariño que han sabido despertar entre *mate* y *mate*, con sus sonrisas embriagadoras o con sus picantes chazonetas envueltas en frases de doble sentido.

La *pulpería*, en tanto, es el punto de mira de los demás concurrentes. Allí las conversaciones son tan vivas como variadas en los diferentes grupos que se forman. Lo mismo se discuten los planes económicos de los gobiernos, que la carrera que está próxima a correrse; la mayor o menor belleza de una china, que la última movilización de la guardia nacional. Allí se de-

¹¹⁹ Manear: Trabrar.

¹²⁰ Atar a sogá: Atarlo de manera que pueda pastar.

¹²¹ Punzó: Rojo vivo.

¹²² Gato: Baile argentino.

finen todos los puntos, se discuten todas las opiniones políticas, se hacen todas las transacciones comerciales, se arreglan las carreras, se conciertan las riñas de gallos, se come, se bebe, se juega, hasta a veces se pelea, pero todo esto girando siempre entorno de una personalidad: don José el *pulpero*, que parapetado tras su mostrador define situaciones, aclara dudas, resuelve cuestiones, calma los ánimos excitados y hasta en casos de apuro predice los acontecimientos con un aplomo y una sangre fría capaces de dar al traste con el incrédulo más pertinaz que pudiera presentarse a su vista.

Activo y diligente, tan pronto desenvuelve una pieza de percal, cuyos tonos de color subido elogia, como envuelve un real de azúcar, que de todo se encuentra un poco en la *pulpería*. Las bombachas alternando en amigable consorcio con el *maní*¹²³ tostado, los sombreros con el azúcar y la yerba, los frascos de perfume con los quesos del país, las cintas de seda con el pimentón y el comino, las alpargatas con los cuchillos con vaina de cuero, los percales con el vino carlón y la ginebra, y mil otras monadas y chucherías amontonadas aquí y allá, sin orden ni concierto, traen a la imaginación más bien la idea de una casa habitada por urracas que la de una casa de comercio que produce pingües resultados.

Y para demostrar que los produce, basta solo mirarlo a don José, que llegó al *pago* como simple habilitado y hoy no solo es propietario de la casa de *negocio*¹²⁴, sino que es poseedor a la vez de unas cuantas *cuadras*¹²⁵ de campo, un buen *rodeo* de vacas, una *majada*¹²⁶ de elegidas y dos buenas *tropillas* de caballos que ensilla de vez en cuando para causar mil desazones a las *estancieras* vecinas, que hasta ahora no les ha sido posible enredarlo en el lazo, por más que varias veces ya lo hayan intentado.

Esto, no obstante, no dejaréis de oírlo hablar constantemente de la mala época por que atravesamos, de lo pésimo de los negocios, de lo poco que se vende y hasta esto fiado en su mayor parte, y de otras mil contrariedades que seguramente bastarían para quitar los deseos de comerciar al más pintado, si como decía antes, los hechos no hablaran muy en contra de sus palabras a las que, a decir verdad, nadie da crédito.

La reunión de este día es debida a una carrera de alguna importancia, hecha por don José con dos caballos ajenos y [en] la que él juega diez pesos, y esto por interesarse en algo, puesto que según le oiréis decir no es aficionado

¹²³ Maní: Cacahuetes.

¹²⁴ Negocio: Comercio.

¹²⁵ Cuadras: Medida de campo de 150 varas.

¹²⁶ Majada: Rebaño.

al juego, por más que pocos le sean desconocidos, pero hay que sacrificarse algunas veces en obsequio a los amigos, y además que sería injusto no jugar alguna cosa cuando él mismo había sido el autor de la carrera, que juzga dé beneficiosos resultados para ambos contendientes, por más que él se perjudique en alguna cosa.

La carrera da lugar a que por todos lados se crucen apuestas interesadas, pues el criollo es aficionado por naturaleza a este juego, en que se pone de manifiesto una de las principales y más apreciadas condiciones del caballo, que es la ligereza, por cuya razón no vacila en estos casos en exponer todo el dinero de que es poseedor, sino que también, llegado el momento, no estarán seguras ni las mismas prendas de su *apero*, que como ya he manifestado, constituyen la cama en que encuentra el descanso de las fatigas del día.

Llega la hora decisiva, y una vez pesados los corredores e igualado el peso con munición *patera*¹²⁷, que el más *liviano*¹²⁸ coloca a manera de cinturón envuelta en un pañuelo de algodón, salen al *tranco*¹²⁹ de sus *parejeros*¹³⁰ hasta el camino en *andarivel*¹³¹, situado a unas seis *cuadras* de la pulpería y señalado por cañas *tacuaras*¹³² colocadas de distancia en distancia e indicando a la vez los lados a que deben correr los caballos.

La *pulpería* queda en este momento desierta, y hasta el mismo don José, en mangas de camisa, se enhorqueta en el primer *mancarrón*¹³³ que encuentra a mano para no perder ninguno de los incidentes de las *partidas*, que dan lugar a que las apuestas se crucen de parte a parte con mayor interés.

No falta quien de *usura*¹³⁴, quien la *puesta*¹³⁵ por ganada, *luz en la raya*¹³⁶ y otras *paradas*¹³⁷ por el estilo, que a su vez no falta quien las tome con entusiasmo.

Son ocho y ocho las *partidas*¹³⁸, y a pesar de la lentitud con que se hacen y del tiempo que dejan transcurrir entre una y otra, no por eso se observa

¹²⁷ Munición patera: Munición gruesa.

¹²⁸ Liviano: De menos peso.

¹²⁹ Al tranco: Al paso.

¹³⁰ Parejero: Caballo que se cuida para correrlo.

¹³¹ Andarivel: Camino recto.

¹³² Tacuara: Caña común.

¹³³ Mancarrón: Caballo que vale poco.

¹³⁴ [Usura]: Poner una cantidad mayor contra otra menor.

¹³⁵ Puesta: Que ninguno gana por llegar iguales. [El corredor que da «la puesta por ganada», si llega junto al otro pierde la apuesta].

¹³⁶ Raya: Punto en que termina la carrera. [«Luz en la raya», ventaja que se da al contrincante].

¹³⁷ Paradas: Apuestas.

¹³⁸ Partidas: Corridas para igualar los caballos.

impaciencia en los rostros de los que esperan el resultado definitivo, que, como en todos los juegos, va a satisfacer los deseos de unos cuantos, dejando al resto presa del disgusto consiguiente a la pérdida sufrida.

Los corredores tratan de sacar alguna ventaja el uno sobre el otro, lo que da lugar a que la *largada*¹³⁹ se haga esperar más de lo justo y a que, por último, los interesados en la carrera se vean en la necesidad de poner *gritador*¹⁴⁰, que colocado a cierta distancia del punto de partida, con un pañuelo en la mano a guisa de bandera, espera la llegada de los caballos para, en el caso de que vengan iguales, agitar el pañuelo y dar por terminadas las *partidas*.

Entonces el movimiento es general. Todos se precipitan y se dirigen al galope para oír al *sentencia*¹⁴¹, que colocado de antemano en la *raya*¹⁴², da su fallo con todo el aplomo y toda la autoridad de un juez, del que ya no hay apelación posible, y las *paradas* son entregadas a los ganadores sin que a ninguno se le ocurra, ni pensar siquiera, que pudo haber parcialidad alguna por parte del *sentencia*.

Vueltos los corredores (siempre a caballo) a la *pulpería* para ser pesados de nuevo, terminan los incidentes de la carrera y empiezan los comentarios sobre el porqué perdió tal caballo, enumerándose los méritos y conocimientos de los *compositores*¹⁴³, las *cábulas*¹⁴⁴ de los corredores y otras mil cosas que, como derecho de pataleo, quedan siempre a disposición de todos aquellos que no han sido favorecidos por la suerte y que no quieren conformarse.

La reunión se divide en varios grupos. Unos quedan en el camino, donde continúan corriéndose carreras de menor importancia, figurando entre ellas alguna risible *mochila*¹⁴⁵ de *mancarrones*, a los que por tres o cuatro reales *curten el cuero* a azotes; otros rodean la *cancha* de *taba*¹⁴⁶ donde el *aviador*¹⁴⁷ surte de *plata*¹⁴⁸ a los jugadores, dando cinco pesos por objetos que valen veinte, aparte de la correspondiente *coima*¹⁴⁹, y allí gozan a su

¹³⁹ Largada: Cuando la carrera [...] hecho. [Salida de una carrera].

¹⁴⁰ Gritador: Que obliga a largar la carrera.

¹⁴¹ Sentencia: Juez que da el fallo.

¹⁴² Raya: Punto en que termina la carrera.

¹⁴³ Compositor: El que cuida y prepara el caballo de carrera.

¹⁴⁴ Cábulas: Artimañas.

¹⁴⁵ Mochila: Carrera entre varios caballos.

¹⁴⁶ Taba: Hueso de las patas del caballo.

¹⁴⁷ Aviador: El que da dinero por prendas y cobra el barato.

¹⁴⁸ Plata: Dinero.

¹⁴⁹ Coima: Barato, tanto por ciento que se cobra por juego.

manera, poniendo y copando bancas según el capricho del hueso arrojado al aire, con todo el saber de maestros en el arte; quien se entretiene jugando una ronda de copas a las *bochas*¹⁵⁰, y quien en una habitación reservada de la pulpería trata de desquitar al monte o las siete y media¹⁵¹ lo que ha perdido en las carreras, no faltando en estos casos una *china* amable que con el *mate* amargo trata sin duda de calmar la fiebre producida por el juego, y que ella sabe aprovechar en beneficio de su bolsillo, siempre abierto a las dádivas de los jugadores.

En la pulpería no por esto deja de ser el movimiento continuo, puesto que allí se encuentran los tocadores de acordeones y guitarras, los *payadores* del momento, animados por el ir y venir de las copas con caña y ginebra, y hasta algunas personas serias que al retirarse a sus casas compran los *vicios*¹⁵² y algunas otras cosas de que han recibido el encargo.

Llega la noche y no por eso el entusiasmo decae en lo más mínimo, más bien parece que la oscuridad fuera un nuevo aliciente para dar mayor impulso a la *farra*: ya es un baile que se organiza en una *carpa* en que sudan y se agitan envueltos en una nube de humo y polvo perfumada con los olores de la grasa y de las esencias regaladas a las *chinas*; ya una música que recorre las demás *carpas* en busca del *amargo* o de unos pasteles; ya décimas entonadas al lado de un fogón al aire libre, donde jamás falta el *churrasco* y la correspondiente *pava*; ya, por fin, los estruendosos ronquidos de alguno que demasiado entusiasta de la ginebra duerme el *peludo*¹⁵³, cobijado bajo algún *tala* o *ñandubay* en la cama preparada con su *recado*.

La noción del tiempo y del trabajo pasa en esos momentos completamente desapercibida para estos seres entregados en absoluto a todos los placeres de la diversión, que procuran hacer durar todo lo más posible, no siendo raro ver durar estas reuniones ocho o más días, hasta que al fin la policía se ve en el caso de disolverlas, obligando a retirarse a cada uno a su respectivo domicilio, siendo entonces el despertar brusco y penoso de esta especie de embriaguez, en que el placer los tenía como embargados. Sin dinero en el bolsillo, perdidas las *pilchas* del recado, muchas veces quizás hasta sin el *ponchillo* que oculte sus desnudeces, el caballo tal vez en poder del *pulpero* o del *aviador* que se hizo dueño de él por una cantidad insignificante, tal vez por copas de caña, vuelven mustios y cabizbajos en busca del *ranchito*

¹⁵⁰ Bochas: Juego que se hace con 8 bolas grandes y una chica.

¹⁵¹ El «monte y las siete y media» son juegos de cartas (*Nota del editor*).

¹⁵² Vicios: Tabaco, yerba, azúcar, etc.

¹⁵³ Peludo: Borrachera.

abandonado donde pacientes les esperan la *china* y dos o tres hijos, llorando por una galleta que no tienen y que en vano esperan ver llegar de la *pulpería*.

Don José, en tanto, trata de poner en orden los revueltos artículos y prorrumpiendo en amargas quejas acerca de lo malo de los tiempos, de la escasez del dinero y de lo poco que se vende, forma paquetes de cien pesos con los billetes mayores, atándolos cuidadosamente con un *piolín*¹⁵⁴ para depositarlos en el monstruoso estomago de su hambrienta caja de hierro; borronea los libros y toma recuento de los objetos empeñados por la vigésima parte de su valor y de los animales comprados en momentos en que la efervescencia del juego había llegado al colmo y que viene a ser, para él, el mejor de todos los negocios realizados durante los ocho días que duró la reunión.

Afortunadamente para el paisano criollo, estas verdaderas locuras de tantos días están llamadas a desaparecer en parte y ya hoy mismo son pocas las que duran más de dos días, con lo que solo saldrán perdiendo los *pulperos* y los *aviadores*.

¹⁵⁴ Piolín: Pedazo de bramante.

En viaje

HACE ya algún tiempo que se habían despertado en mí vivos deseos de recorrer el departamento¹⁵⁵ de Villaguay, ávido de poder apreciar por mí mismo las graciosas ondulaciones de sus campos; la imponente majestad de las selvas de Montiel, muchas de ellas impenetrables; la fingida mansedumbre de sus ríos y arroyos; la variedad de árboles y arbustos de sus montes, y la fauna especial que los habita, sin que hasta ahora se me hubiera presentado una verdadera oportunidad para realizarlo. Así que hoy, que dos amigos sinceros y excelentes compañeros me ofrecen acompañarme a fin de satisfacer mis deseos, dejo a un lado mis quehaceres, a pretexto de descanso, y jinete en un alazán criollo empiezo mi expedición que pienso hacer a pequeñas jornadas, por temor a los *bifes*¹⁵⁶ que ni yo ni otro alguno había de comer por mucho apetito que tuviera.

Confiados en el carácter generoso y hospitalario de los habitantes de Montiel, todas nuestras provisiones quedan reducidas a algunos paquetes de cigarrillos colorados, cosa sumamente difícil de encontrar en las *pulperías* de campaña, donde solo se encuentra el tabaco en hoja y el negro, de que se hace gran consumo.

Damos principio a nuestra expedición dirigiendo nuestros pasos hacia Lucas, distrito grande y que abarca una parte de la selva de Montiel, y que más de una vez he oído llamar el cementerio de los *gringos*.

Es frecuente, en verdad, encontrar a cada paso cruces que con su severidad imponente invitan al viajero a orar por alguno que allí ha sido víctima de algún crimen, habiendo algún paraje en que en un pequeño espacio de terreno, rodeado de palos formando un círculo cuyo diámetro será próximamente de cuatro metros, en que son siete las cruces que extienden sus brazos en acción de súplica y que son los recuerdos póstumos de otras tantas víctimas sacrificadas allí a la avaricia o a la mala intención de los victimarios.

¹⁵⁵ Departamento: Concejo.

¹⁵⁶ Bifes: Excoriaciones que se producen andando mucho a caballo.

Cuentan que en tiempos del célebre Crispín Velázquez, cuyo nombre queda impreso en cada árbol de Montiel y cuya historia aún reciente (hasta 1876) narran sus habitantes antiguos, que todos ellos han servido a sus órdenes, que en esas épocas, en que las guerras civiles eran tan frecuentes, infinidad de extranjeros, en su mayor parte italianos, hacían su comercio en pequeña escala, pero de fructíferos resultados, con las tropas que ocupan los montes, llegando a despertar ya la codicia de unos, ya los malos instintos de otros, lo que terminaba siempre por la muerte del *gringo*, que era degollado sin compasión, quedando su verdugo en posesión del carro en que conducía las mercancías.

Como quiera que para verse a cubierto de toda responsabilidad, bastaba alistarse bajo las órdenes de cualquiera jefe o caudillo de influencias; estos crímenes llegaron a producirse con tanta frecuencia y con tal impunidad que era difícil encontrar un solo *gringo* que se decidiera a recorrer este distrito; que hoy, por el contrario, ofrece al transeúnte de cualquiera nacionalidad [a la] que pertenezca una franca y cordial hospitalidad, a la vez que una seguridad completa por su vida e intereses, ya sea en las poblaciones, ya en lo más intrincado de sus montes, a pesar de que nunca falte en ellos algún *matrero* al que es difícil dar caza.

Después de dos horas de marcha avistamos la hermosa laguna de Caravallo¹⁵⁷, donde decidimos hacer alto a fin de que nuestros caballos descansaran un momento y para poder contemplar a nuestro gusto la espléndida belleza de esta tranquila porción de agua, completamente rodeada por un monte espeso e impenetrable en partes, y donde con todo sosiego se mecían inmensas bandadas de patos salvajes, en tanto que las garzas, bandurrias y tiyuyús picoteaban en sus orillas dirigiéndonos de tiempo en tiempo miradas de curioso asombro.

Los gritos del chajá, centinela de las lagunas encaramado sobre las últimas ramas de algún corpulento algarrobo, daban la voz de alarma por nuestra presencia, a los que no dejaban de responder los caraos y teru-terus, en tanto que algún martín-pescador o algunos bigüas hacían su almuerzo con algunas mojarras que sin prever el peligro nadaban en la superficie.

En las orillas, percibíanse claras y distintas las huellas de los carpinchos, anfibios parecidos al cerdo, que habían salido a pastar, y no era raro ver asomar a la superficie del agua la medrosa cabeza de una nutria.

Cuando más entretenidos nos hallábamos admirando estas bellezas naturales, vemos aparecer al dueño del campo en que la laguna está situada

¹⁵⁷ Actualmente conocida como Laguna de Veiga, por el nombre del comerciante gallego José Veiga Boente, establecido en Villaguay, que fue propietario de los terrenos que la circundan.

y a un peón con un cordero a los *tientos*, y con el que nos brindaron con obsequiosa amabilidad. La ocasión no podía ser más oportuna, y el paseo, unido al viento fresco de la laguna, había colocado nuestros estómagos en condiciones de poder hacer honor al obsequio recibido y pronto un alegre fogón enviaba su calor al cordero que, ensartado en un palo con honores de asador, estaba destinado a calmar nuestro apetito.

Entretanto, el peón había aprontado sus anzuelos, y arrojados al agua esperaban pacientemente la llegada de algún pescado que viniera a dar alguna variedad a nuestro almuerzo; a la vez que algunos tiros certeros de nuestro anfitrión ponían a nuestra disposición algunos loros y palomas, que en todas épocas abundan en el monte que rodea la laguna.

No tardaron en aumentar nuestras ya abundantes provisiones dos magníficos *dientudos* y un *bagre amarillo* que el peón arrancó con sus anzuelos al fondo de las aguas y que, asados en el instante, contribuyeron en gran manera a hacer más variado y agradable un almuerzo con que, a la verdad, no contábamos, y que lo hubiera sido mucho más si para mí no hubiera habido un artículo de primera necesidad harto desagradable. Creo que jamás podré acostumbrarme a tomar el agua de ríos, lagunas o tajamares, pues ese color oscuro, que de lejos demuestra tener gran cantidad de tierra, ya que no de otras cosas, en suspensión, me hace más bien el efecto de un agua ya servida para la limpieza que no destinada a acompañar un rico asado.

La costumbre hizo que mis compañeros no hicieran alto en este detalle [del agua], prefiriéndola sin duda alguna a la mas cristalina de pozo, por ser en todos ellos un tanto salobre, y el almuerzo al aire libre continuo sazonado de alegres cuentos por parte de unos y otros, y con proyectos de nuevas visitas a la laguna siempre que fuera en épocas en que [el número de] los mosquitos, jejenes y tábanos, verdadera calamidad de insectos alados que hacen insoportable la permanencia al lado del agua, estuviera un poco más disminuido de lo que ahora estaba.

Una de las cosas que sobre todo llamó mi atención fue el contemplar aquellos seculares guayabos, talas y ñandubays cubiertos por plantas trepadoras: verdes y hermosas enredaderas, cuyas delicadas flores de colores variados harían las delicias de un jardinero europeo. La flor del patito y el clavel del aire, alimentadas con la savia de los corpulentos árboles, eran objeto de nuestra predilección, prometiéndonos al regreso llevar unas cuantas plantas a nuestras casas, como justo tributo a la flora, si no variada por lo menos hermosa, del centro de Montiel.

El día avanzaba y era necesario continuar nuestra interrumpida excursión, por más que el sitio en que nos encontrábamos reunía bastantes atractivos para hacer que el tiempo se deslizara agradablemente, mucho más teniendo en cuenta la tentadora proposición del complaciente y obsequioso dueño, que ponía cuanto empeño estaba de su parte a fin de que nos quedáramos para cazar carpinchos durante la noche.

Confieso que me halagaba sobremanera la idea de este nuevo entretenimiento, pero habíamos dado palabra de llegar esa misma tarde a la casa de un amigo, situada al otro lado del arroyo de Lucas, y no sería justo que nosotros estuviéramos divirtiéndonos en tanto que él, de seguro, nos estaba esperando; razón por la que, aprontados nuestros *fletes*, nos despedimos de nuestro nuevo amigo, del que siempre conservaré un agradabilísimo recuerdo, no sin haberle prometido una segunda visita durante la que podría disponer de nosotros a su antojo. Así que confortados nuestros estómagos, a la vez que descansados nuestros caballos, emprendimos de nuevo la marcha, respirando con indecible fruición el viento embalsamado con los agradables aromas de los espinillos que en tanta abundancia se encuentran en estos montes, y esquivando las espinosas ramas de los ñandubays, que al menor descuido pretendían acariciarnos a pesar de nuestro esquivo desvío.

Nada nuevo encontramos durante nuestro trayecto: caballos y vacas que pastaban tranquilamente y que a nuestro paso levantaban la cabeza con curiosidad; avestruces que al sentir la aproximación de gente salían en vertiginosa carrera, agitando sus alas y haciendo caprichosas *gambetas*; *majadas* que triscaban la verde gramilla en las cercanías de algún *ranchito* o bien formaban círculo para formar una pequeña sombra en que ponían sus cabezas a cubierto de los ardientes rayos del sol; *caranchos* que alzaban su pesado vuelo llevando entre sus garras un pedazo de carne arrancada a algún animal muerto en aquellas proximidades; lechuzas que nos miraban descaradamente haciendo girar su desarticulada cabeza desde el fondo de alguna vizcachera, y alguno que otro transeúnte que nos saludaba con amistosa franqueza. Hasta el mismo arroyo de Lucas, cuya soberbia es a veces desmedida, presentando un verdadero obstáculo a su paso, parecía encogerse y sepultarse en su cauce arenoso para dejarnos el tránsito libre y expedito.

Ya era casi la puesta del sol, cuando una verdadera jauría de perros se nos vino encima con aire amenazador y nada halagüeño por cierto, pero una voz de todos conocida vino a poner fin al concierto desagradable con que se nos recibía. Era nuestro amigo que nos esperaba y a cuya casa llegábamos en ese momento. Dejamos los caballos a cargo de los peones de la casa y sentados

bajo un corredor principiámos a saborear el *mate* amargo, que encontramos delicioso por ser el primero que tomábamos durante ese día, a la vez que recordábamos el improvisado almuerzo en la laguna y nuestras peripecias del viaje.

Como yo hiciera notar mi sentimiento por no asistir a la caza del *carpincho*, se me propuso sustituir esta por la de la *vizcachas*, roedores un poco mayores que el conejo y que solo de noche salen de sus cuevas, la que me aseguraban sería mucho más entretenida, puesto que tanto podía hacerse con la escopeta, como corriéndolas después de tomarles posesión de las cuevas, cuando salieran en busca de provisiones, consistentes en ramas secas y trozos de madera. Sumamente complacido con esto, toda vez que cualquiera de estas distracciones tenía para mí el aliciente de la novedad, a la vez que me permitiría el poder probar la vizcacha, cuyo sabor especial había tenido ocasión de haber oído elogiar.

Una vez satisfecho el vicio del mate, salimos a recorrer la quinta que por completo rodeaba la casa, y en la que abundaban los durazneros, damascos, perales, granados y otra multitud de árboles frutales, haciéndonos sentir que no fuera el tiempo de hallarse sazónada toda esta fruta para poder juzgar con conocimiento de causa de lo exquisito de su sabor, que nuestro buen amigo no cesaba de ponderarnos; pero no faltará ocasión de poderlo hacer.

Visitamos luego los galpones, en uno saboreaba su ración un lindo *parejero pangaré*¹⁵⁸ que ya había ganado varias carreras y que con justa razón tenía fama de bueno; echamos una ojeada a los corrales en que estaba encerrada una preciosa tropilla de tordillos negros; recorrimos el *tambo*¹⁵⁹ donde diariamente se ordeñaban sesenta vacas lecheras y, por último, llegamos hasta las *vizcacheras*, a fin de darnos cuenta de su posición para que la caza de la noche fuera más productiva, habiendo visto algunas vizcachas que con mirada curiosa nos examinaban desde la entrada de la cueva, bien ajenas por cierto de nuestras aviesas intenciones.

De vuelta a las casas ya encontramos servida una comida criolla, compuesta de un sabroso *locro de maíz* y de una *chatasca*¹⁶⁰ que no me pareció del todo mal y a la que hice los honores de la presentación.

Terminada la comida, en que por fortuna no hizo su aparición el agua sucia de los arroyos, por haberla riquísima de pozo que se podía alternar con buen vino priorato, llegó su turno al café que saboreamos con delicia, dis-

¹⁵⁸ Pangaré: Caballo de color de llama.

¹⁵⁹ Tambo: Punto en que se ordeñan las vacas.

¹⁶⁰ Chatasca: Guiso de carne seca y machacada en el mortero.

cutiendo largamente sobre la cuestión financiera del país, enfermedad muy arraigada y al parecer incurable en todos los individuos de la raza latina, y esperando a que la luna esparciera bastante claridad para poder entregarnos a la caza que habíamos proyectado y que sin duda alguna prometía ser el más interesante de nuestros acontecimientos del día.

La oportunidad llegó por fin y los estridentes gritos de los roedores nos invitaban a la batida; por lo que armados de escopetas y de pesados palos emprendimos nuestra nocturna excursión, después de dejar encerrados los perros que podían frustrar nuestros propósitos con sus ladridos y carreras.

Como las vizcacheras estaban cerca y jamás se las inquietaba para nada, no nos fue difícil posesionarnos de algunas cuevas, en tanto que en el campo, a la luz de la luna, las veíamos corretear de un lado a otro a la vez que lanzaban agudos gritos de alarma. Dos detonaciones seguidas dieron la señal de acometida y la persecución empezó con encarnizamiento.

Sobrecogidas de espanto, las vizcachas trataron de ganar sus cuevas ocupadas de antemano por nosotros, y aquí fueron los saltos, las carreras, el agitar de los palos que por cada vez que conseguían tocar el cuerpo del animal golpeaban el suelo veinte veces, los gritos con que unos a otros nos dábamos la voz de alarma y de vez en cuando las detonaciones de las escopetas, cuyos tiros no eran siempre seguros; hasta que al fin, sudorosos y agitados, se dio por terminada la persecución para reconocer el campo de batalla y ver cuántos eran los muertos que nos llevaríamos como trofeo de nuestra jornada. Tres vizcachones viejos y una cría habían quedado tendidos sin vida, mostrando sus cuatro dientes incisivos grandes y resistentes y de los cuales saben hacer un uso harto terrible cuando se ven acosados por los perros. Cargamos con la pequeña pieza, dejando las restantes a los *caranchos*, que al día siguiente darían segura cuenta de ellas, y emprendimos el regreso a las casas con la respiración agitada por las carreras que nos habíamos visto obligados a dar y en medio de las carcajadas excitadas con la narración de los incidentes de la caza, prometiéndonos para el día siguiente una succulenta cena con la víctima que llevábamos y que en la casa condimentarían de un modo especial a fin de quitarle el sabor a tierra, muy pronunciado cuando no está bien preparada.

Después de unos cuantos amargos saboreados a la luz de la luna, nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones, donde al poco rato dormíamos con la tranquilidad de hombres que han caminado doce leguas durante el día y a quienes no preocupan los quehaceres del mañana, ni sienten las molestias de los enojosos insectos nocturnos.

De pesca en el Gualeguay

A PENAS el sol asomaba en el horizonte cuando la voz de «arriba» dada por nuestro amigo, hizo que, obedientes como soldados al toque de diana, dejáramos las dulzuras de la cama para respirar el aire fresco de la mañana, no sin hacer los honores consiguientes al *mate* que empezó a circular de mano en mano.

Confieso que jamás he sido madrugador y que nunca ejercieron sobre mí gran influencia todos los encantos y bellezas de la salida del sol, que sin pesar dejaba para los aficionados a estas maravillas; pero en el campo se hace indispensable hacer lo que los demás hacen, y a pesar de tener el cuerpo dolorido (lo que no me permitiría confesar) por la marcha a caballo del día anterior, aumentado con las corridas en la caza nocturna, fui también puntual.

Una agradable sorpresa nos esperaba. Todo estaba pronto para que pasáramos el día pescando en el Gualeguay, que encontraríamos a unas treinta cuerdas próximamente de la casa. Inútil me parece decir que acogimos la proposición con el mayor entusiasmo y pronto estuvimos dispuestos a marchar.

Un carrito que conducía la red y provisiones iba ya en camino, conducido por los dos peones que arrojarían la red, cuando nosotros, a caballo y armados de dos buenas escopetas, emprendimos la marcha hacia el punto elegido: uno de los pozos que forma el Gualeguay, en donde siempre hay agua por grande que sea la *seca* y donde el pescado abunda en sus infinitas variedades.

Una gama y algunos avestruces que cruzaron a larga distancia despertaron en nosotros el natural deseo de darles caza, pero demasiado ligeras para que pudiéramos seguirlos en su veloz carrera por el monte, nos vimos en la necesidad hartamente triste de tener que renunciar generosamente a nuestros deseos del momento y esperar otra ocasión más oportuna de poder satisfacerlos, si es que la encontrábamos.

Llegamos por fin al punto determinado, después de haber cruzado un largo y extenso pajonal, residencia algún día, aún no lejano, de tigres y leones,

y hoy recorrido tranquila y pacíficamente en todas direcciones por *tropillas* de caballos o *puntas* de vacas, que buscan su alimento en la paja nueva, fuera de las épocas en que Gualeguay está crecido, pues en este caso toda su extensión queda convertida en una gran laguna.

A los rugidos aterradores del *puma*¹⁶¹ y del *jaguar*¹⁶² vinieron a sucederle el constante campanileo del cencerro de las yeguas madrinas y el relincho de los salvajes potros, cuyas largas y encrespadas crines flotan al viento por encima de las puntas de las pajas.

Una vez desensillados y atados a sogas nuestros caballos, sentados sobre el recado a corta distancia del fogón improvisado en el momento, dimos principio a la tarea infaltable del mate amargo, en tanto que se ponía en condiciones un churrasco que ya empezaba a esparcir un olorcito agradable y que a nosotros nos lo parecía tanto más cuanto que nuestros estómagos ya iban haciéndonos sentir la urgente necesidad de un refuerzo.

Los peones entre tanto se dirigían río abajo con la red en busca de otro punto en que poder tenderla, pues si bien en el que estábamos ofrecía grandes probabilidades de éxito, este lo reservábamos para probar fortuna nosotros con nuestros anzuelos, lo que de buena gana nos decidimos a hacer en la esperanza de poder introducir alguna variedad en nuestro almuerzo.

No tardó en aparecer de regreso uno de los peones, portador de una gruesa cola de *iguana*, especie de lagarto monstruoso muy común en estos puntos y cuyo apéndice caudal es un sabroso manjar después de bien asado, según el parecer de los aficionados. Aún cuando no he querido probarlo, confieso que su aspecto no tiene nada de desagradable, pues es sumamente blanco, con vetas amarillentas que dicen ser la grasa y cuyo uso es frecuente como medicamento contra las afecciones reumáticas.

No faltó tampoco quien propusiera recorrer el monte de la costa en busca de *lechiguanas*, sabrosísimos panales de una miel, parecida a la de abeja, que cuelgan de las ramas de los árboles y que saben defender con bizarria las avispas que los forman, logrando tener a raya con sus aguijones a los golosos que pretenden apoderarse de ellos, por más que al fin siempre lo consiguen.

Al hablar de estos panales no dejaré pasar por alto la astucia con que la iguana, excesivamente aficionada a ellos, consigue hacerlos caer en su poder. Una vez que se da cuenta de la rama en que están prendidos, trata, ocultándose en lo posible, de llegar a su alcance, sacudiéndoles un vigoroso coletazo

¹⁶¹ Puma: León americano que no tiene melena.

¹⁶² Jaguar: Tigre de América.

y emprendiendo una precipitada fuga hasta cierta distancia en que ya se juzga a salvo de los ataques de las avispas, donde con verdadera fruición lame su cola impregnada de la miel extraída por el golpe. Estos ataques, siempre en la misma forma, se repiten varias veces hasta que por fin, roto el pedículo que los sustenta por las repetidas sacudidas, viene a quedar en posesión del astuto reptil que los saborea con infinito placer.

No pasó al fin de proposición lo de buscar la apetecida miel, por lo que decidimos conformarnos con el churrasco, y una vez satisfecha esta primera necesidad, cada uno buscó el punto más oportuno para echar al agua sus útiles de pesca, eligiendo yo una pequeña barranca desde donde a la sombra de un corpulento algarrobo podía esperar con toda comodidad que algún pez se entusiasmara con el cebo de mi anzuelo. Así que formando con mi *recado* una especie de cama, me tendí en ella, conservando en mi mano el extremo de la *línea* para saber cuándo *picaba*, no dejando de ocurrírseme el pensar si es que habría algo de cierto en aquella definición de que un pescador «es una caña que tiene en un extremo un anzuelo y en el otro un sonso», pero no me importaba, podía disponer de mi tiempo y lo empleaba de la manera que me parecía más conveniente sin que con esto pudiera perjudicar más que a los pescados, y esto aun en el caso de que se dejaran engañar, lo que podía ser bien problemático.

Nunca he tenido demasiada paciencia para estar esperando, pero en estos momentos no se me hizo el tiempo largo por más que los pescados parecían haber abandonado Gualeguay o por lo menos hallarse a una gran distancia de mi anzuelo, pero un zorzal más complaciente hacía más llevadero ese rato de espera con su canto dulce y armonioso. Parecía haberse colocado expresamente en un árbol cercano, a fin de que no perdiera ni una sola nota de aquella admirable música que recogía mi oído con un sentimiento de gozo íntimo. ¡Cuánto hubiera deseado poderlo cazar para transportarlo a mi casa! Pero más tarde me consolé de no poderlo hacer al tener conocimiento de que cazados ya grandes no sobreviven a la pérdida de su libertad y me conformé con la promesa de que en ocasión oportuna me mandarían algunos *pichones*, pues de este modo era más fácil obtenerlos buenos y cantores; de lo que no me arrepiento, pues hoy, tengo uno que en ocasiones consigue disipar mis ratos de mal humor con sus dulces silbidos. No dejaré de mencionar el charrúa y la calandria, a la que comúnmente se le da el nombre de «pájaro burlón» por la facilidad con que imita el canto de las demás aves. Indudablemente son pájaros de indiscutible mérito por la variedad y delicadeza de su canto, que puede competir con el del ruiseñor o cuando menos hacer que a este no se le eche de menos.

Creo que por fin conseguí entablar un corto dialogo con Morfeo, sin que nada viniera a turbar la tranquilidad de mi anzuelo, y cuando ya todos mis compañeros mostraban con orgullo quien un bagre, quien una tararira, quien una boga arrancados a las profundidades de Gualaguay, y yo ¡ni siquiera una vieja del agua para poder tomar parte en el concierto de hurras y exclamaciones de alegría con que festejaban su triunfo! Yo era solo el desgraciado, pero ¿consistía esto en el paraje que había elegido o en la clase de cebo que había puesto a mi anzuelo?

Algo de esto debía haber, y a fin de probar fortuna decidí cambiar de lugar y cebar con pescado en vez de carne como lo hacían mis compañeros, para lo que habían improvisado un mojarrero compuesto de una varita, un hilo y un alfiler doblado en su punta a manera de anzuelo, y con el que habían sacado una porción de mojarras que les servían de excelente carnada.

Surtido por mis amigos de cebo en abundancia, encaminé mis pasos a otro punto, en que, si no estaba con tanta comodidad, tal vez tendría mas probabilidades de éxito, pues no era posible que yo fuera el único desgraciado entre todos; además, que no era una razón el que si en un paraje me había ido mal, me fuera a suceder lo mismo en todos y era justo probar fortuna.

Bien dicen que el que busca encuentra y que con paciencia todo se consigue. Así me sucedió a mí. Después de haberme cambiado de dos o tres parajes y de haber puesto a prueba toda mi constancia, sentí con verdadero entusiasmo que mi anzuelo era arrastrado en el fondo del río y con la emoción consiguiente tiré de él hacia fuera, sintiendo un peso que me llenó de entusiasmo, entusiasmo que me domina siempre que tengo la suerte de sacar algún pescado, por más que en la mesa no me llame gran cosa la atención, y mucho menos los pescados de estos ríos o arroyos, que criados en lechos de barro y siendo la corriente apenas perceptible, la mayor parte de las veces son de carnes blandas y con un ligero sabor a tierra que los hace perder una gran parte de su mérito. Pero esto no quita el que para mí sea una impresión sumamente agradable cuando puedo sacar alguno. Así que fácil es figurarse la alegría de que estaría poseído al contemplar prendido en el anzuelo un magnífico dorado, uno de los pescados más apreciados y el primero que hasta entonces había salido.

Ya no tenía por qué quejarme de la suerte, y en posesión de mi víctima corrí hacia mis compañeros, depositándola triunfalmente en mano de un peón con el encargo de que lo asara con especial cuidado, pues quería tener el placer de poder obsequiar a mis amigos con algo que fuera el resultado de mi trabajo, de mi paciencia o de mi suerte, que para el objeto de la comida vendría a ser la misma cosa.

No tardaron en regresar los que habían ido con la red y entonces las provisiones aumentaron de un modo considerable. Allí teníamos cuanta clase de pescados cría Guleguay, agitando aún sus cuerpos moribundos y tratando por todos los medios posibles de prolongar una vida que por momentos se extinguía fuera del líquido elemento de que habían sido extraídos.

Procedimos a separar los más grandes y mejores, arrojando al agua los más chicos, y aunque de esta separación resultó una cantidad respetable como servibles, no por eso quedaron satisfechos nuestros deseos, sino que más bien la vista de esta multitud apilada pareció despertar en nosotros nuevo entusiasmo y nuevos bríos para seguir pescando con más encarnizamiento que nunca. Seguramente que si entonces nos fuera posible dejar a Guleguay sin un solo pescado, lo hubiéramos hecho sin remordimiento alguno de conciencia, aun cuando tuviéramos que alimentar con él las aves de rapiña o dejarlo pudrirse al lado del río, prueba evidente de lo mezquino de la condición humana cuando se halla poseída por el espíritu de destrucción.

Era ya la hora de volver a visitar el asado, pues los que habían andado con la red, metidos toda la mañana en el agua, bien necesitaban reparar sus fuerzas y combatir el frío que los dominaba, a pesar de que la primavera estaba avanzada y el día era espléndido y caluroso; pero, no en vano se pasan cuatro o cinco horas en el agua, en cualquiera estación que sea, sin sentir la necesidad de aproximarse al fogón un momento. Principió pues a circular el mate amargo, indispensable a toda hora en que se encuentren reunidos dos o más criollos y, por último, se atacó con brío el asado, sin perdonar los pescados que se habían preparado, entre los que figuraba con honores de jefe, el dorado que miraron con avidez y que fue largamente remojado con vino priorato, sin duda, teniendo en cuenta la máxima de que el pescado jamás debe procurarse ahogarlo en agua. No venía tampoco del todo mal una siestita bajo los corpulentos árboles, y no faltó quien haciendo suya la idea procuró acomodarse lo mejor posible, dando un momento de tregua a la pesca para después volver a ella con mayor encarnizamiento.

Otros, dominados siempre por el espíritu de destrucción, tomaron las escopetas con objeto de dar un paseo por la costa, pues no podían borrar por completo de su imaginación la vista de la gama y de los avestruces de la mañana, que tal vez no estuvieran lejos de allí; sin contar con que las palomas torcaces y las gallinetas son abundantes en la costa y constituyen un manjar sabroso. Yo me negué a ser de la partida, pues aparte de haberme entusiasmado con el pescado que había sacado y al que pensaba agregar algunos otros, aún no habían desaparecido por completo las huellas que el viaje a caballo había dejado en mi cuerpo.

Como a las cuatro de la tarde, cazadores y pescadores estábamos prontos a emprender el regreso a la casa con una abundante provisión de caza y pesca, que no solo era más que suficiente para nosotros, sino que hasta podríamos fácilmente representar el papel de generosos, regalando a algunos amigos. Apenas habíamos salido del *pajonal* cuando nos encontramos a corta distancia de un *zorrino*, lo que me permitió a la vez que contemplar de cerca este animalito, que solo conocía por el olor penetrante y desagradable que despiden sus orines, el convencerme de que no pasa de ser una fábula lo que respecto a él generalmente se cree. Nadie vacila en asegurar que cuando está enojado, una bala resbala sobre su cuerpo sin que consiga herirlo. Tal vez esto pueda ser cierto, pero lo que sí me atrevo a asegurar es que el tiro de munición que sobre él disparé, lo dejó tendido sin vida en el mismo punto en que estaba, a pesar que su actitud, mirándonos de frente y con la cola levantada en actitud de hacer uso en contra nuestra de sus armas naturales, dio a conocer, de una manera que no dejaba lugar a duda, que su enojo había llegado a un alto grado de tensión. Es un animal del tamaño de un perrito, de pelo negro y con dos listas blancas, una a cada lado del lomo, que se extienden desde la cabeza hasta la cola, y cuya única defensa son sus orines que despide a distancia y cuyo olor acre y persistente obliga a huir de él lo más pronto posible. Como ningún otro incidente vino a impedir nuestra marcha, pronto llegamos a la casa donde nos esperaban dos estancieros vecinos que habían venido a visitarnos y a darnos cuenta de que para el día siguiente tendrían gusto en vernos por sus casas, noticiándonos de que para la noche había dispuesto un baile contando con que nosotros asistiríamos. Excuso decir que todos estuvimos conformes, manifestándonos agradecidos a tan amable invitación y esperando el día siguiente que sería de completa *farra*.

De baile

VUELTA otra vez a contemplar la salida del sol, si bien ya con menos pereza que el día anterior, y henos de nuevo enhorquetados sobre nuestros pacientes caballos en dirección a la casa de uno de nuestros nuevos amigos, donde pensamos pasar el día y la noche del mejor modo posible.

El trayecto de tres leguas que vamos recorriendo no difiere en nada de los demás puntos montuosos por los que hemos atravesado; siempre los ñandubays y espinillos, algarrobos, talas y guayabos, impidiéndonos seguir el camino recto y obligándonos a describir mil zig-zag a fin de evitar las caricias poco halagadoras de sus ramas; siempre la misma clase de animales pastando con estoica indiferencia, por cuya razón no hacemos interrupción alguna en nuestra marcha, y galopando donde el terreno lo permite y al trote el resto del camino, al cabo de hora y media dimos vista a la casa situada en una alta explanada, rodeada por todas partes de monte y que solo de cerca puede ser vista.

Entregados los caballos a los peones, penetramos en la casa, donde, una vez hechas las presentaciones de práctica, empezó a circular el *mate* consabido, en tanto que la dueña, con amabilidad encantadora y con agradable gracejo, nos detallaba la historia de un enfermo conocido suyo y que con gusto consigno, por lo original y extraño de la medicación que se le propinaba.

Según la opinión de la *médica* que lo asistía, el enfermo padecía de *daño*, y a fin de que llegara a mejorarse no debía tomar otra cosa que ¡sustancia de patas de grillo de estancia!, tratamiento a que estaba rigurosamente sometido y que creo innecesario decir que a los muy pocos días dio con él en la sepultura, sin que la famosa *médica* desmereciera en lo más mínimo en el concepto público. La narración de este hecho perfectamente histórico, me trajo a la memoria otro medio parecido en que he tenido que intervenir en mi carácter de médico de policía. Un estanciero rico de las Raíces, uno de los distritos de este departamento del que me ocuparé más adelante, se hizo asistir por un negro que dragoneaba de médico y que declaró que el enfermo estaba ata-

cado de *daño* y que tenía (palabras textuales) cerditos y acordeones en la barriga, por lo que después de prohibir en absoluto la entrada en la habitación del enfermo a persona alguna, incluso las de la misma familia, le propinó como medicación y alimento ¡¡la sustancia de una botella hervida en agua!!, llegando su atrevimiento hasta tal punto que a la muerte del paciente expidió el correspondiente certificado médico, haciendo constar bajo su firma que había muerto de un ciclón en la barriga¹⁶³. Esto era ya demasiado tolerar, así que resolví que el célebre *médico* con toda su ciencia fuera encerrado en un calabozo donde hasta ahora permanece. Casos de esta naturaleza podría citar muchos y variados, pues el paisano criollo, al encontrarse enfermo, desconfía siempre del médico y se entrega con una fe ciega a charlatanes de oficio que los explotan de una manera indigna, con farsas increíbles.

Estas historias nos entretuvieron hasta que fuimos llamados a la mesa, donde nos esperaba un riquísimo cordero rodeado de unas tortas fritas llamadas a desempeñar las funciones de pan, por ser en estos puntos este artículo muy escaso y por consiguiente difícil de conseguir; pero confieso que no lo echamos de menos, ni por eso fue menos alegre y animado nuestro almuerzo.

Como es justo, visitamos después la casa, cocina, galpones y cuanto es de regla visitar en todos los establecimientos de campo, y acercándome a un fogón al lado de los corrales he visto con sorpresa que dos peones ponían especial cuidado en asar una potranca con cuero, con el objeto de que nosotros probáramos y diéramos nuestra opinión acerca de su sabor, que a su manera de ver era en todo superior al de la carne de vaca. No quise contradecirles, pero yo que había visto otros asados con cuero de una *vaquillona* que habían *carneado* en obsequio nuestro, me prometí dirigir toda la rabia de mi estómago contra estos y dejar a los criollos la potranca con todos sus honores de carne exquisita. Más tarde he tenido oportunidad de convencerme que el gaucho prefiere una yegua gorda a la mejor vaca que pueda proporcionárseles, pero, sin meterme a discutir ni censurar los gustos de ninguno, les deseo buen provecho y sigo mi rutina dando la preferencia a la vaca.

Durante nuestra comida, dos cosas llamaron mi atención: la modesta belleza de las señoritas de la casa, hijas de nuestro amigo, y una *mazamorra* cocida con leche que las mismas nos sirvieron y que sin duda por esa razón me pareció excelente hasta el punto de hacerle los honores de la repetición, puesto que yo jamás he sido aficionado a esas comidas en que el maíz entra como elemento principal.

¹⁶³ Este suceso lo novelará Venancio García Pereira en «El curandero», que publicamos en el Apéndice 1 (*Nota del editor*).

Tal vez se encuentre extraño que después de haber hablado de las presentaciones de práctica, vinieran en la mesa a llamarme la atención las niñas de la casa, cuando la costumbre establece como principio fundamental que estas sean las que beban y sirvan el mate cuando llega alguna visita a la que por cualquier concepto se la distingue; pero es necesario tener en cuenta que el baile que iba a tener lugar esa noche sería en la misma casa y por consiguiente, antes de nuestra llegada, ellas habían salido con objeto de invitar a otras amigas, regresando poco antes de la hora de comer, razón por la que no habían podido llamar mi atención hasta no haberlas visto.

Creo que con esto quedará suficientemente explicado este incidente que pudiera venir a comprometer mi fama de hombre galante, lo que sería para mí un verdadero disgusto, pues siempre me ha gustado quedar bien con esa hermosa mitad del género humano que llaman mujeres, por más que estas vivan en el centro de Montiel.

Como a las siete de la tarde, ya la habitación destinada a servir de sala de baile estaba iluminada y pronta para recibir las parejas, en tanto que en el resto de la casa se percibía el incesante ir y venir de las mujeres produciendo ese ruido característico de faldas almidonadas, que acusaban esos preparativos precursores a un baile; pues bueno es no olvidar que la mujer, aun en medio de los montes, no prescinde jamás de esas miradas confidenciales al espejo, al que quizás dedican sus más graciosas miradas de personas satisfechas.

El ladrido incesante de los perros indicaba claramente la llegada de nuevos bailarines que quizás habían galopado seis u ocho leguas para darse el gran placer de poder asistir a un baile. Los alegres acordes del acordeón y los bordoneos sonoros de las guitarras que acompañaban, ponían de manifiesto la impaciencia de los músicos, así que dirigimos nuestros pasos a la improvisada sala de baile, pieza de unos ocho metros de largo por cinco de ancho, con piso de ladrillo y techo de paja iluminado por cuatro lámparas de kerosene colocadas en las esquinas sobre mesas, una de las cuales ostentaba a la vez, con el orgullo propio de la selva, unas botellas de vermut, dos frascos de ginebra y dos bandejas: una con galletitas Bagley y la otra con cigarros y cigarrillos del país. Una porción de sillas pertenecientes a varias colecciones y un largo banco de madera esperaban la llegada de las damas, que poco a poco fueron haciendo su aparición, acompañadas de algunas viejas que sin duda hubieran preferido quedarse a dormir en sus respectivas casas.

Una vez hecha la reunión, entró el bastonero en ejercicio activo, dando órdenes a los músicos, previniendo a las damas y buscando parejas entre los hombres que desde las puertas dirigían sobre nosotros curiosas miradas ¡El bastonero! El gran tirano del baile. Él es el que designa los hombres que

deben bailar, conduciendo de la mano hasta el punto en que se encuentran a las parejas con quienes deben hacerlo; el que ordena la clase y número de bailes que se han de ejecutar; el que invita con las galletitas, licores y cigarros, sin que nadie tenga el derecho de solicitar bailes ni tocar a nada sin su consentimiento. Sale con una niña de la mano, se acerca a uno de los hombres, le dirige las sacramentales palabras de «usté es el nombrao» y le entrega la pareja, sin que ninguno se atreva a protestar ni a dirigirle la menor observación. El «nombrao» toma su pareja de la mano y empieza sus vueltas alrededor de la sala, esperando que todas las parejas estén prontas y que todas las señoritas estén en baile. Entonces ordena a los músicos, y estos poseídos de una especie de furor de notas, tocan, llevan el compás con sus cuerpos, y mazurca tras de vals y polka tras de mazurca dan término a la tanda que generalmente se compone de estas tres piezas, y que es preciso bailar desde el principio hasta el fin con la misma pareja, sin perder compás, sin despegar los labios, poniendo toda la atención en hacerlo bien y convirtiendo lo que debiera ser un rato de placer en una tarea enojosa en que se suda, se agita, se respira una atmósfera saturada del polvo de ladrillo, viéndose sobre todo obligado a bailar, no con la mujer con que uno lo haría con gusto, sino con aquella que el bastonero le elige sea o no de su agrado; pues ¿quién es el que se atreve a desobedecer esa orden, y quién sobre todo rechaza a la señorita que le ofrecen, arrojándole a su misma cara un desaire que la ridiculizaría y que ninguno de los presentes se creería en el caso de tolerar? Yo, que estaba al tanto de estas costumbres y que no me encontraba con ánimo suficiente para hacer de un tirón aquellos tres bailes interminables, no tuve inconveniente en apersonarme a aquel autómatas del baile y suplicarle que hiciera caso omiso de mí, que me olvidara, que se figurara que me hallaba ausente de la sala, a lo que me contestó con un «está bien» que me pareció ver en él una amenaza; pero no debía ser así, puesto que el baile continuaba, las *tandas* se seguían unas a otras, se cambiaban los «nombraos» y yo permanecía tranquilo al lado de una vieja que me hablaba de las muchachas, me hacía elogios del baile y me hizo la historia de un flato que desde hacía tiempo la venia molestando.

¡Un pericón! gritó el bastonero con voz de mando, y ya empezó a repartir mujeres como quien reparte manzanas a niños. Linda morena la que trae de la mano; se dirige hacia mí, se para enfrente, me mira, se sonríe y «usté es el nombrao» exclama. Me pareció no haber oído bien, se lo hago repetir, me convenzo al fin y empiezo mi repertorio de excusas en calidad de protesta. Es en vano que diga que no lo sé bailar, que jamás le he visto, que obligaré a mi pareja a hacer un feo papel, nada de esto es suficiente. Yo soy el «nombrao» y debo resignarme y desempeñar mi cometido tomando parte

en aquel baile que bailan sueltos como en la jota, unidos como en el vals, que tiene figuras como los lanceros, que se dan voces de mando que es preciso obedecer y que, por último, tiene un *cielo* en que hay necesidad de improvisar versos para dedicar a la pareja. Adelante, dejemos a un lado la vergüenza, desechemos las preocupaciones y convirtámonos por un momento en monos de imitación. Mal que bien, voy desempeñando mi papel, pero llega el *cielo*, que confieso que a pesar de ser buen católico quisiera verme lejos de él; sale la primera pareja dando una vuelta de vals dentro del círculo formado por las restantes; se detiene frente a los músicos y el hombre dice por fin:

El querer a una mujer
cuesta muchos sinsabores,
pero yo te he de querer
aunque me muera, Dolores.

Resuenan los bravos y palmoteos de los que miran; los músicos, que habían dejado de tocar para oír la relación, empiezan de nuevo, otra vuelta de vals, otra parada y ahora es ella la que contesta:

Me tiene muy sin cuidado
el que me quieras o no,
pues ya tengo a quien querer
y no hay lugar para dos.

Nueva algazara, nueva risa, nuevos bravos. La que contestó es una mujer casada y estuvo oportunísima.

Entra otra pareja en baile en tanto que la primera forma el círculo, y empieza de nuevo el baile y se improvisan nuevas relaciones, y así otra y otra hasta que el turno llegó a nosotros y aquí son los apuros: ¿qué le digo? Es muy fácil, cualquier cosa, os dirán todos los que miran, pero esta cualquier cosa se esconde, se os escurre de entre las manos, no se la ve, y en vano se hacen esfuerzos por que aparezca. Vese la necesidad de tener que decir algo, y algo oportuno, algo que tenga relación con las circunstancias, algo en verso, y en vuestra imaginación tratáis de dar caza a las consonantes, hasta que al fin uno se decide y allá va:

Según he oído decir
el querer hace penar,
más penara usted bailando
con quien no sabe bailar.

Al fin salí del paso, si no por la puerta, por lo menos por la ventana, no he tratado de incensar a mi pareja por más que en esos momentos ella se creyera una diosa, nada de flores deshojadas, nada de elogios farsantes, la cuestión era decir cualquier cosa, y esa cualquier cosa salió en forma de verso, avergonzada, vacilante, con temor a los comentarios; pero salió. Llegó su turno a mi dama y veo que no se apura sino que con toda frescura me contesta:

Bailar bien o bailar mal
es cosa que no hace al caso;
mientras que se baile a gusto,
se puede salir del paso.

Esta relación termina el baile, y entonces principio a darme cuenta de que mi pareja es más linda de lo que me había parecido; sus negros ojos, su rosada boca de labios carnosos entre los que asoman blanquísimos dientes, su nariz arremangada y su picaresco bozo bien merecían que mi relación fuera un poco más galante y más expresiva, pero la oportunidad ya se pasó y procuramos sentarnos lo más cerca posible para poder decirle todo lo que en el baile no podía hacerlo, pero poco duró este placer.

Las guitarras preludiaron un *gato* y el dichoso bastonero la arrancó de mi lado para entregarla a un buen mozo de bombacha y bota alta, cuya caña charolada reflejaba la luz de las lámparas y cuya actitud arrogante parecía decirnos: «Ahora veréis lo que es un criollo bailando un gato». Entonó uno de los guitarreros el canto parecido a una seguidilla y la pareja principió a moverse. Confieso que perdoné de buen grado al bastonero por habérmela llevado. Si sentada estaba linda, bailando estaba soberbia, e iba, venía, daba vueltas, zapateaba siguiendo siempre a su compañero con una sonrisa burlona, con movimientos provocativos de caderas, haciendo sus pies invisibles por el rápido movimiento del zapateo, transformándose en medio de la nube de polvo y humo que la envolvía, y volviendo en fin locos de entusiasmo a cuantos con interés seguían con mirada ávida todos los incidentes del baile. Tocó su turno a las relaciones, que también este baile las tiene, y sin vacilación, sin temor, con el aplomo que da la seguridad de sí mismo, se dirigían una tras otra: picarescas, picantes, llenas de intención y que ponían de manifiesto la fama justísima de buenos bailadores de gato de que gozaban. Al gato siguieron las chamarritas y schotis con largadas que se bailaban con una seriedad, bien en oposición con la ocupación y el lugar, cual si ganaran algo por hacerlo bien y no quisieran cargar su conciencia con una plata mal ganada.

El baile continuó sin interrupción hasta las once de la mañana del día siguiente, cuando los corderos y el asado con cuero reclamaban nuestra presencia y a los que no era justo desairar. Allí estaba también la potranca despidiendo un olor bien agradable por cierto; pero ni aún con esto me incitaba, pero hubo otros en cambio que, ya por la novedad, ya porque realmente fuera más de su agrado, dejaron todo a un lado para dirigir sus ataques solo a la potranca.

Si el baile estuvo animado, no hay para qué decir que el almuerzo lo estuvo más, puesto que se podía hablar a boca llena, sin necesidad de compás y sin bastonero de quien recibir órdenes.

«Comida hecha, reunión deshecha», dice un proverbio que en este caso se cumplió en todo y por todos. Nos despedimos de nuestro nuevo amigo llenos de gratitud y regresamos al punto de partida, que habíamos constituido en cuartel general de todas nuestras excursiones.

Por los Mojones

INSENSIBLEMENTE, me iba habituando a dos cosas indispensables en el campo: a levantarme temprano y a no cansarme a caballo; así que al día siguiente, apenas había aclarado cuando ya me dirigí a la cocina donde encontré a algunos de mis amigos saboreando el amargo y haciendo proyectos acerca de nuestra excursión a Los Mojones, otro de los distritos en que se divide el departamento de Villaguay, acordada desde el día anterior y en la que había un nuevo expedicionario, toda vez que el dueño de la casa se proponía acompañarnos, con lo que nos proporcionó gran satisfacción, pues, aparte de lo agradable de su compañía, era conocido y conocía todo el departamento, lo que facilitaría en gran manera nuestra gira, dándonos, por sus relaciones, los medios de poder verlo todo con más comodidad.

No tardamos en dirigir nuestros pasos a Gualaguay, a fin de vadearlo en el paso denominado de Blanco, y como había ya algún tiempo que no había llovido, no encontramos obstáculo alguno en hacerlo, pues tanto el río como los *bañados* estaban completamente secos, lo que no dejaba de ser una suerte teniendo en cuenta que en las épocas de grandes crecientes suelen ser un verdadero inconveniente, como más tarde hemos tenido ocasión de verlo con harto sentimiento de nuestra parte.

Nos hallábamos en el corazón de Montiel. El monte era cada vez más espeso y la palma *caranday* crecía por todas partes con exuberante profusión, contribuyendo con sus hojas verdes y en forma de espada a dar más variedad a aquellos puntos ya de por sí tan agrestes y sombríos.

Pronto excitó mi curiosidad el observar que de vez en cuando, y siempre en los árboles más corpulentos, aparecía entre las ramas un cajoncito de aspecto fúnebre. Y mis compañeros, complacientes, no tardaron en manifestarme que hallándose los habitantes de este punto a tanta distancia de Villaguay donde está el cementerio, cuando tenía lugar alguna defunción, sobre todo si era una criatura, se la colocaba de ese modo hasta tanto no les fuera posible trasladarlo al cementerio de la ciudad. No dejaba de ser

extraño aquel agregado que, a manera de fruta, pendía de aquellos seculares ñandubays, y más extraña todavía la idea de aquella necrópolis aérea, pero que demuestra el religioso respeto que los habitantes de los montes tienen por sus muertos queridos, teniéndolos bajo su vigilancia sin confundirlos con otros, hasta tanto puedan depositarlos en tierra sagrada.

Caminábamos conversando entretenidos agradablemente, cuando avistamos un enorme hormiguero al lado del que se hallaban sentados dos hombres, gastronómicamente ocupados en comer hormigas que a millones brotaban de él. Son estas hormigas negras y aladas, a las que dan el nombre de *isaus*, un tanto parecidas al *arará*, o sea, las que generalmente se encuentran en la madera vieja, y de las que utilizaban la parte posterior blanquecina y más abultada que el resto del cuerpo y que, según la opinión de los aficionados, es de un sabor mantecoso y dulce.

Indudablemente, el manjar era abundante pero no me pareció de los más a propósito para satisfacer el apetito de una persona que hubiera pasado algún tiempo sin comer, o que tuviese un estómago delicado; sobre todo teniendo en cuenta la creencia general de que estas hormigas se aíslan, ocultándose cada una en [un] agujero del que, al cabo de cierto tiempo, sale convertida en una de esas arañas peludas, capaces por su aspecto y su tamaño de causar escalofríos de repugnancia y repulsión al menos sensible.

Creo innecesario decir que ni los elogios de los gastrónomos, ni el deseo de conocer nuevos manjares, fueron lo suficiente para decidirme a aceptar la invitación que se me hacía; así que me conformé con desearles buen provecho y proseguir en busca de algo más sólido y nutritivo. Más tarde, he sabido que en la provincia de Santa Fe es tan normal el comer esta clase de hormigas, que a los santafecinos les ha valido el dictado de comilones de hormigas.

Después de una media hora de camino dimos vista a un pequeño *rancho quinchado*, es decir construido todo él con paja de los bañados, que en estos puntos es de grande utilidad, pues cuando menos el techo de la mayor parte de las casas siempre es de este material por suerte muy abundante, al que nos acercamos acosados por la sed; y aquí sí confieso que a pesar de ser mi estómago de aquellos que no se resienten por poco, no pude menos de sentir esa sensación especial que precede a la náusea, como prueba inequívoca de lo poco agradable que es la impresión que recibimos a la vista de escenas repugnantes.

Al lado del mojinete del rancho, una mujer y una niña, sentada en el suelo la primera y teniendo en su regazo la cabeza de la segunda, se entretenía en dar caza entre sus enmarañados cabellos a esos parásitos que más que nada

acusar el desaseo y falta de limpieza, y ¡cuál no sería mi sorpresa al verla apoderarse de uno y llevarlo a su boca con el mismo entusiasmo con que un niño se llevaría un caramelo o un terrón de azúcar! No quería dar crédito a lo que había visto y, sin embargo, no me atrevía a seguir mirando por temor a que el hecho volviera a repetirse, pues me parecía que a cada instante percibía en mi oído el ruido especial y característico de estos parásitos al reventar.

La sed se me retiró como por encanto e insté a mis compañeros para que cuanto antes tratáramos de proseguir nuestra interrumpida marcha, a fin de evitarles una desagradable impresión si la escena volvía a repetirse, así que fácilmente se podrá dar cuenta de mi asombro cuando al contarles lo ocurrido, les oigo decir que esto lo vería hacer a todas las mujeres de aquí, puesto que lo creían un excelente preservativo contra el mal de ojo.

Es muy posible que el carácter supersticioso de estas gentes tan sencillas como buenas y, por consiguiente, crédulas, influya poderosamente en estas aberraciones del gusto; pero, según he podido ver más tarde, más bien que a esto, se debe a ciertas costumbres en que la desidia y el abandono desempeñan el principal papel; pues, digámoslo de una vez por todas, que la mujer criolla, sobre todo la de la clase más humilde de la sociedad, deja bastante que desear respecto, no solo al cuidado de su persona, sino también al de los objetos que la rodean. Demos si no por sentado que coman las hormigas, porque encuentran en ellas un sabor agradable, y los piojos, porque efectivamente las preservan contra el mal de ojo, pero ¿por qué se comen también las pulgas que no tienen ninguna virtud curativa, ni preservativa, ni tampoco un sabor delicado y especial? No me ha sido posible hallar la razón de ello, por más que haya tratado de averiguarla, al observar que ningún animalito de estos caía en sus manos, que ya los dientes no empezaran a desempeñar su nada limpio papel.

Llegamos por fin a la *pulpería* de un joven español amigo y conocido de mis compañeros, y como la hora era próxima a la del almuerzo, dimos de baja el mate para preparar nuestros estómagos, quien con el bitter, quien con el fernet, que en calidad de aperitivos nos sirvió el dueño de la casa. Es muy posible que estos dos brebajes, en que el alcohol forma la mayor parte de su composición, sean aperitivos, pero yo he llegado a convencerme de que más bien son un pretexto para enmascarar en parte el deseo que los aficionados a la bebida tratan de satisfacer; puesto que a mí, lejos de abrimme el apetito que ya tenía bien abierto con el paseo a caballo, consiguió marearme, con lo que no he podido comer con tanto gusto como yo hubiera deseado, razón por la que tomé apunte en mi cartera con el objeto de no tomarlo otra vez.

El día estaba excesivamente caluroso y presagiando una próxima tormenta, por lo que decidimos aceptar la galante y atenta invitación del dueño de la casa a quedarnos en ella hasta tanto que el tiempo no se resolviera por una cosa o por otra. Una inmensa nube de animalitos de cuerpo largo y cilíndrico, y que los criollos llaman *temporales*, nos obligó a cerrar las puertas, pues era tal la cantidad que de ellos se desprendían de los árboles inmediatos que las nubes de langosta son insignificantes comparadas con la que entonces veíamos. Afortunadamente son completamente inofensivos para las personas y los campos, y solo se les ve, según la explicación que se me dio en el momento, cuando después de una larga seca está el tiempo por descomponerse, formando como una especie de avanzada de la tormenta.

El almuerzo, mitad criollo, mitad con olor al viejo mundo, fue alegremente saboreado por mis compañeros, a quienes sin duda más acostumbrados que yo al famoso bitter, les había tratado mejor que a mí, sin que por esto dejara de tomar una parte bastante activa en él.

Un *truco* de seis vino con sus peripecias a disipar los vapores que parecían entorpecer nuestros cerebros y a desterrar de nuestros párpados la fatigosa pesadez que pareció obligarlos a cerrarse a despecho nuestro; y pronto nos vimos en la necesidad de tener que prolongar nuestra partida al sentir el fragor imponente de un trueno y las gruesas gotas de agua que azotaban con fuerza el techo de zinc de la casa. La lluvia empezaba ya, y nuestra excursión iba a ser mucho más penosa, pero en tanto que estuviéramos bajo techo y con provisiones abundantes, el mal sería mucho más llevadero.

No nos fue posible salir ya de la casa durante el día, pues la lluvia era torrencial y los truenos continuaban con igual estrépito, sin que de vez en cuando algún rayo dejara de abatir el orgullo de algún viejo árbol que parecía desafiarlo con su erguida copa. No dejó de llamarme la atención que siendo las *tronadas* tan frecuentes en estos puntos, en que por rarísima casualidad llueve sin truenos, no exista ni un solo pararrayo, lo que mi compatriota, el dueño de la casa, justificaba diciendo que en este país eran los rayos mucho más mansos que en el nuestro, pues era sumamente frecuente el ver personas a quienes había tocado, sin que tuvieran que sufrir otras consecuencias que una ligera quemadura de primer grado. No ha tardado mucho tiempo en que se me presentara, en mi calidad de médico, un paraguayo al que un rayo caído sobre su cabeza había quemado el pelo dejándole una corona igual a la de un cura y una quemadura de primer grado a todo lo largo de la columna vertebral, sin que esto fuera obstáculo para que al cabo de tres horas pudiera dedicarse a sus trabajos habituales, como si nada le hubiera sucedido. Indudablemente, o era cierta la explicación dada por mi compa-

triota, o la cabeza del paraguayo era tan dura que un rayo no era suficiente a romperla; pero más bien creo que si los rayos son aquí más mansos, consiste en que sucediéndose las tormentas con gran frecuencia, no permiten que haya electricidad acumulada, siendo por consiguiente las descargas mucho menores en intensidad.

Pasamos esa noche, mitad en alegre tertulia y el resto acostados en catres colocados en la misma tienda, y no pude menos de admirar la poca sensibilidad de mis compañeros, que dormían con la tranquilidad de los justos, a pesar de los repetidos y furiosos ataques de las *monjitas* que inundaban la habitación.

Las frecuentes e incómodas picaduras me tenían en un estado de tal excitación nerviosa que me fue ya imposible renunciar al deseo de encender la luz, a fin de poder darme cuenta exacta de la clase de enemigos con que tenía que luchar, no tardando en salir de la duda al coger *in fraganti* una especie de mariposa perceptible apenas a simple vista, y que eran las que con su terrible chupador me hicieron pasar una noche de prueba, por lo molesto de sus picaduras y por el ardor incómodo que las acompaña.

Uno de mis compañeros, que despertó al encender yo la luz, me dijo, sacando la cabeza de debajo de la sábana con que se la cubría: «Tápese la cabeza, si no, no lo van a dejar dormir las *monjitas*». Observé que todos los otros habían seguido su ejemplo, y que gracias a eso podían dormir con tanto sosiego; pero yo, que jamás he podido hacerlo de ese modo, me vi en la necesidad de tener que emprender con mis diminutos adversarios una lucha en la que seguramente no era yo el que llevaba la mejor parte; pero sírvame de consuelo la observación que entonces hice, que quizás pueda ser de gran importancia para la ciencia, y es que en Los Mojones, sin que los días pierdan nada de su duración ordinaria, las noches son mucho más largas que en ninguna otra parte.

Nunca fui menos perezoso que ese día para desprenderme de las dulzuras que en la mayor parte de las circunstancias encuentro yo en la cama, mucho más cuando como en esa ocasión la lluvia continuaba su monótono concierto, repiqueteando en el techo de zinc de la casa, lo que siempre me ha servido de agradable soporífero. Pero ese día me tenía tanto más inquieto, cuanto que con su continuación me ofrecía la perspectiva de otras noches parecidas, lo que no dejaba de inquietarme en alto grado. Como el tiempo había refrescado muy poco a pesar del agua, salí al campo y pronto llamó mi atención una multitud de arañas negras y peludas que caminaban en distintas direcciones. No he podido evitar un movimiento instintivo de repulsión y terror al observar aquellas inmundas masas, moviendo sus gruesas patas y

dando muestras de furor, levantando sus asquerosos cuerpos y disponiéndose a herir con sus ponzoñosas mandíbulas ante cualquier obstáculo que se oponía a su paso.

Ahora se comprenderá fácilmente cuanto no sería el asco que sentiría hacia los comilones de hormigas, teniendo en cuenta que estas eran las arañas en que según creencia general se convertían. Quizás no es cierta esta metamorfosis, pero solo el pensar que ellos la creen segura y que a pesar de eso las siguen comiendo, me obliga a mirarlos con un sentimiento de repulsión instintiva.

Poco de agradables tenían las escenas que hasta ahora se iban desarrollando a mi vista durante mi gira por Los Mojones, y ya estaba medio decidido a arrepentirme de mi viaje a este punto si la amabilidad de mi compatriota no me hiciera olvidar de ello, proponiéndome una cacería en los *tajamares*, donde encontraríamos infinidad de aves variadas que nos proporcionarían un momento de verdadero placer. Esto, unido a la promesa de cambiarme a otra habitación donde no sería molestado por las *monjitas*, contribuyó a devolverme todo mi buen humor, prometiéndome desquitarme con creces de las molestias pasadas.

La lluvia continuó con cortísimos momentos de interrupción durante el día y una gran parte de la noche, razón por la que las partidas de *truco* se seguían unas a otras, interrumpidas tan solo por algún caso curioso respecto a costumbres del país, que el dueño de la casa refería con gracia sin igual. No dejó de llamarme la atención la manera de curar los animales *agusanados*, o sea, los que en alguna herida crían esos gusanos producto de las moscas que en ellas depositan sus larvas. Para que queden completamente sanos, basta que un iniciado recite algunas palabras que deben ser aprendidas en Noche Buena o en la de San Juan a media noche, no habiendo un solo criollo de estos montes que ponga en duda la eficacia del remedio. Estas y otras historias por el estilo nos entretuvieron hasta que por último nuestros cuerpos fatigados reclamaron el reposo necesario.

Sigue la farra

COMO compensación a las dos noches y un día de lluvia verdaderamente torrencial, apareció por fin uno de esos esplendidos días de primavera en que la naturaleza entera parece adquirir nuevo vigor para continuar en su obra incesante de reparación y destrucción, a medida que el tiempo frío e indiferente va amontonando los siglos, como el avaro amontona las monedas de oro. Los campos hallábanse convertidos en lagunas, los arroyos en ríos y los ríos en mares, en tanto que los árboles despedían de sus ramas lágrimas de alegría al contemplarse en el agua adornados con nuevos y vistosos ropajes. Para nuestros proyectos de caza no era un obstáculo esta verdadera inundación, sino, por el contrario, venía a darnos mayores probabilidades de mejores resultados, puesto que encontraríamos con mayor facilidad la infinita variedad de aves acuáticas que tanto abundan por estos puntos.

Los caballos en que iríamos eran sumamente mansos y, hasta en caso de necesidad, podríamos disparar nuestras armas sin necesidad de echar pie a tierra y sin temor de que se asustaran, lo que facilitaría en gran manera nuestro buen éxito, pues sabido es que las aves, si huyen ante la presencia del hombre no sucede así a la presencia del caballo, que continuamente están viendo sin recibir de él daño alguno. Nada más fácil que caminar ocultándose al lado de un caballo, y todos los cazadores de las lagunas conocen bien el excelente resultado de esta astucia, obligándole a marchar en la dirección que uno desea hasta aproximarse a una distancia conveniente a fin de que el tiro sea seguro. Así que provistos de una buena dosis de esperanzas, y en posesión de buenas escopetas Lafoucheux y fuego central, reunidas en fuerza de poner a contribución a los vecinos del pago, dirigimos nuestros pasos hacia un grande y hermoso tajamar situado a unas diez cuadras de la casa, que seguramente no destruiría nuestras ilusiones. Durante el trayecto, varias veces he tenido deseo de hacer uso de mi arma, al hallarme a corta distancia de garzas o bandurrias que picoteaban en los charcos, pero me veía obligado a contenerme ante la prudente observación de mis compañeros, de que debíamos procurar no poner en alarma a los patos, objeto principal de nuestra

caza. No tardamos en aproximarnos y en ver que nadaban tranquilamente y en gran número, sin inquietarse gran cosa por nuestra presencia, lo que se justificaba teniendo en cuenta que pocas veces eran molestados, pues en estos puntos son muy escasos los aficionados a la caza, poseyendo sus armas ya como artículo de lujo, ya por defender sus personas y haciendas de los *carneadores*, aficionados a los animales ajenos, que por desgracia aún existen, a pesar del celo y actividad de la policía que, en corto número, es insuficiente para cortar esta clase de abusos.

Una vez en el tajamar, procuramos separarnos, dirigiéndose mis compañeros a lo largo de él para irse apostando de a uno en el sitio que creyeran más conveniente para hacer más provechoso el resultado. Yo me quedé en el punto mismo en que estaba y confieso ingenuamente que fue para mí un verdadero tormento la espera de aquellos dos minutos que tuve que sufrir, en tanto que los demás no elegían un punto a propósito. Al fin no pude sufrir más, pues en sus vueltas y revueltas sobre la superficie del agua, se habían aproximado lo suficiente, para que mi tiro fuera certero, unos diez o doce patos crestones que terminaron por dar al traste con toda mi paciencia, y apenas eché el arma a la cara cuando partió el tiro, con disgusto quizás de mis compañeros, que no estarían prevenidos, por más que no dejaran de oírse dos o tres detonaciones a muy cortos intervalos, lo que probaba que también contaban con probabilidades de buen éxito. Es fácil imaginarse el placer con que contemplaría, al disiparse la humareda, a tres víctimas de mi disparo que se agitaban en la superficie haciendo vanos esfuerzos por tender el vuelo. Había aprovechado bien el tiro, y tal vez en vista de esto se me perdonara mi impaciencia, por más que en estos casos no se da tanta importancia al resultado total, como al que uno obtiene por sí mismo. Pero, en descargo de mi conciencia y en desagravio del mal humor de que los demás pudieran estar poseídos, hice propósito en mi fuero interno de dejarles que en otra oportunidad fueran ellos los que tiraran primero, teniendo así su correspondiente desquite, con lo que creía que debieran quedar satisfechos.

El peón que nos acompañaba, dando prueba de esa poca pereza que para arrojarse al agua tienen los hijos de Montiel, se despojó de sus ropas, entrando en el tajamar para tomar posesión de las víctimas, con las que volvió a tierra con íntima satisfacción, puesto que le habían proporcionado la oportunidad de lucir su habilidad y su destreza como excelente nadador.

Reunidos todos los cazadores pudimos ver el resultado total de nuestros disparos, que eran seis patos; lo que constituía un buen triunfo en nuestra primera prueba. Ya era inútil esperar más tiempo en aquel punto, pues ahuyentadas las aves no volverían tan pronto, por lo que decidimos encaminar

nuestros pasos a una laguna que se hallaba a corta distancia y que por el hecho de estar completamente rodeada de montes nos sería fácil llegar ocultándonos entre los árboles.

Mi entusiasmo era indescriptible al contemplar aquella gran extensión de agua, materialmente cubierta de gran variedad de aves. Patos y gansos salvajes, garzas blancas y rosadas, tiyuyús, cigüeñas y otra gran cantidad de palmípedas y zancudas, parecían haberse dado cita en aquella hermosa laguna, a fin de que pudiéramos al primer golpe de vista darnos cuenta del variado surtido de aves que ocultan los montes y que parecían haber elegido aquel punto como su residencia habitual. Ni una sola trató de tender el vuelo a pesar de los gritos de alarma de los teru-terus y de nuestra presencia que debiera inspirarle algún temor. Con toda tranquilidad, se fueron replegando hacia el centro de la laguna aquellas que por su modo de ser especial les era posible nadar, en tanto que las restantes, costeano sus bordes, buscaban el lado opuesto al que nos encontrábamos, donde se ponían a picotear en el agua, como dándose perfecta cuenta de que hasta ellas no podían alcanzar los efectos mortíferos de nuestras escopetas. Y así era, en efecto, lo que no dejaba de ser un grave inconveniente. Era necesario, en vista de esto, idear algún plan que nos diera un buen resultado.

Podíamos ir rodeando la laguna, pero de este modo no nos poníamos al alcance de las que nadaban en el centro, hasta donde se podría llegar a caballo, toda vez que era poco profunda; pero en este caso era preciso renunciar a las que caminaban por las orillas. Hubo quien opinaba por el centro, teniendo en cuenta que los patos y los gansos son un excelente manjar al que no querían renunciar de buena gana; en tanto que otros, por el contrario, miraban a las orillas atraídos por el hermoso plumaje de las garzas que era fácil disecar y conservar por tiempo indefinido, cuando el trabajo está bien hecho, dando lugar con esto a una lucha sostenida entre el estómago y el arte, de la que, como suele suceder siempre, salió triunfante el estómago, bajo pretexto que las otras aves, teniendo en cuenta lo mucho que había llovido, nos sería fácil encontrarlas a cada paso, en tanto que los patos, después del tiroteo sufrido en el tajamar, y del que indudablemente sufrirían en la laguna, Dios sabe hacia donde dirigían su vuelo, en busca de una tranquilidad que aquí no les era permitido disfrutar.

Dejé pues a mis compañeros que por distintos puntos fueran penetrando en la laguna y acortando la distancia que los separaba del objeto de sus ansias, en tanto que yo me quedaba observando las maniobras, a la vez que chupaba desesperadamente un cigarro negro que se empeñaba en no arder. Sentiría que creyeran que me hallaba resentido por haber sido ven-

cido en la discusión, puesto que yo era un decidido defensor del arte, pero el desconocimiento de la laguna y el temor consiguiente de caer quizás en un pozo, fueron las razones que me decidieron a permanecer como simple espectador, lo que no dejaba de serme bastante penoso. Tres detonaciones casi simultáneas y otras dos a corto intervalo, dejaron en la laguna algunas víctimas, cuyo número no he podido apreciar por hallarme a bastante distancia, precaución muy conveniente si se tiene en cuenta que alguno de los cazadores tiraba en la dirección que yo estaba; pero desde luego me parecieron suficientes para dejarlos satisfechos, como luego he tenido oportunidad de comprobar. Efectivamente, dos hermosos gansos salvajes y ocho patos habían sido el resultado de esta maniobra hábilmente combinada que puso a todos de un excelente buen humor. Los defensores del estómago estaban complacidos, por lo que no tuvieron inconveniente en otorgarme amplia libertad para disparar a mi antojo sobre cuanto animal de pelo o pluma pudiera encontrar al alcance de mi escopeta.

Durante nuestra peregrinación de todo el día pudimos agregar a nuestro ya rico botín algunos animales más, comestibles, sin que yo dejara de mostrarme satisfecho con los preciosos ejemplares de garzas y tiyuyús que pensaba disecar a fin de que sirvieran de adorno en mi cuarto de estudio.

Muy cerca era ya del anochecer cuando estuvimos de regreso y dispuestos a demostrar que no hay mejor aperitivo que un paseo así por el campo. Una noticia, para nosotros de importancia capital, vino a sorprendernos a nuestra llegada. En una casa, distante próximamente una legua de la en que estábamos, había muerto esa tarde una criatura y por la noche estarían de *velorio* al que se tenía la amabilidad de invitarnos.

¿Cómo no aceptar la invitación y darnos la enhorabuena por el agradable rato que nos proponían pasar? Una legua era distancia insignificante para no aprovechar la distracción que se nos presentaba, mucho más cuando esta podía terminarse con un baile. Todos estos pensamientos que mis amigos ponían de manifiesto, no dejaban de llenarme de asombro al ver que se proponían ir ¡hasta de baile! a una casa en que al imprimir la muerte en ella su huella destructora, debía haberla sumido en el más hondo pesar y en la más acerba amargura. Indudablemente que en mi cerebro no podía dar cabida a esa extraña asociación de velar un cadáver con un baile.

Procuramos hacer nuestra comida lo más pronto posible, aunque sin dejar de hacerle los correspondientes honores, y acompañados del dueño de la casa, pues las *pulperías* de campaña se cierran a la puesta del sol y ya por nada ni por nadie vuelven a abrirse hasta el día siguiente, nos dirigimos a la casa mortuoria, donde fuimos recibidos con general contento de los que allí

estaban. Una pieza de barro con techo de paja de unos siete metros de largo por cinco de ancho, dejaba ver en su centro una pequeña mesa cubierta con un paño que debiera ser blanco si estuviera bien lavado, que sostenía en su centro un cajoncito fúnebre de un tamaño capaz de contener una criatura de dos a tres años. Algunas flores se hallaban sobre él y acompañaban a una coronita de vidrio que como recuerdo póstumo dedicaban al muerto.

Unas quince o veinte personas de ambos sexos formaban círculo alrededor de la habitación, iluminada con las cuatro velas de sebo que alumbraban el cadáver y por un quinqué, cuyo tubo negro por el humo dejaba apenas escapar débiles rayos de luz desde el rincón en que se hallaba colocado.

El mate dulce y amargo, y de vez en cuando las galletitas con su eterno acompañamiento de vermut y ginebra, circulaban en aquella atmósfera de humo, nada en relación con las prescripciones de la higiene. Todos allí, hombres y mujeres, convertidos en chimeneas del momento, despedían columnas de humo extraídas de las ponzoñosas entrañas de un cigarro de hoja manufactura del país. Conversaciones animadas y alegres carcajadas se oían de continuo, pareciendo festejar la ausencia del ángel, ante los yertos despojos de la materia, y olvidándose por completo del dolor que pudiera embargar a la familia del extinto.

A pesar de lo denso de la atmósfera, no pudimos resistir el deseo de entrar a formar parte del círculo, tocándome un asiento al lado de una mojonera que voluntariamente se encargó de ponerme al corriente de las costumbres que forman leyes en estos casos, intercalando a la vez en su lección alguna anécdota picante sobre el modo de ser de algunas de las personas allí presentes. Confieso que a no ser por las nubes de humo, que inconsideradamente me largaba a la cara durante su conversación, hubiera pasado un rato agradable, pues no dejaba de tener un agradable gracejo natural para hacer sus históricas narraciones.

Era preciso poner ya sobre el tapete la interesantísima cuestión de circunstancias como esta y decidir si por fin se bailarían o se jugarían juegos de prendas. Atendiendo a nuestro pedido, se optó por lo último y se dio principio apurando una letra, hasta que al fin fueron depositadas las prendas de todos para dar lugar a las sentencias, que fueron caprichosas y variadas, llamándome la atención sobre todas, una que, a la par que graciosa, reunía en el momento circunstancias especiales.

Uno de mis compañeros fue sentenciado a poner en la parte posterior de su saco o americana una cola de papel, que cuatro individuos tratarían de prenderle fuego con velas encendidas que era preciso agarrar con las dos

manos. Pronto el pequeño cadáver fue despojado de sus cirios mortuorios, y el cajón quedó oculto en la sombra como protestando del abuso que en aquel momento se llevaba a cabo, cuando cuatro de los allí presentes, cumpliendo las condiciones de la sentencia, se aproximaron a la cola de papel que el otro agitaba imprimiéndole ligeros movimientos, en tanto paseaba por la habitación y haciendo inútiles cuantos esfuerzos hacían por poder quemársela.

Como no les fue posible hacerlo, la risa y la algazara iba en aumento hasta que, convencidos de la inutilidad de su trabajo, se dio por terminada la sentencia.

Uno tras otro se repitieron los juegos, variados siempre en la forma pero los mismos en el fondo, hasta que llegó el día advirtiéndonos que debíamos regresar a la pulpería; lo que yo, a decir verdad, deseaba por momentos, pues la caza del día anterior y la noche pasada en el *velorio* me incitaban más bien a buscar una cama en que descansar un rato, que no a continuar aquella *farra* que no dejaba de ser importuna.

A mi regreso a la casa, me encontré con un *chasqui*, o sea, un hombre que desde Villaguay venía en busca de mi importantísima personalidad, haciéndome conocer que era de todo punto necesaria mi presencia en la ciudad, de lo que me convencí por las cartas que desde ella me dirigían. No era posible vacilar. Había necesidad de partir, y partir inmediatamente, lo que comuniqué a mis compañeros, a quienes como a mí, no hizo mucha gracia semejante necesidad; pero antes que nada estaba el cumplimiento del deber, de que siempre fui esclavo, y después de haber almorzado, prontos ya nuestros caballos, tomamos la dirección del pueblo a donde pensábamos llegar al día siguiente.

Llegamos a Gualaguay, y aquel humilde cordón de agua habíase ensoberbecido hasta el punto de vernos precisados a hacer uso de las canoas y a poner en grave riesgo nuestros caballos por la gran distancia que tendrían necesidad de nadar. Los bañados, completamente cubiertos de agua, solo dejaban asomar las puntas de la pajas, y sin camino ni más guía que la costumbre que tenían mis compañeros de pasarlos, atravesamos aquella gran extensión de agua con las piernas encogidas y sufriendo de vez en cuando, por lo molesto de la postura, algunos calambres que me obligaban a desear vivamente la terminación de aquel martirio.

Heme por fin ya en el pueblo, sano y salvo, e instalado en mi casita, que desde ahora pongo a disposición de todos ustedes, y sin más contratiempo que el haber llegado llenos de barro.

Villaguay

NO SERÍA justo continuar la narración de los cuadros y costumbres de Montiel sin decir dos palabras siquiera acerca de su histórica capital, punto de mi residencia y donde se han desarrollado en toda su amplitud la mayor parte de las escenas de mi vida de trabajo y de lucha por la existencia.

Situada en la margen derecha del proyecto de río que lleva su nombre, reposa en su primitiva sencillez y ajena por completo a las grandes agitaciones de los centros populosos, adormecida al arrullo de su sediento río y al murmullo del viento que choca contra la salvaje dureza de los *ñandubays* que pueblan las majestuosas selvas de la ciudad de Santa Rosa de Villaguay.

Germen de ciudad arrojado en el centro de Montiel, su tallo logra apenas desgarrar el seno de la tierra para hacer su aparición en la historia de los pueblos y en el movimiento progresivo de las ciudades que avanzan. Sus calles, anchas y rectas, permanecen sombrías ante los esbozos de casas que se dibujan en las esquinas de cada *cuadra*, y hasta el escueto campanario de una iglesia de ocasión parece asomar medroso, su negra cruz, sobre los techos que lo rodean.

Nada más melancólico que sus noches, cuyo silencio solo se ve interrumpido por el ladrido de los perros y por el mugir de las vacas lecheras, que pasean tranquilamente su paciente corpulencia por calles y plazas, interrumpiendo a veces el sueño de sus habitantes, que quizás se forjan la idea de ver ya en su apogeo de progreso este país incipiente.

El ferrocarril que hoy la une al Central Entrerriano, la pone en condiciones de exportar los productos de su departamento, uno de los más ricos de la provincia por su riqueza equitativamente distribuida. No hay en él grandes capitalistas, pero la mayor parte de sus habitantes gozan de cierto bienestar relativo, lo que les permite dar mayor impulso al comercio de la ciudad, que abraza grandes esperanzas en lo rico de sus montes y lo productivo de su suelo, considerado como uno de los mejores del mundo para la producción

de los cereales, aparte de su industria ganadera que hasta hoy la pone a la cabeza de los demás departamentos.

Su vida tranquila y modesta y su progreso paulatino, iniciado en mayor escala desde el día en que dejó de sentir la influencia coercitiva de los Velázquez (1887), le dan un aspecto extraño, en que se mezclan de un modo hasta cierto punto extraño las costumbres sencillas y patriarcales del campo con las grandes aspiraciones de las ciudades de primer orden; así que no es raro ver confundidas en un mismo salón de baile a la hija del propietario rico, luciendo un pretencioso traje de raso, con la del más humilde menestral ataviada con un modesto vestido de lana o de percal.

¿Serán tal vez las ideas republicanas dominantes las que establecen esas corrientes de igualdad, aceptadas en la forma y rechazadas en el fondo? No lo creo así, teniendo en cuenta la idea de selección de clases que de tiempo en tiempo se agita como avispero que se remueve, pero que al fin se calma para seguir tranquila la vida de siempre; pues sabido está que no existiendo la nobleza de la sangre, queda solo en pie la del dinero. Y como los grandes capitales son escasos, o mejor dicho no existen, solo podrá constituirse un centro único, formado por los hijos del trabajo, fraternizando en un punto común los que han conseguido más, con aquellos con quienes la fortuna no ha sido tan pródiga ni se ha mostrado tan propicia.

El indiferentismo religioso es la nota dominante de esta ciudad, que como todas las de la República Argentina es eminentemente cosmopolita, encontrando a cada paso hombres y mujeres que no vacilan en llamarse «cristianos» y hasta se enojan si alguno se permite ponerlo en duda, y a renglón seguido protestan con energía contra todos los sacramentos de la Iglesia. Así que veréis a estos cristianos de nuevo cuño pasarse años enteros sin entrar en una iglesia, hacer completamente inútiles los confesionarios y reírse a boca llena del Infierno y Purgatorio con que los curas, dicen, tratan de atemorizarlos.

Bien es verdad que los sacerdotes a cargo de tales creyentes no brillan por su inteligencia ni por su celo religioso, sino más bien, mercaderes de creencias, procuran explotar en beneficio propio las pocas que se conservan, sin preocuparse en lo más mínimo de infundirles las necesarias a todo buen cristiano. La caridad evangélica y la humildad cristiana son letra muerta para estos traficantes de conciencias que jamás bautizarán ni casarán a un individuo, por pobre que este sea, si antes no se agenció del dinero suficiente para entregarlo al cura por el sacramento que descarada y cínicamente le vende. Comprenden la caridad cuando el bolsillo ajeno está abierto para practicarla, pero arrojan ignominiosamente de su puerta al pobre vergonzante,

que impelido por la más apremiante de las necesidades vaya a implorar un auxilio que tenga que salir del bolsillo particular del sacerdote.

¡Vergüenza causa el decirlo!, pero causa dolorosa impresión en todos aquellos que, educados en la severidad augusta de los principios cristianos, ven sus creencias sagradas escarnecidas y pisoteadas por aquellos, de andrajosa conciencia, que no vacilan en apellidarse ministros de un Dios todo bondad y modestia. ¿Qué extraño es, pues, que los vacilantes y débiles caigan en el precipicio, cuando la mano que debiera alargarse para sostenerlos y darles aliento es la primera en empujarlos al abismo?

No quisiera que se me tachara de mojigato, porque no lo soy, pero no puedo menos de manifestar mi indignación por el poco respeto con que tratan [*los sacerdotes*] los santos principios de que debieran ser verdaderos apóstoles.

Las ideas políticas y las combinaciones financieras suelen ser también punto de discusión en la intimidad de la familia, lo que no es un obstáculo para que en toda elección salga siempre triunfante el candidato del Gobierno sin que esto sea decir que no haya opositores honrados y de buena, capaces de sacrificar su vida y su bienestar en defensa de los principios que sostienen; pero también debo confesar que estos son los menos, pues el paisano criollo, poco aficionado a razonar sobre estos asuntos, prefiere más bien los platos sazonados y pronto para servirse de ellos, que tener que pensar en el modo de condimentarlos quizás más a su gusto; y como los Gobiernos se encargan de darlos ya preparados, los aceptan, los aceptan sin meditar si son o no convenientes para el fin que se proponen.

No sucede así en las luchas comunales. Entonces los ánimos se excitan en alto grado, se mueven los partidarios, se arenga a los grupos, se olvida hasta el trabajo que proporciona el sustento, y en último caso se vale de todos los medios imaginables para obtener un triunfo que las más de las veces cuesta lágrimas. Estas luchas terminan siempre con grandes alteraciones en el orden social; se crean enemistades, se fomentan rencores, y tiene lugar la escisión que divide el pueblo en dos bandos en pugna, hasta que el tiempo o nuevas circunstancias vuelven a aproximarlos, para entrar de nuevo reunidos en el movimiento regular e incesante de la vida de los pueblos que desean progresar.

Hay escuelas mixtas en las que se enseña lo superfluo dejando lo útil a un lado. Por esto veréis salir de ellas niñas de catorce y quince años que ignoran por completo toda noción religiosa y que no sabrán por donde se enhebra una aguja; pero que en cambio os recitarán de corrido los artículos de la

Constitución, declamarán con gusto y entusiasmo una poesía, u os endilgarán un discurso capaz de entusiasmar a un sonso por sus frases rimbombantes y por sus palabras de efecto tomadas acá y allá, vengan o no vengan al paso, y por más que este discurso sea tan sin fondo como cajón de pulpero. Líbreme Dios de meterme a criticar semejante método de enseñanza, toda vez que oiréis asegurar a cada paso que sobre él se levanta el brillante porvenir de las naciones cultas. ¡¡Paso a la enseñanza laica!!

Las fiestas religiosas pasan aquí en silencio o como si no existieran, y apenas si Santa Rosa, patrona del pueblo, consigue una misa cantada a la que asisten algunos colonos belgas y algunas niñas interesadas en lucir algún vestido nuevo, a la vista de ocho o diez jóvenes que con determinada intención espían su salida de la iglesia, que no por ser este día se encuentra más adornada ni más limpia, de lo que nadie se preocupa.

En cambio, el 25 de Mayo y 9 de Julio, fiestas nacionales que recuerdan a los argentinos los aniversarios de su independencia, el movimiento es general desde la salida del sol, que van a saludar los niños de todas las escuelas reunidas con presencia de las autoridades en la plaza pública, donde con religioso respeto entonan el himno argentino, hasta la puesta del sol, que vuelven a reunirse con el mismo objeto.

En estos momentos abundan los discursos patrióticos, las declamaciones alusivas al acto, y el entusiasmo parece salir a borbotones de aquellos pechos infantiles, en que ya parecen dibujarse los perfiles de los grandes patriotas y las gracias adorables de las madres de familia. Músicas, globos, fuegos artificiales, cucañas, bailes de sociedad y cuanto puede alimentar el entretenimiento público, tiene lugar en esos días a fin de sostener y fomentar por todos los medios posibles el recuerdo de las grandes hazañas llevadas a cabo por antepasados cuyos nombres se repiten en todos los tonos y cuyas virtudes cívicas se encomian bajo todas las formas posibles. ¡Solo la iglesia permanece cerrada en son de muda protesta por el abandono glacial en que la dejan!

Otros momentos hay en que el movimiento toma incremento en Villaguay, y es cuando agitada la República o la provincia por guerras o luchas civiles, desgraciadamente tan frecuentes, los clarines dejan oír el toque de generala y entonces el artesano y el capitalista, el rico y el pobre, trocan los artefactos de su profesión u oficio por los arreos del soldado, para correr a los campos de batalla, no siempre armados, para derramar su sangre generosa y de héroes desconocidos en defensa de ideas que la mayor parte de las veces desconocen, pero que las creen buenas desde que como tales las considera el jefe o caudillo que los conduce a la pelea.

Valientes por naturaleza y arriesgados por su modo de ser, su carácter bondadoso sufre una transformación verdadera al convertirse en soldados, sufriendo con admirable resignación las privaciones inherentes a la vida del militar en campaña, convirtiendo el llanto en risa ante la idea de luchar por la integridad de su suelo o por la bondad de sus creencias, y entregando sin pesar su vida bajo los pliegues de su bandera, cuyos colores azul y blanco son los del cielo querido de su Patria.

Un centro social con el nombre de «Recreo Villaguay», dedicado única y exclusivamente a Terpsícore, abre sus puertas los días de Carnaval, 25 de Mayo y 9 de Julio para dar un rato de solaz y esparcimiento a las villaguayenses, siempre ávidas de esta clase de emociones; a las que vienen a añadirse de tiempo en tiempo alguna comedia de aficionados en un teatro improvisado, y alguna tertulia familiar en la que se baila, se juega o se canta al compás de las guitarras, pues hasta ahora son muy pocos los pianos que hay y apenas si dos o tres niñas podrán mal que mal imitar en ellos los acordes de algún vals o de alguna mazurca que pueda servir a los bailarines.

Una biblioteca popular con unos tres mil volúmenes pone a disposición de los socios que la sostienen, los medios de fomentar el movimiento intelectual de este pueblo, poco aficionado por otra parte a pasatiempos en que la inteligencia tenga que ser puesta a contribución, prefiriendo más bien matar el tiempo con la baraja o el taco de billar en la mano, en tanto que el precioso bitter o fernet preparan sus estómagos para las dos comidas principales del día: a las doce y a las siete de la tarde.

Las mujeres de Villaguay, como la espada de Bernardo, ni pinchan ni cortan; es decir, que ni son hermosas hasta el punto de causar admiración, ni son feas hasta el punto de producir una impresión repulsiva. Poco aficionadas al platonismo, dan la preferencia al que pueda brindarles algún bienestar material apreciable, más bien que al que posea una inteligencia clara y bien nutrida; prefieren una vaca gorda a una disertación brillante y un vestido de seda, aunque las convierta en mamarracho, a uno de percal que les siente a las mil maravillas.

Inteligencias poco cultivadas, buscan el placer más por lo que tiene de violento que por lo que pueda contener de exquisito: en una palabra, son mujeres desde la cuna al sepulcro, sin que en ningún caso, ni en ninguna circunstancia, se encuentre en ellas ese destello en que se vislumbra el ángel. Debido sin duda a su educación desprovista de toda idea religiosa, sazonzarán en su interior, más que las plegarias que ofrecer a un Dios, las frases alimbaradas que halagan las pasiones, girando con aturdimiento dentro de un

círculo egoísta, en el centro del que elevan un pedestal sobre el que colocan lo que ellas llaman la diosa razón.

¡Y que razón! El convencionalismo más refinado, adornado con frases tomadas al acaso y revestido de esas razones poderosas que proclaman la propia personalidad como la única deidad a que debe rendirse adoración.

Son hijas por costumbre; esposas por conveniencia y madres por instinto, dejando correr el tiempo con esa negligencia y ese abandono que les son característicos. Si hay algo más allá, ya llegará el momento en que venga a ponerse al alcance de su mano para poder asirlo con facilidad, sin necesidad de tener que molestarse en correr tras él, cuando no hay una senda ancha y florida que las lleve en línea recta a poderlo conseguir. Escuchando una plegaria se adormecen, oyendo un *pericón* se exaltan. La vida eterna es el fin remoto que se olvida, el mundo y sus placeres el fin próximo a que se rinde culto.

Detengámonos. Hay verdades que no se pueden decir, como hay observaciones que es conveniente que queden ocultas.

Villaguay ofrece al transeúnte una acogida afectuosa, que pronto da al olvido cuando lo ve convertido en habitante. El recién llegado es siempre el hombre a la moda y el llamado a resolver todos los problemas sociales: él es el solo capaz de dirimir una contienda, de dar luces sobre las cuestiones a resolver, de tener voz autorizada para llevar el convencimiento a los ánimos obcecados. No importa su nacionalidad, ni los antecedentes de su vida, que en general se desconocen; se presenta decentemente vestido y con los bigotes retorcidos y terminados en punta, y esta es una prueba irrecusable de que es bueno, sabio, justo, etc. etc. Debe brillar como astro de una magnitud desconocida, hasta tanto que convertido en habitante viene otro a eclipsar su brillo, considerándose satisfecho si lo dejan dedicarse tranquilamente a su trabajo, para lo que tiene necesidad de unir su voz al coro que entona las alabanzas del último llegado, exclamando con el filósofo: *Sic transit gloria mundi*.

Haced mil servicios si queréis sacrificaros en interés del pueblo, o dedicad vuestra vida con abnegación a sembrar beneficios, pero dejad una sola vez de satisfacer un capricho insignificante y esa que se os figuraba inmensa montaña de agradecimiento, vendrá a tierra como castillo de naipes sacudido por una corriente de viento.

No se crea por esto que yo sea pesimista; lejos de eso, he pretendido juzgar siempre basado en pruebas irrecusables y concluyentes y si no veamos: soy médico, hace nueve años que trabajo y mucho; no soy rico, hay muchos que me deben la vida y casi todos dinero, y tengo dos amigos.

¡Desoladora conclusión! Me adulan porque me necesitan, me necesitan porque reconocen en mí condiciones que tal vez no encuentran en otro, me critican a escondidas para acallar el grito de sus conciencias, que les ponen de manifiesto mis servicios, que no me han pagado; lo que yo trato de olvidar y ellos tienen buen cuidado de no recordarme, pero yo me río, gozo tranquilamente en mi casa, paso ratos agradables en compañía de mis dos amigos, que lo son probados, y espero que las memorias póstumas serán un coro de alabanzas.

Quizás alguno más cosquilloso que yo, extrañe que a pesar de lo dicho siga teniéndole cariño a Villaguay, al que yo contestaré que «sobre gustos nada hay escrito», y que a pesar de todo me agrada la campiña de Villaguay y sus bien pobladas selvas, que con frecuencia recorro sin que deje de halagarme algún tanto la vida de gran capitalista que hago, sin que nadie tenga que censurármela, pudiendo decir con orgullo que a nadie debo un real, cosa que muy pocos pueden decir aquí, puesto que me deben a mí. Después de esta explicación: punto y aparte.

Por las «Raíces»

NO SE ALARMEN inútilmente mis lectores, pues por fortuna para todos y con grandísimo contento mío aun no me encuentro en el caso apurado de comer las plantas por las raíces, como he oído asegurar que hacen los que se hallan sepultados bajo tierra. No señor, aún estoy en condiciones de pasear mi importante humanidad por calles y plazas, sin olvidarme de mi especial predilección por Montiel para donde otra vez estoy de marcha. Voy a dar una vuelta por el distrito de Raíces, donde me prometo disfrutar esos goces sosegados que me ofrece la campaña de este departamento, de que soy entusiasta admirador. Más de una vez he manifestado [ya], que no me canso de admirar esos trabajos de [campo] tan activos y tan llenos de peligros a que [se entregan] los criollos con la misma serenidad y [con la misma] sangre fría que si se tratara de jugar una partida a la taba o bien un truco de seis.

Heme ya a caballo en dirección a Gualeguay, que esta vez pienso vadear en el denominado «Paso de Laguna», que no me ofrece serias dificultades para ello. No importa el objeto que me lleve; la cuestión está en que llegue, vea, pasee, me divierta y el lector quedará seguramente tan complacido como si le sucediera a él mismo, pues sin necesidad de exponerse a las contingencias y peligros del viaje, amén de no cansarse a caballo, va a conocer las cosas tal como yo las haya visto y a las que desde ya prometo nada añadir ni quitar.

Me acompaña un peón muy baqueano¹⁶⁴ en estos pagos y en el que puedo tener entera confianza, así que marchamos a buen paso hasta la Costa del Tigre, donde desensillamos un momento para dar un resuello a nuestros caballos, en tanto que nosotros fumamos un cigarrillo.

Un rato que el peón se separó de mi lado, le oía gritarme fuertemente, obligándome a correr a su lado temiendo le sucediera alguna cosa, y cuál no sería mi sorpresa cuando lo encontré riendo y agarrado fuertemente a algo que en el primer momento me pareció una raíz, y que más tarde he visto,

¹⁶⁴ Baqueano: Persona conocedora de los caminos y atajos de un terreno (*Nota del editor*).

al fijarme bien en ello, que era la cola de un animal que, introducido en un agujero, solo dejaba a la vista aquella parte de su cuerpo.

«¡Un peludo, un peludo!»¹⁶⁵, me gritaba con aire satisfecho, pero yo que jamás había visto este animal ni conocía su manera de defenderse, ¡bien triste por cierto!, no comprendía cómo teniéndolo asido de la cola, que indicaba no pertenecer a un animal de gran tamaño, no lo sacaba de un tirón y se apoderaba de él. Me pidió que cortara una varita, la aguzara [la] punta en uno de sus extremos y se la diera, lo que me apresuré a hacer en tanto que él lo [retenía de aquella] manera, y esperando lleno de curiosidad [la] maniobra que iba a ejecutar y el resultado [de] ella, que fue excelente.

Sin soltar la cola del animal, introdujo la parte aguzada de la varita en cierto punto del animal, cuyo nombre callo por respeto, por más que si fuera discípulo de Zola le llamaría «culo»¹⁶⁶, con claridad, lo que inmediatamente surtió su efecto, puesto que al querer apretar esa parte, que al parecer tenía excesivamente sensible, aflojó la concha que impedía sacarlo. Era un animal del tamaño de un gato, cuyo cuerpo se hallaba envuelto por una concha movable, dividida en semicírculos, y que al hincharse hace difícil su extracción, mas de poco le valió en este caso ese recurso natural, con que dio al traste la astucia del peón. Degollado y abierto, se le aseguró a los *tientos del recado* y ensillando de nuevo nuestros caballos continuamos nuestra marcha, riendo alegremente de la escena [...]

Pocas veces he sentido tanto como esa ocasión no ir provisto de una escopeta, [pues tuvimos] más de una ocasión de poder matar algunas perdices - martinetas en los pajales [...] que recorriamos y algún *guasuvirá*, especie de corzo, que pastaban tranquilamente sin preocuparse gran cosa de nosotros, lo que quizás sucedía porque no llevábamos armas con que poder ofenderlos.

Cerca ya de anochecer, llegamos a la estancia a que nos dirigíamos, donde fui acogido con esa cordial alegría y esa franca hospitalidad que caracteriza a los hijos de Montiel. Llegábamos en excelente hora y en oportunísimo momento. En excelente hora porque la comida, de que nuestros estómagos tenían harta necesidad, estaba ya pronta, y en oportunísimo momento porque al día siguiente iba a tener lugar una recogida de hacienda alzada¹⁶⁷ para lo que había en la casa mucha gente reunida; y sabido está que donde

¹⁶⁵ Peludo; Armadillo peludo (*Nota del editor*).

¹⁶⁶ El escritor francés Émile Zola (1840-1902) fue el principal representante del Naturalismo, corriente literaria que abogaba por el empleo de palabras usuales, aunque se consideraran vulgares o soeces (*Nota del editor*).

¹⁶⁷ «Hacienda alzada», yeguas en celo (*Nota del editor*).

quiera que se reúnen varios criollos jamás falta [...] canto y alegría, cosas que pocos son los que [...] A pesar del cansancio del viaje no pude por menos de acompañarlos hasta [pasada media noche], oyendo con placer los variados estilos [...] pericones hábilmente ejecutados en las guitarras que jamás faltan en casa de un buen criollo; hasta que por fin, deseando hallarme un poco descansado para el día siguiente, acepté el ofrecimiento que se me hacía, de una cama sin chinches, que era cuanto por entonces necesitaba.

«La del alba sería»¹⁶⁸ cuando unos treinta criollos, jinetes en soberbios caballos de la selva, armados de su correspondiente lazo y boleadoras, haciendo sonar las fuertes rodajas de sus espuelas de hierro, ceñidas a la indispensable bota de potro, vestidos de cuero algunos, semi-desnudos los más, procuraban internarse en lo más espeso de los montes, lanzando a los aires fuertes y poderosos alaridos a que se mezclaban los ladridos de los perros, los relinchos [de los] potros salvajes y los mugidos de los toros, [poco acostumbrados] a que se les importunara [en los bosques] casi impenetrables de Montiel.

Bien quisiera poderlos [seguir en] sus peligrosas evoluciones, pero aún no tengo suficiente dominio sobre el caballo, ni la flexibilidad de cuerpo indispensable para aquellas vertiginosas carreras entre un monte, bajo las ramas de cuyos árboles, cubiertas de punzantes y aceradas espinas, puede apenas pasar un caballo, ni la astucia y sangre frías necesarias para poderse defender o esquivar la acometida de un animal poco satisfecho con que fueran a interrumpir la quietud y el sosiego con que hasta entonces había vivido; así que me fue indispensable elegir un punto estratégico desde el que podía, sin grave riesgo, ver gran parte de la encierra que iba a tener lugar.

Una larga manga de postes de ñandubay daba entrada a un extenso corral, a donde vendrían a parar los animales asustados por los perros y por [los gritos] de los jinetes, y desde donde era fácil verlos sin temor a que en su enojo pudieran ponerle a uno en apurados compromisos.

No tardó en [percibirse] un rumor sordo, como de lejana tormenta, [que poco] a poco se iba aproximando hasta percibir de una manera clara y distinta el galopar de multitud de caballos, el crujir de las ramas agitadas en su veloz carrera, los relinchos de furor mal contenidos, los fuertes estallidos de los arreadores y, por último, la confusa algarabía formada de gritos, relinchos, mugidos, ladridos, estallidos de látigos y trepidación del suelo, bajo

¹⁶⁸ Expresión con la que empieza el capítulo IV de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, de Miguel de Cervantes: «La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo» (*Nota del editor*).

aquella verdadera avalancha que embocando a la manga era precipitada en el corral, empujándose, atropellándose, poniendo en juego patas, dientes y cuernos, y tratando de buscar una salida entre aquellos postes que parecían estrecharse por momentos, oprimiéndolos en su círculo inflexible para dar allí fin a la alegre libertad de que hasta entonces habían disfrutado.

Corriendo en todas direcciones [veíanse] de vez en cuando cruzar por entre [...] del monte a los jinetes, desgarradas las ropas, ensangrentados, tan pronto acostados sobre el cuello de [los caballos] como pegándose a sus costados [...], reboleando sus boleadoras cuando un [...] hueco se lo permitía, describiendo en su desenfrenado correr peligrosas curvas, aterradores zig-zags en que parecía imposible no estrellarse contra los troncos de los árboles, y todo, serenos, alegres como en son de fiesta y algazara, golpeándose la boca ante la furia del animal, riéndose de sus ropas desgarradas, de su misma piel ensangrentada donde se veían patentes las caricias de las espinas, animando con sus voces a sus caballos jadeantes, cubiertos de espuma y de sudor, y dispuestos a seguir trabajando de este modo semanas enteras, si era necesario, sin dar muestras de cansancio ni rehuir ninguno de los peligros con que a cada momento tropezaban.

Ya el corral estaba medio lleno, y en él se agitaban estremecidos [...] caballos, toros, avestruces, gamas, cuanto al paso encontraban aquellos valientes centauros y para quienes la selva no tiene secretos, [y para los que las palabras] temor y peligro carecen [...] necesario un momento de [...] satisfacer la necesidad [...] transigieron de mala gana, pero no hay porque apurarse, el corral está felizmente bien surtido y los lazos prontos a hacer una acertada elección; así que una vaquilla, una yegua y un avestruz, todos gordos, fueron las víctimas destinadas al sacrificio, las que pronto estuvieron en condiciones de ser aproximadas a los fogones, improvisados en el momento, y que teniendo combustible en abundancia no tardarían en darnos unos ricos asados con cuero, verdadero lujo del criollo, y plato, sin plato, indispensable en todas las fiestas, trabajos en que entran en actividad muchas personas, o cuando se trata de obsequiar a una sola, circunstancias que se reunían en este momento.

Esta vez, viendo el buen [apetito con] que los trabajadores dirigían sus [tiros] sobre la carne de yegua, no pude menos de dejarme arrastrar por el deseo de probarla con conocimiento de causa [...] que tantas y tantas veces [...] así que la empecé con un [...] incitante me atraía con irresistible fuerza, y confieso que si bien no la encuentro superior a la carne de vaca, no creo por lo menos que haya gran diferencia entre una y otra. Como consecuencia [...] de mi primera prueba, vino a su vez la segunda con el avestruz, encon-

trándolo de un sabor desagradable, debido sin duda, según me decían, a la falta de una condimentación conveniente, con lo que se convertía en manjar de primer orden.

Una vez terminada la comida, era preciso continuar la labor empezada, eligiendo los baguales que debían agarrarse para ser domados, y aquí se presentaba un nuevo trabajo en que el hombre de campo pone de manifiesto su habilidad de buen jinete y excelente [domador]; puestas manos a la obra no tardó en quedar [sujeto en los] lazos un soberbio potro alazán [...] terror con sus saltos y bufidos [...] fuera un criollo, familiarizado [...] peligros, que el convierte [...] en ratos de verdadero entretenimiento. Una vez en el lazo y trabado de las cuatro patas, pronto fue ensillado y puestas las riendas, compuestas de una tirita de cuero que colocada en la boca del animal a manera de freno sirve para darle los primeros tirones en la boca y enseñarlo a obedecer. El padrino, o sea, el que en un caballo ya manso debe ir al costado del domador, a fin de obligar al potro, hasta entonces desobediente, a dar vuelta hacia un lado u otro, estaba ya pronto, por lo que el jinete con una verdadera agilidad de mono se enhorquetó sobre el bagual, que loco de rabia salió en precipitada [carrera], bufando, corcoveando, tocando la cabeza al suelo, haciéndose arco, en tanto que aquel criollo risueño, como pegado al recado, pareciendo formar un solo cuerpo con el caballo, golpeándose la boca a cada salto [...] del caballo con sus espuelas y rebenque [...] él, sudoroso y jadeante, y [...] poder continuar aquella lucha [...] estaba manifestamente [...].

Uno tras otro fueron ensillados y montados varios potros, cada uno por su jinete respectivo, puesto que ninguno de los que allí había podía buenamente conformarse con pasar desapercibido y no mostrar a su vez que también era muy capaz de hacer lo que otro jinete hiciera. Por esta razón, cada uno hacia o trataba de hacer algo más de lo que hicieran los otros y de este modo, quien trataba de asustar al bagual revoleando el *poncho* sobre su cabeza, quien le buscaba las cosquillas colocándole bajo la cola una de las [...]tas del lazo, quien le arrancaba bufidos de rabia y de dolor hincándole con las terribles rodajas de las espuelas en [...] partes del cuerpo y quien por fin [...] compañeros que en medio [...] o boleasen para que [...] tierra con el caballo, el jinete [...] con las riendas en la mano [...] daño, hecho este que es muy frecuente entre los criollos y que efectivamente son muy raras las veces que un caballo consigue hacerlos caer mal o apretarlos en su caída.

Ya había visto cuanto buenamente se puede hacer como buen jinete sobre un caballo ensillado, pero era necesario que aún viera alguna cosa más con la que pudiera subir de punto mi admiración. Para esto fue elegido un padrillo que en sus vueltas y revueltas por el corral daba muestras de ser de aquellos

que no consentiría buenamente que nadie se le pusiera encima; pero esto no era suficiente para asustar a un criollo de buena ley, así que, subiéndose al travesaño superior que formaba la puerta del corral, un *tape*¹⁶⁹ como de unos dieciséis años, de [baja estatura] pero de cuerpo fuerte y musculoso, [...] pasó por debajo del caballo [...] movimientos de los peones [...] puertas, salió en precipitado [...] sobre su lomo el peso del tape, que desprendiéndose a su paso quedó jinete sobre él.

Inútil sería que pretendiera describir el furor del animal, ni los saltos y vueltas con que inútilmente pretendía desprenderse de aquellos muslos que lo oprimían; todos sus esfuerzos se estrellaban contra la serenidad y destreza del jinete que, risueño y tranquilo, lo azuzaba con sus gritos, con sus manos y sus talones; pero no era el potro de condición de sufrir todas estas bromas por lo que levantándose sobre sus patas traseras, dio con su cuerpo [en tierra], lo que los criollos llaman [...], pensando sin duda en su caída aplastar al jinete con su cuerpo, pero todo fue inútil puesto que el tape conociendo la intención del animal, apoyándole una mano [...] de costado, quedan [...] del animal.

[...] yo miraba [...], era contemplado por los demás como la cosa más natural del mundo, o como si fuera una obligación que el que todo el que montara a caballo debiera sostenerse del mismo modo y con la misma seguridad.

Era ya de noche cuando regresamos a la casa, dejando la hacienda encerrada a fin de proseguir el trabajo al día siguiente, y como yo me encontraba un poco cansado, si no por los trabajos que había hecho, por haber dormido muy poco la noche anterior, no bien hube cenado cuando di con mi cuerpo en la cama, dejando que los músicos continuaran con la farra del día anterior.

¹⁶⁹ Tape: Nombre que se da al criollo joven.

APÉNDICES

1

[Dos capítulos de una novela inconclusa de Venancio García Pereira escritos en Villaguay]

EL CURANDERO

I

Voy a conducir al lector, sin hacerle sufrir las contingencias del viaje, siempre molesto, a una casita construida con tablas de ñandubay unidas entre sí y cuyas rendijas tapan listones de la misma madera, al objeto de impedir la entrada del viento en su interior. El techo de paja que la cubre es una excelente garantía contra los ardorosos rayos del sol en verano, a la vez que contra las intensas heladas del invierno.

[Está] situada en el centro de Montiel y rodeada por los agrestes árboles de la selva, entre cuyas semidesnudas ramas modula el viento pampero algo así como quejidos de víctimas inmoladas, ya a la salvaje ferocidad de tigres y leones, ya al terrible desencadenamiento de las pasiones humanas. Parece, reconcentrada en su aislamiento, huir de esa corriente vertiginosa que a través del tiempo y del espacio se precipita en pos del —más allá—; eterna palabra escrita en todos los horizontes que la humanidad, en su marcha incesante, alcanza a distinguir á través del denso velo que encubre los destinos del porvenir. Su aspecto severo al par que sombrío, parece estar más en armonía con la austera soledad del cenobita, buscando a Dios en medio de la naturaleza, que con los goces íntimos que proporciona una familia que se desarrolla entre las diversas manifestaciones de un cariño tranquilo y acendrado.

Una cocina, cuyas paredes de ramas recubiertas de barro dejan escapar, á través de sus múltiples agujeros, el humo que en otro caso la haría sofocante; un galpón *quinchado* y una enramada, que parece agobiada bajo el peso de los años, complementan aquella vivienda que un indio desecharía porque creería ahogarse en su interior y un europeo la juzgaría inservible

para encerrar en ella sus caballos. Una parrilla, una olla, un amasador y una cafetera, todo de hierro ennegrecido por el uso y deformado por los golpes continuados, forman el total de útiles necesarios para los usos domésticos, en que resalta a simple vista toda la modesta sencillez de costumbres del primitivo habitante de aquella selva inmensa.

Las puertas, abiertas siempre de par en par, demuestran esa confianza sin límites con que el paisano criollo reposa de las fatigas causadas por el arduo trabajo, sin temor ni preocupación por lo que puedan intentar hacerle. Es verdad que entre las inextricables islas que forma el Gualeguay, a corta distancia de la casa, jamás falta algún *matrero* que, teniendo cuentas pendientes con la *policía*, trata por todos los medios a su alcance de retardar el plazo de tener que saldarlas; pero éste procura siempre estar bien con los *paisanos*, que condolidos de su desgracia no sólo le facilitan el sustento indispensable, sino que suelen despistar a los agentes policiales que van en su persecución.

Por otra parte, es muy raro que el criollo, que por cualquier concepto se ve obligado a ocultarse, dé cabida en su pecho a esos instintos perversos que obligan a poner en guardia la vecindad que frecuenta. Si tiene alguna enemistad personal busca a su contrario de frente, y sin que abuse en general de las ventajas que sobre él pudiera tener; y entonces, cuchillo en mano, su arma favorita, hace que la cuestión se decida en favor de uno de los dos contendientes. Es con frecuencia homicida, pero rarísimas veces asesino alevoso por reconcentrado que sea su furor.

Suele *carnear* alguna oveja o vaca gordas, obligado unas veces por el hambre y otras por el placer de saborear un asado elegido o de utilizar el cuero del animal en *maneadores*, cabestros, riendas y otros útiles indispensables a su vida aventurera, de que hace partícipe a su caballo, fiando su seguridad personal, siempre comprometida, a la agilidad y ligereza de sus patas. Pero no es frecuente encontrar en él sentimientos destructores ni esas pasiones aviesas, escoria flotante de corazones corrompidos o de conciencias revolcadas en el lodo del crimen. De aquí nace esa tranquilidad con que el paisano criollo duerme, sin cerrojos que lo guarden ni sobresaltos que vengán a interrumpir la placidez de su sueño.

Penetremos en el interior de la casa a fin de conocer las personas que la habitan, y que desempeñaron un papel importantísimo en este histórico relato.

Una pieza dividida en dos por una colcha de percal colgada de una cuerda; una cama en cada división de un ancho capaz de contener tres personas, construidas con palos de ñandubay, unidos con tiras múltiples de cuero; una mesa raquítica sobre la que reposan en amigable consorcio, un mate con

su bombilla, un frasco de ginebra que con ínfulas de candelero, sostiene en su boca un resto de vela de sebo, fragmentos de lo que en mejores tiempos fueron vasos de la pulpería, la cáscara de un huevo de avestruz sobre la que se ha intentado grabar un escudo argentino, un cuchillo con cabo de plata encerrado en una vaina del mismo metal y otra multitud de objetos cuyas aplicaciones usuales serían difíciles de resolver; cuatro sillas de diferentes tamaños cuyos fondos están formados por otros tantos cueros de oveja claveteados a los palos; una guitarra con moños azules y *punzó*, colgada en la pared entre una estampa de San Ramón Nonato y la colección de figuras de Juan Moreira y un cajón grande con pretensiones de baúl constituyen el menaje interior de esta casa, ocupada por una matrimonio en que el más viejo no pasa de cuarenta años ni el más joven baja de treinta, una joven de diez y seis a diez y siete años y un *tape* de once, fruto del feliz matrimonio.

Familia toda ella nacida y desarrollada en el monte, sin más conocimientos del mundo que de las escenas que a su vista se desenvuelven; sin más pretensiones que ver aumentado el *rodeo* y la *majada*; sirviéndose más bien del instinto que de la inteligencia, vegetan con los árboles que les rodean y modulan sus sensaciones por las de los animales que tienen siempre a la vista.

II

En el momento que penetramos en la casa, se ofrece a nuestra vista un cuadro verdaderamente lastimoso. El dueño de ella agítase en uno de los lechos, presa de una fiebre ardiente, murmurando en su delirio palabras entrecortadas, dirigiendo su mirada brillante de uno a otro de los que le rodean, encendida la cara, inyectadas las conjuntivas, profiriendo de cuando en cuando sordos gemidos de dolor, haciendo inauditos esfuerzos por contener la tos y la respiración que lo mortifican, y pidiendo con ansiedad un poco de agua que calme la devastadora sed que lo consume y que no consigue ver extinguida.

La mujer fija su mirada ansiosa en un hombre que a su lado dirige palabras misteriosas al enfermo, traza cruces sobre su frente, murmura algo parecido a oraciones, describe en el aire ciertos signos cabalísticos, hace evocaciones de espíritus que le son propicios, y revestido de un aire de autoridad suprema, que no admite lugar a réplica, trata de imponer silencio al enfermo, obediencia a la mujer, y una fe ciega y sumisa a cuanto él ordene para sanar al infeliz como ha sanado a otros muchos.

Salen por fin de la habitación, el pretendido médico para dar las órdenes convenientes para el tratamiento de la enfermedad y la mujer a escuchar

con religiosa atención las prescripciones complicadas que en vano trata de retener en su memoria, por lo que se hace indispensable la llegada de la hija que hace poco salió con el objeto de *dar vuelta a la majada*.

—¿Cree usted don Irene, que no se morirá el enfermo? —pregunta la infeliz mujer tratando a duras penas de contener las lágrimas que pugnan por brotar.

—El curar esta enfermedad es para mí tan fácil como arrojar un perrito de la habitación, para lo que solo basta una patada, así que bien puede estar tranquila e ir descargando ese pecho de las penas que lo ahogan. Busquen un médico de las ciudades y seguramente que con sus remedios de botica acabará con él en dos días, en tanto que yo, sin hacer uso de esas palabras que nadie entiende, pienso en el mismo plazo ponerlo en condiciones de poder correr en el rodeo o de hacer otro trabajo cualquiera.

—Dios quiera que sea como dice, pero yo, desde que Anselmo cayó enfermo, siento así en el pecho algo que me obliga a estar triste y con pocas esperanzas; no parece sino que fuera un presentimiento de algo funesto.

—Pues vaya dejando a un lado esas malas cavilaciones, que yo sé lo que son *pasmos* como el que tiene don Anselmo y puedo decir con orgullo que hasta ahora los he curado todos, cosa que no podrán decir muchos *dotores*.

—Bien sé que ha dado usted muchas pruebas de ser un buen *dotor* y por nada de este mundo lo cambiaríamos por otro; por esto es que yo le suplico que haga por su parte todo lo posible para tratar de mejorarlo.

—Ya le he dicho que no hay cuidado, así que mientras viene Felisa, bien podríamos tomar un *mate amargo*, pues con el apuro de venir ni tiempo tuve para ello.

—Al momento será servido, yo misma voy a cebárselo.

Y en tanto que él mide con sus pasos la distancia que media entre la cocina y la casa, aquella mujer, consolada con las promesas del embaucador, dando tregua a sus pesares, se olvida del esposo enfermo para atender a aquel hombre, especie de semi-dios, en cuyas manos parecen estar depositados los destinos de la humanidad doliente, tal es el aire de suficiencia de que se reviste.

—¡La ciencia! ¡la ciencia! Palabra hueca y falta de sentido, cuando los espíritus, por medios ocultos, nos ponen de manifiesto los secretos más recónditos de la naturaleza; traje de relumbrón con el que trata de revestirse la pedantería humana para sacrificar a los incautos. Afortunadamente, tengo bastante poder sobre esta gente crédula y sencilla para luchar con ventaja contra la falange de parlanchines que, por el hecho de hallarse adornados de

un diploma universitario, pretenden arrollar al mundo con frases ininteligibles, sacadas sin duda de algún vocabulario infernal.

Si no precisamente en estos términos, en otros parecidos monologaba el *dotor campesino*, cerrando los oídos al grito de su conciencia, que le señalaba una nueva víctima, próxima a reunirse a las ya sacrificadas. Había una víctima más, pero una víctima para la humanidad es como una gota de agua perdida en la inmensidad del Océano.

III

Apareció por fin Felisa y fijando sus grandes y negros ojos en el rostro risueño del *dotor*, esperó con ansia la respuesta a las preguntas que naturalmente se desprendieron de sus labios.

—¿Cómo está mi *tata*? ¿Hay esperanzas de poder mejorarlo?

—De esta vez no se muere; y te esperábamos para ver si *vos te acordarás* mejor que tu *mama* de todo lo que hay que hacerle, pues ella dice que está tan trastornada que es muy fácil que todo se le olvide.

—Sí, dígame a mí *no más* que yo haré lo posible por recordarlo todo.

Llegaba *Misia* Luciana con el mate y unida a su hija esperaron con afán y con religioso recogimiento las palabras que, pausadas con estudiados intervalos y con una especie de entonación profética, se desprendían de los labios gruesos y azulados del curandero, que miraba a Felisa con especial atención.

—Es necesario darle, en primer lugar, *sustancia* de cigüeña a fin de combatir el *daño*; unas *fricaciones* en la espalda con grasa de potro para el *pasmo*; traer el corazón de un ternero blanco y hacer que tenga el dedo *gordo* del pie metido en él durante diez horas; le darán a comer diez piojos por día, para que no pueda hacérsele mal de ojo, por más que no deben dejar que nadie lo vea; poner al naciente la cabecera de la cama, y frotarle las rodillas con grasa de comadreja. En el bien entendido que cualquiera de estas cosas que dejen de hacerle, no podré ya responder del enfermo ni por lo tanto ser responsable de su muerte.

—No hay cuidados don Irene, que todo se hará según usted lo ordene —contestó apresuradamente Felisa— y para que vea si algo se me olvida voy a repetir todo lo que nos dijo que se le hiciera.

Y una a una repitió las prescripciones hechas, palabra por palabra, gesto por gesto y como si quisiera de este modo grabárselas en la memoria de una manera indeleble, toda vez que era de tanta importancia en que ninguna de ellas pudiera pasar desapercibida y dejara de hacerse.

Un grito desesperado del enfermo disolvió el grupo, obligando a cada uno de ellos a penetrar en la habitación con cuanta presteza les fue posible.

Don Anselmo contemplaba con una especie de terror el suelo en que aparecía un esputo sanguinolento, a la vez que en el dorso de su mano derecha, con que se había limpiado la boca, se veían señales manifiestas de sangre. En vano hacía poderosos esfuerzos por contener la tos continua que desgarraba sus pulmones y en hacer lo menos amplia posible su respiración; su frente se cubría de un sudor viscoso, cual si hubiera cruzado por ella un ejército de caracoles; sus manos oprimían su costado izquierdo y con palabras entrecortadas por las violentas sacudidas de la tos exclamaba: ¡Me muero!

Asustadas, las dos mujeres fijaban sus ojos suplicantes en don Irene que de nuevo trazó cruces sobre su pecho, recitó oraciones ininteligibles, sopló los oídos y los ojos del enfermo, hasta que al fin con aire de inspirado, sin alzar mucho la voz:

—No hay que asustarse —dijo— esa sangre y ese sufrimiento es debido a los esfuerzos que la tortuga hace por salir, pues estoy convencido de que es este animal el que tiene dentro del cuerpo. Traigan lo más pronto posible un balde con agua para que, atraída por ella, salga y deje de mortificarlo.

Corrieron las mujeres a dar cumplimiento a la orden, en tanto que él procuraba reanimar el espíritu del enfermo dándole a conocer las causas del mal.

—No hay duda alguna, don Anselmo, que usted tiene algún enemigo que le ha hecho el *daño*. Usted es poseedor de uno de los mejores campos del *pago*, de mucha y buena hacienda; en una palabra, es rico, y al que tiene plata, nunca le falta quien le quiera mal. Pero no tenga miedo que aquí estoy yo que no consentiré que se muera por dar gusto a algún envidioso, y procure tener ánimo que pronto estará en condiciones de desquitarse.

—Aquí está el agua —dijeron las dos mujeres que traían un balde grande.

—Muy bien, colóquenlo aquí, así, al lado de la cama y ahora es preciso no dormirse y espíar con atención la salida de la tortuga a fin de que no pueda escaparse, porque si llegara a hacerlo, correría peligro la vida del enfermo. Además, como son necesarios otros medios y ustedes no tienen ahora a quien mandar a buscarlos, iré yo mismo para prepararlos pero no tengo *plata* y necesitaría comprar algunas cosas.

Misia Luciana corrió al cajón-baúl e introduciendo su mano en una esquina, sacó un rollo de billetes de banco que entregó a don Irene sin fijar su atención en el aire de satisfacción con que sin contarlos los introdujo en uno de los profundos bolsillos de su *bombacha*.

—Yo procuraré estar pronto de vuelta, pero entretanto, tengan mucho cuidado con no dormirse y vigilar con atención, sin olvidar ninguno de los remedios que les indiqué, ni dejar escapar la tortuga.

Y saliendo de la habitación, montó a caballo y se internó en el monte dejando a la infeliz familia en la mayor consternación y sobresalto.

—*Andá vos*, Felisa —dijo *Misia* Luciana— montá a caballo y vete de un galope a *lo de* don Pascual, para que venga y nos ayude en alguna cosa, pues tenemos necesidad de buscar casi todo y tu hermano y el peón aún van a tardar.

Felisa no esperó a que le repitieran la orden sino que, ligera como una gama, montó a caballo, el mismo en que *daba vuelta a la majada*, y partió a media rienda por entre los árboles que en vano parecían tratar de oponerse a la velocidad de su carrera. Sola *Misia* Luciana con el enfermo, trataba de sostenerlo del mejor modo posible, enjugando el sudor de su frente y esperando que cada uno de aquellos esputos sanguinolentos, que con tanta frecuencia se repetían, fuera el precursor del terrible animal que, sin saber cómo ni por donde, se había introducido en el cuerpo de su esposo causándole tan horribles angustias.

IV

Seguramente que el lector calificará el relato de inverosímil, mucho más al llegar a tener conocimiento de que don Anselmo es uno de los paisanos criollos que bien pueden calificarse de rico, pues aparte de más de dos leguas de campo de que es propietario, pasa de dos mil el número de sus vacas, sin contar las ovejas y yeguas que posee. Pero seguramente que ni por exagerado siquiera lo tendría, si le fuera posible hacer una gira por Montiel y darse cuenta de la cándida credulidad del criollo, sin más conocimientos que los que tienden al procreo y aumento de sus haciendas, adquiridos por una tradición que sin innovación alguna se trasmite de padres a hijos desde tiempo inmemorial, y sin más aspiraciones que vivir tranquilamente en su rancho y poder entregarse con libertad a sus faenas de campo.

Las *pulperías* son sus puntos de reunión y en ellas sólo giran sus conversaciones sobre carreras de caballos o riñas de gallos, a que son sumamente aficionados, o de negocios de hacienda que directamente les interesan.

Formadas sus creencias religiosas de un conjunto extraño de supersticiones, creen en Dios, sin que jamás se les ocurra postrarse ante sus altares, y admiten como verdades irrecusables la existencia de espíritus maléficos que

posesionados del cuerpo del individuo, pueden transformarse dentro de él en cualquiera de los animales de ellos conocidos, viéndose por consiguiente en la imprescindible necesidad de tener que aceptar hombres de poder suficiente para contrarrestar la influencia de estos espíritus. Los fantasmas revestidos de formas humanas de proporciones exageradas; las viudas, espíritus malévolos de mujeres vestidas siempre de negro, apareciendo en lo más espeso de los montes y en las encrucijadas de los caminos para seducir con sus voces quejumbrosas y doloridas a los incautos que les prestan atención, y el *ovison*¹⁷⁰, hombre que puede cuando le plazca convertirse en perro de fingida mansedumbre y que, según creencia general, es el séptimo hijo varón de una mujer que haya tenido seis hijos más varones anteriores a éste, los tienen en continuo sobresalto. Y estos hombres, que no vacilarían en un momento dado en luchar uno contra diez, se vuelven tímidos y asustadizos al simple anuncio de la aparición de uno de esos seres fantásticos, creados para tormento de sus horas de sosiego.

Desconfiados por su ignorancia, sólo ven en los que tratan de abrirles camino a través de la luz explotadores de su buena fe, y no vacilan en entregarse de lleno a los embaucadores de oficio que amoldándose a sus hábitos y costumbres, van poco a poco dominándolos, hasta tenerlos por completo en su poder, obligándolos entonces a rechazar cuantas ideas no hayan sido inculcadas por ellos y haciéndoles mirar con verdadero terror todo cuanto pudiera contribuir a poner de manifiesto su reconocida mala fe.

Desgraciadamente, todos aquellos que por sus condiciones especiales pudieran atraerlos y ponerlos en el verdadero camino del progreso, desarrollando sus inteligencias de excelentes condiciones naturales, sólo emplean sus esfuerzos en beneficio del lucro personal sin preocuparse para nada de aclarar sus dudas.

El sacerdote y el médico que debieran por su noble y elevada misión ser los llamados a llevar un dulce lenitivo a los espíritus abatidos y a los cuerpos fustigados por el dolor, consultan antes la posición pecuniaria del individuo, para por ella graduar el mayor o menor esfuerzo que deben desarrollar. Generalmente extranjeros, llegados a estos puntos ávidos de labrar una fortuna que en corto tiempo les permita regresar a su patria, fomentan más bien esta ignorancia que les facilita llevar a cabo una explotación tanto más infame cuanto que ponen al servicio de ella toda la grandeza y toda la sublimidad de las profesiones que debieran ejercer con la santa abnegación de mártires.

¹⁷⁰ Lobisón (*Nota del editor*).

¿Qué tiene de extraño pues que estos infelices, a quienes se les vende a precio de oro un sacramento o una oración, a quienes no se trata de educar en los principios santos del Mártir del Calvario, que jamás escuchan una frase de religioso respeto, ni ven una oración de generoso desprendimiento, vean en el sacerdote, más que el mensajero de un Dios de bondad y caridad, un mercader de doctrinas que procura hacer valer en beneficio de su peculio particular?

Y ¿qué diremos del médico que debiera ser la esponja suave que empapa los torrentes de lágrimas arrancadas por el dolor? Lejos de pulsar con mano suave sus miembros doloridos, trata de arrancar de sus bolsillos, de una manera violenta, el dinero acumulado en ellos, moneda a moneda, producto de una labor incesante y fatigosa, no vacilando en caso necesario en hacer servir al enfermo de escalón para elevarse rápidamente a la cúspide de la riqueza. Al otro lado de los mares, desarrollando en todo su esplendor los goces soñados en sus momentos de loco desvarío, siendo su permanencia en estos puntos el tiempo de reclusión indispensable para gozar después de una libertad sin trabas, aunque ésta gravite más tarde sobre sus conciencias. Cada gemido escapado del pecho del enfermo, pretenden ahogarlo con un billete de banco, cada contracción dolorosa supone una moneda de oro y menos mal, si en su creciente avaricia, no tratan de prolongar los sufrimientos para convertirlos en árbol de fruto permanente y seguro.

Únanse todas las razones expuestas y tendremos como consecuencia lógica de ellas el estado de indiferencia que domina al paisano de Montiel y que seguirá dominándolo, mientras no se cambien por completo las condiciones de los llamados a sacarlos de este estado de desconsoladora apatía.

V

Volvamos al lado del enfermo en el momento en que llegan a la puerta Felisa, don Pascual y un peón de éste.

—*Mama*, aquí está don Pascual con Gregorio —gritó Felisa desde la puerta.

Misia Luciana abandonó el enfermo para correr al lado de los recién llegados, a fin de indicarles lo que de ellos esperaba, a la vez que para impedirles la entrada en la habitación, según las prescripciones de don Irene.

—*Corré* Felisa vos al lado de tu *tata* y no *vayás* a dejar escapar la tortuga si acaso llega a salir, pues bien *sabés* que es necesario agarrarla.

—¡Ay don Pascual de mi alma! —continuó dirigiéndose a este—. ¡Qué desgracia la nuestra! A Anselmo le han hecho daño y creo que se nos va a morir.

Continuamente está escupiendo sangre y don Irene que lo ha visto, dice que esto es por la fuerza que la tortuga hace por salir, pues asegura que es una tortuga lo que tiene dentro del cuerpo. Discúlpeme que no lo deje entrar a verlo, pues nos lo ha prohibido el doctor. Pero señor ¿dónde tengo yo la cabeza? *andá* Gregorio, a ver *vos* si *podés* cazarme una cigüeña y encontrar en el campo un ternero blanco para traerme el corazón.

—¿Y son esos todos los remedios que precisa? —interrogó don Pascual.

—También la grasa de potro y la de comadreja, pero por suerte de eso tenemos un poco en casa. Vamos Gregorio, date prisa y *usté* don Pascual no nos abandone, pues si llega a morirse estando solas, quien sabe lo que será de nosotras.

—Pero ¿tan mal se encuentra el enfermo, que teme tanto por su vida? Además que no pudiendo entrar a ayudarlas ¿qué quiere que esté haciendo yo aquí?

—No nos deje, por su vida, luego vendrá don Irene y podremos preguntarle si es que puede entrar a verlo; entretanto, le diré a Felisa que venga a *cebarle* un *mate*, pero no nos deje hasta que venga alguna otra persona. Felisa —prosiguió llamando— *sacá* una silla para don Pascual y *vení* a cebarle un *mate*.

Y Misia Luciana, sin esperar respuesta alguna, sin poder vencer la agitación que la dominaba, se precipitó en la habitación de la que salía Felisa con una silla, en la que pacientemente se sentó don Pascual dispuesto a esperar los acontecimientos y a ayudar desde afuera en todo cuanto le fuera posible.

—Y dime, ¿desde cuándo está enfermo tu tata? —interrogó a Felisa.

—Hace dos días que salió a recorrer el campo y cuando volvió nos dijo que traía mucho frío y se acostó y, por más que le echábamos encima todas las ropas de la casa, no podía entrar en calor; después principió a quejarse de un dolor en el costado y a decir muchas cosas que yo no entendía. *Mama* le dio unas fricaciones con grasa de gallina y le hizo tomar una taza de agua de abrojo, y así fuimos pasando sin dormir hasta hoy, que fue Guillermo mi hermano a buscar a don Irene que ya lo vio una vez y dijo que ahora pronto volvería, pues tenía que ir a comprar unos remedios a la pulpería.

—¿Y don Irene cree por lo menos que podrá salvar al enfermo?

—Él dice que no es nada, que *tata* debe tener enemigos porque tiene algo y que alguno de éstos debió ser el que le hizo el *daño*, pero que tan pronto como salga la tortuga y podamos agarrarla, quedará tan bueno como si nada hubiera tenido y además podrá vengarse de la persona que le hizo el *daño*.

—Y ¿quién creéis que puede haber sido? ¿No tenéis sospecha de alguno?

—No señor, nosotras nada sabemos, pues como salimos poco de casa y *tata* anda siempre por el campo, tal vez haya encontrado alguno que se lo haya hecho, hasta sin darse cuenta él mismo de quien haya sido.

—Pues es preciso que tratemos de averiguarlo, porque no es él solo el del maleficio. Ya sé yo que hay otras personas más a quienes ha sucedido lo mismo y esto prueba que anda alguno por el pago de quien no debemos fiarnos. No hace muchos días que yendo mi comadre Mauricia a lavar a la costa, sintió al cruzar por el pajonal un ruido sospechoso, que hasta el *petiso* en que iba trató de *disparar* y cuando el *petiso*, que es tan manso, hizo esto, prueba es de que allí había alguna cosa que no era nada buena. Después, varios vecinos han visto en diferentes puntos un perro grande, de cola muy larga y muy peluda, y dicen que sólo con mirarle a uno se siente un frío terrible.

VI

Un grupo de varias personas llegaba en aquel momento a la casa, a cuyo encuentro salieron don Pascual y Felisa.

—¡Ay don Luis —exclamó ésta, dirigiéndose a un joven que a simple vista demostraba su condición de extranjero—, tata está muy enfermo y hasta ahora no tiene *miras* de componerse, y lo peor es que no quieren que nadie lo vea.

—Pero ¿que es lo que ha pasado? pues hace pocos días estuvo en casa y estaba bueno.

—Sí señor, sólo hace dos días que le hicieron el *daño* y ya está tan mal....

—¿Y es posible que todavía crean en esas tonterías de *daño* y de *mal de ojo*...? Si es que lo encuentran tan mal llamen a un médico que lo atienda y aun tal vez podrá salvarse, pero déjense de pensar en cosas que, cuando más, pueden servir para hacer cuentos para muchachos.

—Alto allá don Luis —exclamó don Pascual, con cierto aire de autoridad que revelaba la amistosa consideración con que se le distinguía en la casa—, yo no me opondré a que, si quieren, busquen un médico o los que gusten, pero sí le puedo asegurar que, si como dice don Irene, lo que tiene don Anselmo es *daño*, será un gasto completamente inútil; pues demasiado sabemos que los *dotores* de los pueblos no entienden ni una jota de esto y sólo vendría aquí para llevarse unos cientos de pesos *al ñudo*. Por lo tanto, mejor es esperar a ver lo que dice don Irene y si él responde del enfermo, tendremos paciencia y esperaremos el resultado confiados en que será bueno.

—Sí, y entre tanto perderán un tiempo que debieran aprovechar en beneficio del enfermo y después tal vez, cuando pretendan tomar una resolución definitiva, sea ya demasiado tarde y don Anselmo pague con su vida una credulidad que ha tiempo debieran haber desechado.

—Bien sé don Luis que usted no quiere creer en los *daños* ni otras cosas que aquí suceden con frecuencia, y que ustedes nos creen *sonsos* porque nosotros damos crédito a lo que vemos o a lo que nos cuentan que han visto personas que nos merecen completa confianza, pero cada uno es muy dueño de creer o no creer según que le parezca o no conveniente. Así nacemos y así moriremos.

—Dígame usted don Pascual, ¿cómo cree que una tortuga haya podido penetrar en el cuerpo de don Anselmo, sin que hubiera dejado rastro alguno de su paso?

—Naturalmente que la tortuga no ha entrado, porque en ese caso por chica que fuera, él la hubiera sentido. Lo que entró fue un mal espíritu que no se dejó sentir, y como éstos tienen la propiedad de poder convertirse dentro del cuerpo en el animal que más les agrade, se convirtió en tortuga como pudo haberlo hecho en otro cualquiera.

—¿Y cree usted que a don Irene le haya sido posible penetrar las intenciones de ese mal espíritu y poder desde luego asegurar en qué animal se convirtió?

—Aparte de que cada uno de esos *bichos* en que se convierten tiene su manera especial de manifestar su presencia, conocida tan solo de los que se dedican a esta clase de estudios, hay hombres privilegiados, como yo le creo a don Irene, que tienen a su disposición otros espíritus con cuya ayuda consiguen poner en fuga a los malos que nos atormentan.

—Aun suponiendo que fuera cierto todo lo que usted dice ¿no le parece que sería más fácil a la tortuga, para salir, tomar su forma primitiva, de espíritu, aun cuando no fuera más que por burlarse de los que aseguraban que clase de animal era en el que se había convertido?

—Seguramente que si pudiera hacerlo así, dejaría siempre burlados a nuestros mejores *dotores*, o por lo menos nunca podríamos comprobar la verdad de lo que decían; pero cuando un espíritu bueno se apodera de uno malo, lo obliga a salir en la forma que tomó.

—Pero al salir ese animal, por donde quiera que lo haga, tiene que causar al enfermo perjuicios que tan vez le cuesten la vida.

—La prueba de que les causa perjuicios la tiene usted en la sangre que don Anselmo despiere por la boca, con sólo intentar salir, pero la vida siem-

pre se salva cuando se tiene un buen *dotor*, pues este tiene en su mano el poder de reducir el tamaño del animal, o bien el de aumentar el punto de salida sin perjuicio del enfermo.

—Entonces, según usted nunca se moriría un enfermo de daño, y yo he conocido algunos que se han muerto y que decían que se lo habían hecho.

—No hay duda que sí. Cuando el espíritu malo es de más poder que el bueno y éste no recibe en tiempo los remedios que se mandan para que le sirvan de ayuda, entonces sucede como en todo, que siempre prevalece el derecho del más fuerte y que el espíritu malo, dominado por la rabia, arrastra al enfermo hasta la muerte.

—Es decir, que una vez fuera el animal ¿ya está conjurado el peligro?

—Según y cómo. Cuando los que vigilan al enfermo no se descuidan y agarran al animal a su salida y le dan muerte, la curación se verifica rápidamente; pero si por un descuido lo dejan escapar, entonces lleno de rabia, vuelve bajo otra forma cualquiera y la muerte es el resultado.

—¿Y por qué cree usted que los médicos de las ciudades no pueden tener ese poder especial para reconocer la presencia de los espíritus malos y a su vez tener a su disposición otros buenos con que poder luchar con ventaja? Según usted mismo ha manifestado, para eso se necesitan estudios especiales y no creo que usted vaya a suponer que don Irene haya podido hacerlos en mayor número y mejores que los que los otros han hecho.

—Así será don Luis, pero a mí nadie me saca de la cabeza que los *dotores* de las ciudades serán muy buenos para cortar un brazo o una pierna, pero para esto de los *daños* no sirven para nada. Además, que yo he visto a un compadre mío leer un periódico, y en él decía que esos señores sabios habían descubierto unos bichitos de un nombre atravesado que producían enfermedades muy malas y ¡vea usted con lo que vienen a salir después de tantas cavilaciones!, con que hay males causados por los animales que se entran en el cuerpo. Pues eso ya mis abuelos lo sabían sin siquiera haber aprendido a leer y sin necesidad de inventar instrumentos para poder verlos, como han tenido que hacer estos señores.

—Bien veo don Pascual que es imposible convencer a usted de una cosa de que no quiere convencerse. En vano ven ustedes que estos pretendidos médicos no hacen otra cosa que vivir y divertirse a expensas de su credulidad, sin que hagan otra cosa que comprometer seriamente la salud y la vida de los infelices que se entregan a sus manos. Es verdad que a los médicos más eminentes se les mueren también algunos enfermos, porque al fin no son Dios, como tampoco la vida es eterna, pero en cambio, en la inmensa mayoría de

los casos, un estudio concienzudo y la práctica de ver enfermos vuelve a muchos la salud y vigoriza una vida que estaba próxima a extinguirse.

—¿Y por qué no le decimos a don Irene, cuando venga, a ver si quiere que mandemos por un *dotor* al pueblo? —dijo Felisa interrumpiendo la discusión—. De este modo, entre los dos, tal vez podrían salvarlo más fácilmente.

—Eso no sería posible —repuso don Luis— pues un verdadero médico, que sabe sostener su decoro profesional, no podría transigir en manera alguna con ningún farsante que, sin más estudio ni preparación que la que le presta su audacia, hace gala de una profesión digna por todos los conceptos de ser tratada con un poco más de respeto.

Los quejidos del enfermo llegaban de una manera distinta y perceptible a los oídos de los que afuera perdían el tiempo en una discusión inútil. Un murmullo confuso, como de palabras de consuelo, a falta de oraciones que elevar a Dios, se desprendía continuo, sin interrupción, de los labios de Misia Luciana. Agobiada por el ruido de aquella respiración estertorosa, dominada por el dolor de la inacción y esperando, con horrorosa impaciencia, la salida del espantoso animal que desgarraba las entrañas del compañero de su vida, recriminaba la tardanza de don Irene, el único que podía por entonces calmar siquiera la mortal angustia del enfermo.

En vano buscaba en su memoria una oración, una plegaria que fortaleciera su espíritu abatido. Jamás nadie se había preocupado de enseñarla a rezar y lo que hasta entonces le había parecido una cosa completamente innecesaria, lo consideraba ahora como manantial de efectos altamente consoladores. Una pintura representando a San Ramón era lo único que en aquella casa tenía algo de aspecto religioso, pero ésta se encontraba allí como huésped que se tolera y cuya vida y milagros ni se conocen ni importa conocer. Jamás ha pasado por la imaginación de estos seres que pudiera servir de intercesor en ninguna tribulación ni abatimiento del espíritu. La pegaron a la pared como podían pegar el retrato de cualquier ladrón o asesino vulgar. Ni una imagen del Crucificado. ¿Y para qué? La cruz sólo trae a sus memorias la idea del crimen cometido y de la última inmolación. Lejos de ver en ella el signo santo de redención y venerarla, la miraban como prueba constante de asesinato y, estremecidos de miedo, huyen de ella. Demasiado aferrados a la vida, tiemblan de espanto ante cualquier signo de la muerte. Sin idea alguna acerca del más allá, consideran la muerte como la desaparición absoluta del individuo, como el principio del no ser en las tenebrosas regiones de la nada.

VII

La llegada de don Irene hace circular como un soplo de esperanza entre todos los que esperan conocer el verdadero estado del paciente. Se dirigen hacia él, lo obligan a que se dé prisa. Hasta Felisa, dominada por febril impaciencia, se atreve a tomarlo de la mano para conducirlo con más ligereza ante el lecho de su padre. Sólo don Luis contempla, con mal contenido furor, tan espantoso cinismo ante tanta infantil credulidad, pero no puede hacer otra cosa que esperar.

Sin olvidar por un momento sus maneras afectadas, pausado en sus movimientos a pesar de las tracciones de Felisa, haciendo, como una honorífica distinción, un imperceptible saludo a los que esperan, penetra don Irene en la habitación, alrededor de la que parece dirigir investigadoras miradas. Se acerca al enfermo en cuyos ojos se leen súplicas desesperadas, observa las sábanas manchadas de sangre, el suelo materialmente cubierto de esputos sanguinolentos, escucha aquella respiración corta y fatigosa, aquella tos incesante, y absorbido al parecer en reflexiones profundas, mueve sus labios sin ruido, y parece buscar en el fondo oscuro de su memoria algún recurso supremo que si no salva al enfermo, deje por lo menos bien parada su reputación seriamente comprometida en este caso.

—¿Hicieron todo lo que yo les ordené? —exclamó al fin con rudeza.

—No señor, hasta ahora sólo han podido hacerse las fricaciones con la grasa de potro y la de comadreja, porque esto lo teníamos en la casa, pero las demás cosas ha tenido Gregorio que salir a buscarlas y hasta que venga, no nos es posible hacer nada.

—Precisamente han hecho lo que menos falta hacía y luego si se muere no ha de faltar quien diga que toda la culpa ha sido mía, que no lo he cuidado.

Un violento estremecimiento del enfermo, al que siguió una bocanada de sangre rosada y espumosa, arrancó gritos de terror a las dos mujeres que, con su instinto cariñoso, preveían una funesta terminación del ser querido.

Sentado en cama, con el cuerpo inclinado hacia adelante, empapadas las ropas en sudor, agitados los miembros por estremecimientos convulsivos, hacía poderosos esfuerzos por dar salida a palabras que a pesar suyo se anudaban en su garganta, rebelándose a sus deseos. Con el presentimiento de una muerte cercana, estrechaba las manos de aquellos seres queridos que lo rodeaban, fija en la puerta su mirada de agonizante, como tratando de buscar algo que le faltara en aquellos momentos de prueba decisiva. Su hijo, tal vez el preferido por ser el menor, no se encontraba a su lado, siendo

este pensamiento el que quizás hacía aparecer en su frente una arruga de más doloroso sufrimiento. Don Irene sacó un frasco de su bolsillo, vertió parte de su contenido en un vaso y lo aproximó a los labios del enfermo, que lo recibió en su boca haciendo inútiles esfuerzos por tragar hasta que una náusea violenta le obligó a arrojarlo por entre sus labios en forma de chorro pulverizado, mezclado con sangre y salpicando con él la cara y ropas del mismo que se lo propinaba, como una protesta enérgica contra aquella pócima de que en vano se esperaban resultados. No había podido tragarla y una segunda prueba, con idénticos resultados, siguió a la primera, lo que obligó a que don Irene exclamara irritado:

—Si hubieran sido más pronto para hacer las cosas, no sucedería esto. Ya veo que es inútil que la tortuga luche y haga esfuerzos por salir; no hay todavía ningún remedio que la ayude y por fin tendremos que acabar mal.

Estas palabras, pronunciadas con tono seco y brutal, llenaron de desesperada ansiedad al enfermo y a las mujeres de amargo y doloroso sentimiento. ¿Qué podían ellas hacer para tratarlas con tal dureza? No podían vigilar al enfermo y correr en busca de los remedios. Les había ordenado diez piojos por día y cuatro, que habían sido cazados entre los cerdosos cabellos de Misia Luciana, habían encontrado su muerte entre los dientes de don Anselmo, contra la que protestaron con un ruido especial y característico; le habían friccionado la espalda y las rodillas con las grasas requeridas, y si no habían hecho el resto era por haberles sido materialmente imposible por no tener a mano los elementos necesarios.

—Aquí está esto —gritó Gregorio desde la puerta, presentando a Felisa un corazón aún caliente chorreando sangre, y agregó: La cigüeña me ha sido imposible cazarla por no haber visto ninguna, pero ya les he recomendado a algunos que la busquen y andan campeándola provistos de escopetas.

Don Irene tomó la entraña que Felisa le presentaba, sacó su cuchillo de la cintura, hizo con él varias cruces y descubriendo el pie derecho del enfermo, introdujo el dedo grueso en ella, sujetándola con un pañuelo.

—Esperemos a ver si con esto es suficiente y no tenemos necesidad de la cigüeña, por más que yo creo que de todo tendríamos que echar mano para salir bien. Sigán vigilando con atención en tanto que yo salgo un rato.

Y separándose de aquel grupo de dolor, salió a reunirse con los que afuera estaban impacientes por tener alguna noticia cierta acerca del estado del enfermo. Una mirada penetrante cruzada rápidamente entre don Luis y don Irene, puso de manifiesto el estado poco amistoso de las relaciones que entre ambos existían, pero aquellos no eran momentos oportunos de discordia y

dominándose ambos, pudo don Irene satisfacer a las preguntas que respecto al enfermo se le hacían.

—Lo encuentro bastante mal —exclamó—, el poder del que le hizo el daño es, sin disputa, grande y, privados como nos hallamos de uno de los remedios más necesarios, mucho me temo que nada conseguiremos.

—Pues si usted cree eso —prorrumpió don Luis con mal contenido enojo— ¿por qué no les aconseja de una vez que vayan al pueblo a buscar un médico?

—Ni he sido yo, amigo mío, el que se ofreció para curarlo, ni tampoco seré el que impida que hagan lo que tengan por conveniente.

—Demasiado lo conocemos a *usté* don Irene —dijo don Pascual— y si el enfermo realmente tiene daño y *usté* no puede salvarlo, creo ningún otro *dotor* podrá hacer más que lo que *usté* haga.

—Aun no perdería del todo la esperanza si pudieran conseguir traerme pronto la cigüeña, cuya sustancia daría al traste con todo el poder de la tortuga; pero bien sé que estos animales son escasos.

Don Luis, don Pascual y Gregorio se acercaron a sus caballos como movidos por una misma idea. Si sólo en la cigüeña estribaba, era necesario buscarla donde quiera que fuera y salvar con ella la vida de don Anselmo. Recorrerían todos el campo, buscarían otros más que hicieran lo mismo y no habría laguna ni charco que no visitarían. Es verdad que don Luis no tenía fe en la eficacia del remedio, pero el afecto que sentía por el enfermo y sobre todo por Felisa, lo obligaba a poner todos sus esfuerzos en servicio de ellos; además que si conseguía apoderarse de la cigüeña, cosa por otra parte bastante difícil, pondría de manifiesto lo absurdo de aquella creencia general contra la que luchaba sin cesar, desde que habitaba aquellos puntos. Podía suceder también que la fe con que el enfermo tomaría el remedio, provocara en él una reacción favorable que devolviera la salud al enfermo y entonces tendría siempre en cuenta el celo y la actividad desplegada por él en beneficio de la entonces causa común en que todos estaban interesados.

—Haga todo el esfuerzo posible por sostenerlo —dijo por fin don Pascual—, en tanto que nosotros procuramos dar caza a la cigüeña.

Y montando a caballo se internaron en el monte en distintas direcciones, animados por el deseo de servir al amigo, y deseosos de conocer el resultado que don Irene se proponía con la saludable sustancia.

Verdad es que la caza presentaba serias dificultades, ya por ser escaso este animal, ya por sus condiciones esquivas, que lo obligan a tender el vuelo antes de que pueda aproximársele a una distancia conveniente para poder

hacer un tiro seguro. Pero irían aislados, de uno a uno, buscando los charcos y lagunas ocultos entre los árboles del monte. Se ocultarían con sus caballos y tal vez los espíritus buenos que don Irene tenía propicios les ayudaran en su empresa y entonces el éxito podía tenerse por asegurado.

Don Irene, en tanto, paseaba al lado de la casa, oprimiendo los billetes que ocultaba en el bolsillo de su bombacha, de los que no pensaba rendir cuentas, fumando un cigarrillo negro y absorbido en sus pensamientos de farsante. No quedaba la menor duda de que don Anselmo se moriría, pero esta muerte en nada perjudicaría su reputación de *dotor* de primer orden. Él había indicado los remedios indispensables a la curación y no sería culpa suya si no les era posible obtenerlos. Pudiera suceder que la suerte favoreciera los deseos de los expedicionarios y vinieran con la ansiada cigüeña, pero aún en este caso, siempre quedaría el recurso de la tardanza en conseguirlo, aparte de que sería sumamente fácil poner de manifiesto cualquier descuido por parte de las mujeres, del que se aprovecharía la tortuga para salir y escaparse sin ser vista ni sentida; así que tranquilizado bajo este punto de vista, hizo un repentino cambio de sus ideas que dilató su rostro con una sonrisa de esperanza. Una vez muerto don Anselmo quedarían solas las dos mujeres, pues para nada podía contarse por lo pronto con el hermanito, que ningún poder ni autoridad tenía en la casa. Felisa era joven y estaba dotada de esa belleza típica del indio, en que el cruce de las razas no dejaba sentir su influencia. Crédula por naturaleza y llena de veneración por el poder sobrenatural que reconocía en don Irene, fácilmente podría éste alucinarla y obligarla a ser la compañera de su vida llegando a ser él por consiguiente el dueño de aquel hermoso campo y de aquella multitud de vacas que esmaltaban aquellos lugares con los diversos colores de sus pintados cueros. Sólo una dificultad se ofrecía a su vista, pero ésta no era insuperable ni mucho menos para un hombre que tenía en sus manos las voluntades de todos los vecinos que poblaban aquellos montes. Don Luis, a quien Felisa parecía distinguir con esa especie de cariño, que en ella no venía a ser otra cosa que la aproximación instintiva de los sexos, quedaría en aquel instante fuera de combate gracias a los medios que él tenía en sus manos para poder hacerlo, y si la desgracia intervenía en el asunto y no era posible conseguirlo, aún quedaba Luciana con sus treinta y tantos años, su tez fresca y su condición de madre para ejercer la tutela, es decir, el poder omnímodo que él procuraría que recayera en sí, y entonces una oleada de satisfacción recorrió todo su cuerpo agitándolo en un estremecimiento de placer y, arrojando el cigarro y frotando sus manos con satánica delicia, penetró de nuevo en la habitación para cerciorarse del estado en que se encontraba no tanto la salud

de don Anselmo como la realización de los planes concebidos por él pocos momentos antes.

Sentado en una silla a la cabecera de la cama espiaba con atención, más que las contracciones de dolor que agitaban la cara del moribundo, los ojos de Felisa entre cuyos parpados brillaba una lágrima próxima a deslizarse. Quebrantada por el dolor, rodeada de esa aurora que presta la inocencia, había en todo su ser un algo que impresionaba vivamente y la convertía en interesante. Misia Luciana en su rabia impotente dejaba escapar de su pecho más que el quejido del alma abatida en su aislamiento, el rugido salvaje de la leona, que encuentra destrozado al compañero de su existencia. Hermosa en la majestuosa sublimidad de su fiera, sus ojos húmedos parecían fulminar no sé qué seres ocultos a quienes evidentemente atribuía la causa de tamaño desastre. La horrible verdad iba penetrando poco a poco y abriéndose paso a través de su cerebro enloquecido, y presa de un ansia infinita causada por su dolor desesperado, gemía asida a don Anselmo, como pretendiendo escudarlo con su cuerpo contra los ataques que ocultamente se le dirigían.

—Es de todo punto necesario —dijo don Irene con cierto aire de vacilación— que nadie penetre en la habitación, y aún sería conveniente alejar de la casa ciertas personas cuyo sospechoso interés deja mucho en qué pensar.

—Nadie hasta ahora, más que nosotras —contestó Misia Luciana— ha penetrado aquí, como usted nos lo previno, y respecto a todo lo demás que haya necesidad de hacer, nosotras obedeceremos lo que usted disponga que se haga.

—Yo lo decía solamente porque afuera he visto alguno que tal vez por un interés puramente particular, pueda, si no haber sido él mismo el causante, haber influido directamente en la enfermedad de don Anselmo y siendo esto así, ustedes comprenderán que no sería justo que se aproximara siquiera a la casa en que se sufren las consecuencias de su mal proceder.

Misia Luciana y Felisa miraron con verdadero asombro a don Irene. Por las palabras anteriores venían en conocimiento de que él sabía o por lo menos sospechaba quién fuera el autor o el causante del daño y siendo esto así ¿qué esperaba que no entregaba su nombre a toda la abominación y a todo el furor de aquellas dos mujeres que, teniendo en perspectiva una presa en quien desahogar su rabia, parecían sentirse más aliviadas del horrible peso que las abrumaba?

—Díganos don Irene —rugió Misia Luciana— quién es el infame culpable de todos estos tormentos y le prometo que guardará recuerdos de mí.

Don Irene, asustado ante la exaltación de aquella mujer, herida en la fibra más sensible de su corazón, no tuvo el valor suficiente para pronunciar el nombre que odiaba y que sin embargo sería comprometido, pues no se le ocultaba que Misia Luciana, en la locura de su desesperación, le diría quién era el denunciante al pretender arrojarlo de su casa, así que tratando de calmar en lo posible la tormenta que ya era inminente balbuceó, más bien que pronunció, algunas palabras.

—El individuo a que yo me refería no es seguramente el causante directo del daño, pero como yo sé que tiene en la casa ciertas relaciones que pudieran despertar sospechas, no dejaría de ser bueno tratar de alejarlo un poco de estos lugares, aun cuando no sea más que mientras don Anselmo sigue grave. Por lo demás, libreme Dios de suponer que don Luis, por mucha afición que tenga a lo que es de ustedes, fuera a...

—¡Don Luis! —exclamaron a una las dos mujeres en tanto que el enfermo abría desmesuradamente sus ojos—, debe usted estar equivocado.

Don Irene comprendió que el terreno no estaba suficientemente preparado y que había dado un golpe en falso, así que disponiéndose a la retirada.

—No me han comprendido —continuó— don Luis, como saben muy bien, es uno de esos incrédulos, siempre perjudiciales, que minan con sus palabras la fe de los mejor dispuestos y nada tendría de particular que, así como mi presencia aumenta el poder de los buenos espíritus que me son favorables, así la presencia de él pudiera aumentar, aunque estoy bien seguro que muy en contra de su voluntad, la fuerza de los malos que atormentan a don Anselmo. Tal vez tengan que sufrir algo con su separación —añadió, fijando en Felisa una mirada impertinente— pero tengan en cuenta que esto no será más que mientras dure el estado de gravedad de don Anselmo, pues en cuanto éste pase, puede volver sin inconveniente.

—*Mama*, aquí le traigo esta grasita de iguana que me dio don Fulgencia para que lo *fricasen a tata* —dijo, penetrando rápidamente en la habitación, un muchacho como de unos once años y que era, a no dudarlo, el hermano de Felisa.

Las dos mujeres miraron con terror al muchacho que indiscretamente había violado la consigna de don Irene, que a su vez lo vio con disgusto toda vez que venía a interrumpir la conversación que pensaba conducir a feliz término. Los ojos del enfermo brillaron con una especie de gozo íntimo al contemplar, quizás por última vez, aquella carne de su carne, que se desarrollaba fuerte y vigorosa en tanto que él caminaba a las regiones del no ser.

VIII

Ya estaba reunida toda aquella familia, que constantemente había vivido en la apacible tranquilidad de la selva, sin ocurrírseles pensar en que podía llegar un día de terrible separación. Una lágrima que reconcentraba en su brillante limpidez todos los recuerdos del pasado y todos los terrores de un porvenir incierto, rodó en silencio por la tostada mejilla de don Anselmo, y reconcentrando toda su exigua vida en un supremo y poderoso esfuerzo de su voluntad, aproximó a su pecho aquellas tres cabezas queridas, medio ocultas por la sombra que principiaba a extenderse sobre su vista, y ahogado por la emoción, torturado por el dolor y casi asfixiado por el estertor que asemejaba a su pecho a una olla en ebullición, en un lamento desgarrador.

—¡Así! —exclamó—. Y un vómito espantoso de sangre roja, con la que empapó aquellas tres cabezas, haciéndolas recibir aquel bautismo de sangre tibia que los preparaba a entrar de lleno en la senda del dolor, cortó la palabra en sus labios antes de que pudiera dar forma a la idea, última manifestación de un espíritu que se escapa y de un cuerpo que se desorganiza. Aquel vómito fue seguido por otro y otro más violentos, hasta que por fin una contracción horrible lo arrojó sobre el lecho, cubierta la frente de sudor frío, los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en un punto invisible, como asustado de conocer los secretos de ultratumba, las manos yertas obedeciendo a la acción de la gravedad, todo el cuerpo inmóvil, con esa aterradora inmovilidad de cadáver, dejando escapar por entre la comisura izquierda de sus labios un imperceptible hilo de sangre que empapaba la almohada.....

El furioso galope de un caballo dejóse percibir claramente y una voz varonil que desde la puerta gritaba: —¡Aquí está la cigüeña!

Nadie contestó a estas palabras que momentos antes hubieran sido anuncio de esperanza. Las mujeres contemplaban el cadáver en silencio, sumidas en un estupor inconsciente, el niño suspiraba en silencio y don Irene, con la cabeza inclinada sobre el pecho, recitando aún sin duda algunas de aquellas palabras que lo hacían omnipotente y no queriendo turbar aquel dolor mudo, tanto más intenso cuanto que no encontraba desahogo, se dirigió a la puerta donde encontró a don Luis con la cigüeña cogida de las patas, arrastrando en el suelo el largo pico, cual si allí creyera encontrar algún insecto o algún reptil con que calmar su apetito.

—¡Demasiado tarde! —exclamó don Irene con voz dura e irritada.

—Ya me lo suponía —replicó don Luis, arrojando al suelo aquella nueva víctima de aquel farsante sin conciencia a quien titulaban *dotor*.

Don Luis penetró en la habitación lleno de religioso respeto e iba a dar principio a una oración cuando las dos mujeres, volviéndose al sentir su presencia, cual si hubieran sentido el choque de una pila eléctrica:

—¡Usted aquí! —exclamaron.

—Por desgracia demasiado tarde —respondió don Luis—, hartos me pesa de ello, pero no me ha sido posible venir antes.

Las palabras de don Irene sembrando la duda aparecieron en la mente de aquellas infelices, sumidas en la inmensa amargura de una separación eterna, y ya sus labios se entreabrían para apostrofar duramente a don Luis, cuando éste dominado de un profundo respeto:

—¡Arrodillémonos y oremos! —exclamó.

¡Orar! ¿Y qué iban a orar ellas, que jamás habían visto como esto se hacía? Harto tenían con derramar lágrimas y maldecir al causante de tal desgracia. Don Luis, puesto de hinojos, murmuraba algunas de las oraciones aprendidas en la infancia y que fueron las únicas preces elevadas al Eterno que acompañaron a aquella alma desgarrada por el dolor.

FELISA

I

SON las once de la noche y masas informes de nubes pardas ocultan la luna en su plenilunio. Entre la casa de tablas, el galpón y la cocina vense de vez en cuando atravesar, como esfumadas en la semi-oscuridad, algunas personas que en silencio se dirigen al galpón, en cuyo centro y en un cajón bien primitivo, yace inerte el cuerpo de don Anselmo iluminado por algunas velas de sebo cuya llama temblorosa se refleja en las caras de varias personas de ambos sexos que, reunidas en torno de aquellos rígidos despojos, toman mate a la vez que escuchan historias de daños y aparecidos, que no falta quien se entretenga en referir. No son el dolor ni el pesar las notas dominantes de aquel conjunto de seres reunidos allí a objeto de tributar los últimos honores, los postreros adiós, al que desaparece de la escena de la vida, más bien parece que, todos filósofos, procuran aceptar las cosas tal como vienen y en alejar de sí mismos en todo lo posible un sentimiento que seguramente no devolvería ni una sola pulsación a aquel corazón que había dejado de latir, ni una sola chispa de luz a aquel cerebro convertido en una masa informe de elementos que empezaban a disgregarse.

Si la muerte ha tendido sus sombrías alas sobre aquella mansión, la vida en cambio parece aferrarse más y más en aquellas personas que aun ante la imponente severidad del cadáver encuentran motivos de alegría y pasatiempo. Al lado del pasado, con su cortejo de recuerdos, vislumbran el porvenir con su séquito de ilusiones y de alegres esperanzas.

En el interior de la casa, Misia Luciana en una de las camas deja escapar de vez en cuando algunos gemidos que en vano trata de ahogar con el embozo de la sábana. Don Pascual y otra vecina contemplan en silencio aquel dolor mudo, cuyas manifestaciones se reducen a sollozos mal contenidos, pero que salidos de lo más íntimo de su ser esparcen una atmósfera de sombría tristeza en aquella habitación apenas iluminada por la vacilante llama de una vela de sebo. Aún cerca de la cama permanece el balde con el agua

que debía atraer a la malhadada tortuga y en su superficie vese flotando como un recuerdo del que se fue, un esputo cuyo color rojo va perdiéndose poco a poco entre aquella agua de color terroso.

A corta distancia de la cama, oculta en la penumbra que la envuelve como un sudario de dolor, está sentada Felisa, velada su cara con sus manos, inclinada la cabeza a la que forman como una especie de marco sus negros cabellos en desorden, profundamente abatida por el primer disgusto serio que ha experimentado en su vida, sorda a las súplicas de don Luis que a su lado le suplica que se acueste y, al parecer, insensible a todo cuanto la rodea. Hubiérase tomado en medio de aquella semi-oscuridad por un montón de ropas arrojadas allí al acaso, si la respiración fatigosa y que se percibía de una manera distinta no indicara la presencia de un ser que vela dormitando. Don Luis hace cuanto buenamente está de su parte por deslizar en sus oídos algunas palabras de consuelo; pero aquella voz suave que no alcanza más allá del grupo formado por los dos, se estrella contra el salvaje sentimiento, que si no conmueve las fibras delicadas del espíritu, desgarrá duramente las misteriosas afinidades del instinto. Constantemente a su lado desde el momento fatal, trata de defender heroicamente aquel corazón, que quizás le pertenece, de los ataques del dolor, como trataría un soldado pundonoroso de defender un jirón de su bandera contra los ultrajes de un extranjero invasor. Quizás sus corazones se unen en un sentimiento común, pero ¡qué diversidad en los pensamientos que esos instantes agitan sus cerebros! La muerte, envuelta en su sombrío manto de separación eterna, y la vida, adornada con su aureola brillante de esperanzas e ilusiones; un inmenso mar de lágrimas en que se anega el corazón dolorido y un cielo sin fin de sonrisas, en que se dilata el ser tranquilo y satisfecho. ¿Qué resultará de este choque de pensamientos encontrados? Lo que es natural y lógico en la naturaleza humana: que armada la alegría con la poderosa piqueta del olvido, terminará por destruir aquel pesar cuyos cimientos carecen de solidez.

II

Entre las ramas de un tala centenario, en una isleta formada por el Gualguay mécese blandamente a impulsos del viento pampero que lo agita, el cajón que contiene los restos del que un día era propietario de aquellos campos que siguen siempre reverdeciendo, de aquellos montes cuyos árboles de una longevidad inapreciable siguen¹⁷¹ modulando algo como conversaciones

¹⁷¹ En el original encima de «siguen» aparece la palabra «continúan», como una posible alternativa a la primera (*Nota del editor*).

misteriosas de seres invisibles y de aquellos animales que pastan tranquilamente, olvidados sin duda del poderoso alarido que los sacaba aterrados de sus ocultos escondrijos. Allí yace don Anselmo, en una sepultura cuya bóveda la forma el Cielo querido de la Patria y cuyo suelo es la inmensa extensión de aquellos campos tantas veces recorridos y cuyas suaves ondulaciones guardan la historia de su vida. ¡Digno panteón del que en vida no conoció más mundo que lo que abarca el horizonte que muerto lo rodea! Algunos caranchos, atraídos por el olor de la carne putrefacta, hacen constante centinela en las ramas inmediatas, no faltando alguno más atrevido que dominado por su voraz apetito vaya a clavar sus garras inútilmente en las duras tablas del cajón. El concierto armonioso de la Naturaleza entera forma el coro de oraciones elevadas en su sufragio y la lluvia, desprendida de los jirones de nubes que vuelan en el espacio, es el agua bendita que rocía aquellos despojos humanos. Dícese que en ciertas noches de calma, una luz blanquecina que sale por entre las junturas de las tablas recorre vacilante la distancia que media entre la isleta y la casa de tablas, sobre cuyo techo descansa, hasta que avergonzada sin duda de la claridad del día, desaparece sin saber cómo ni por donde. Estos extraños viajes de la luz, repetidos de tiempo en tiempo, por más que ninguno haya podido ser testigo presencial de ellos, tiene en violenta conmoción a los vecinos de aquellos puntos, a pesar de que todos ellos se hallen provistos de amuletos de virtud probada, ideados con ingenio por don Irene. Nadie es bastante osado a aproximarse durante la noche al trayecto recorrido por la luz, y aun la casa es objeto de cierto temor supersticioso que aleja por completo a los más tímidos y obliga a ser retraídos a los que tienen más valor. Don Irene, en su calidad de médico de la casa y familiarizado por un don especial con los buenos espíritus que recorren la selva y cuya protección lo pone a cubierto de las asechanzas de los malos, visita la casa con frecuencia, ya para afianzar más y más la salud de los que la habitan, ya para continuar la prosecución de un plan concebido en buena hora para él y que lo llevará a la posesión pacífica y tranquila de todo lo que un día perteneció a don Anselmo.

El aire de disgusto que se desprende de todo el ser de Felisa al sentir su aproximación le obliga a ceder por esta parte en sus ataques, aunque no a renunciar a ella por completo. El tiempo y el aislamiento, que poco a poco va haciéndose sentir a su alrededor, irán dominando paulatinamente aquel corazón salvaje que por fin se entregará sin condiciones y hasta agradecido de hallar un refugio y sostén en el que él ya varias veces le ha ofrecido. Don Luis, en cuyos ojos bebía ella todo un torrente de goces desconocidos, había sido alejado de la casa merced a las maquinaciones de don Irene, que había

conseguido convencer a *Misia* Luciana, sino de que había sido él el causante del daño de que fue víctima don Anselmo, por lo menos que con su incredulidad y por consiguiente su relación con los malos espíritus, había contribuido en gran manera a que el resultado fuera funesto como no era de esperar. En vano Felisa se esforzaba en demostrar su amistad con don Anselmo y el celo y actividad desplegados en la caza de la cigüeña, siendo él el único que había conseguido traerla; sus esfuerzos se estrellaban contra la astucia de don Irene que prevalido de su autoridad de *dotor* y del inmenso dominio que ejercía sobre aquellos espíritus supersticiosos y convenientemente preparados a lo maravilloso, trataba a fuerza de criminales inculpaciones de derrocar aquel poder que frente al suyo se levantaba y crecía en formidables proporciones. Nada había podido conseguir con Felisa y por esto había herido con sagacidad el lado débil de *Misia* Luciana. Aquella luz que se desprendía del cajón y que vigilaba la casa, ¿no era una protesta, aunque muda, elocuente contra la incredulidad de don Luis? y ¿qué menos podía hacer ella, en memoria de su difunto esposo, que desterrarlo de allí evitando de esta manera males mayores? Indudablemente la sentencia de don Luis estaba pronunciada y su fallo inapelable debía cumplirse sin restricciones.

Dos días habían pasado desde la muerte de don Anselmo cuando una tarde apacible como las ilusiones que don Luis acariciaba, llegó a la casa con ánimo decidido de ser expresivo en sus manifestaciones, lo que traería como consecuencia lógica un cambio de pensamientos en aquellos cerebros atormentados todavía por el dolor de la separación. El aspecto severo de la viuda, más acentuado por las palabras próximas a brotar de sus labios, hizo que don Luis, después de los saludos de práctica, no se atreviera a interrumpir aquel silencio que parecía ser precursor, si no de una escena violenta, por lo menos de algún incidente harto desagradable.

—Bien sabe usted don Luis con cuanto cariño se le trató siempre en la casa —dijo por fin *Misia* Luciana— y cuánto le apreciaba el difunto. Esto a mi vez sería motivo más que suficiente para que usted lejos de contribuir a la desgracia que nos aflige, fuera uno de los más empeñados en separarla de esta casa que podía considerar como la suya. Usted, que sin duda conocía al que hizo el daño a mi Anselmo, no ha querido descubrirlo para obligarle a deshacerlo, creo no debiera pisar más una casa cubierta de un luto que se pudo evitar muy bien.

Verdaderamente aterrado don Luis por este metrallazo a quemarropa, cuando menos se lo podía esperar y cuando más de una vez había creído demostrar el afecto profundo que sentía por toda aquella familia, en vano trataba de darse cuenta del porqué de aquella manifestación hostil.

Ignorando por completo el plan diabólico concebido por don Irene y puesto ya en obra según podía juzgarse por la actitud de Misia Luciana, estaba indeciso sobre a quién debía atribuirle la causa de aquel contratiempo. No se le ocultaba que el celebrado *dotor* lo miraba siempre con cierta prevención agresiva, pero estaba lejos de suponerlo capaz de una intriga de aquella naturaleza, así que aturcido por aquella salida de tono, embrolladas sus ideas y un tanto sublevada su dignidad personal, exclamó dirigiéndose a Misia Luciana:

—¡O no he comprendido bien lo que usted ha querido decirme, o son tales las inculpaciones que se me dirigen que buenamente, ni por decoro propio, debo tratar de defenderme de ellas! Crean ustedes en buena hora en daños, aparecidos y en cuantas tonterías sean más de su agrado, pero déjenme a mí vivir tranquilo y no me quieran hacer responsable de cosas que al ver la fe con que las aceptan por completamente ciertas, no pueden menos de inspirarme un profundo sentimiento de lástima, viendo la explotación infame de que les hacen víctimas personas más infames aún y que las conducen hasta el inconcebible absurdo de entregar las vidas en manos que debieran ser cortadas, por pertenecer a asesinos sin conciencia. Ignoro quien haya podido ser el malvado que desde la sombra dirige contra mí tales ataques, pero quien quiera que sea, desde ya puedo asegurarles que no pasa de ser un miserable calumniador; sin embargo, esto no quita para que si usted cree que el llegar a esta casa pueda ser motivo de disgustos, por más que para mí lo sea, y grande, el no volver a ella, desde ya me retiro si usted me manifiesta que tal es su deseo. No deseo¹⁷² saber tampoco quien es el autor de esta intriga, sólo le suplicaría le dijera que le desprecio tanto como despreciarse puede a un malvado.

Y sin esperar más salió precipitadamente de la casa, montó a caballo y se internó en el monte, tal vez decidido a no volver más a aquella casa donde tan mal apreciaban los esfuerzos hechos por conservar su amistad.

III

Felisa, que en todo este tiempo no había desplegado los labios, escuchando con asombro aquellas acusaciones de que ella jamás se haría responsable y aquella especie de defensa, hecha en tono arrogante, que probaba, por lo menos a sus ojos, la ninguna culpabilidad de don Luis, sintió a la partida de este algo como un desgarramiento interior de todo su ser que la obligó

¹⁷² En el original encima de «deseo» aparece la palabra «pretendo», como una posible alternativa a la primera (*Nota del editor*).

a prorrumpir en amargos sollozos. En vano pretendió hablar para manifestarle que ella protestaba, tanto contra aquellos cargos como contra las medidas adoptadas por Misia Luciana. ¡Si ella por lo menos supiera escribir para poder decirle que el causante de todo era don Irene! Sí, don Irene, que había tenido la audacia de aproximarse a ella pretendiendo... vamos, que esto era horroroso. Después de haber dejado morir al padre, porque ahora no le quedaba duda alguna de que don Luis tenía razón para aconsejar que se trajera un médico del pueblo.

¡Oh, si ella viera entonces las cosas tan claras como ahora aparecían a su imaginación! Pero el mal ya no tenía remedio y había que resignarse. En fin, que todo se lo perdonaría, si no hubiera cometido esta última canallada. ¡Hacerlo echar a don Luis! que era el más bueno y el mejor de cuantos hasta entonces había conocido! Esto sí que merecía un odio eterno y una guerra a muerte, guerra sin cuartel, sin tregua, con todo el enseñamiento encarnizado de la tigre que se apodera del que dio muerte a sus cachorros. Sí, ahora verían lo que era la leona de la selva cuando se la interrumpía bruscamente de su sueño sosegado. Pero sería necesario hallar a don Luis, convencerlo de que ella no creía en ninguna de las fábulas de don Irene, sacarlo del error en que estaría, suponiéndola cómplice de aquel malvado y que desde ahora odiaba con todo el odio posible de amontonar en un corazón humano. Pero ¿cómo hacerlo? Mandarlo a su hermano para darle aviso no era posible, porque éste terminaría por descubrir su secreto y entonces sería imposible que pudieran encontrar una oportunidad favorable para verse y poder decir todas las cosas que tenía necesidad de decirle. ¿Servirse de otra persona? ¡Eran tan pocas las que llegaban a la casa desde que se tenía noticia de los extraños paseos de la luz misteriosa! Y aun estas pocas se presentaban por lo regular acompañadas de don Irene, lo que hacía imposible el poderles encargar de semejante comisión. ¿Y el peón de la casa? No, esto sería poner decididamente las manos en las brasas. Don Irene ejercía sobre él, así como sobre casi todos los vecinos que los rodeaban, una influencia decisiva que no vencerían ni dádivas ni promesas. Ahora sí comprendía todo lo amarga que era la soledad en medio de la gente que la rodeaba. En su punzante desaliento, llegó hasta pensar en huir de la casa para buscar a don Luis. ¿No sentía ella por él todo el entusiasmo y toda la misteriosa atracción que dicen constituye el amor? Quería a su padre y aún tenía por su memoria cierto cariñoso respeto que la obligaba a ponerse muy triste cada vez que pensaba en que no volvería a verlo, pero esta tristeza era nada comparada con la inmensa desesperación que le producía el pensar que don Luis tal vez no volvería a su lado y, lo que era peor aún, que podría llegar hasta a creerla

culpable de aquella expulsión que daría la mitad de su vida por evitar. Varias veces había intentado defenderlo y convencer a Misia Luciana de lo injusto de su proceder, pero ésta, no queriendo escuchar más razones que las que don Irene exponía, la había escuchado primero con calma, aunque sin tener en cuenta nada de todo lo que le decía, hasta que por último, aburrida con sus reproches que calificaba de sandeces, terminó por prohibirle terminantemente el hablar de un asunto que revelaba falta de cariño hacia ella y poco respeto por la memoria de su padre, cuyos restos aún se estremecían a la sola idea de que pudieran admitir en la casa a aquel descreído extranjero que se reía descaradamente de sus creencias transmitidas y guardadas de padres a hijos desde muchos siglos atrás.

Sorda la madre a sus lamentos, su pensamiento reconcentrado en sí mismo, no reposaba un momento hasta dar con un medio que le permitiera dar un desahogo a aquella pasión a duras penas reprimida, lo que la obligaba a desmejorar visiblemente. La palidez enfermiza y unos grandes círculos amoratados que rodeaban sus negros y hermosos ojos, llegaron a despertar por fin la atención de don Irene, que en vano hizo sobrehumanos esfuerzos para conseguir una confesión de lo que sentía. Encerrada en un obstinado mutismo, rechazaba con disgusto todas aquellas atenciones de que procuraba rodearla, rehuyendo sobre todo la presencia del abominable *dotor* que ya se disponía a entrar de lleno en sus funciones de tal. La palabra *daño* fue de nuevo pronunciada en aquella casa y ya era cosa evidentemente probada que ningún otro que don Luis podía ser el abominable causante de él.

Un enérgico estremecimiento conmovió todo el ser de Felisa al escuchar estas palabras y una sublime mirada de desprecio salió de aquellos ojos brillantes para posarse sobre don Irene, dispuesto a hacer sus signos cabalísticos y a recitar aquellas misteriosas palabras cuyo efecto estaba suficientemente probado. Sólo una dificultad, que no dejaba de ser seria, se presentaba y era que Felisa no tenía ya fe en sus sortilegios ni aceptaría de buen grado los remedios que deberían proponérsele, para combatir aquella *pensión*, consecuencia natural del daño, que a no combatirla pronto acarrearía seguramente desagradables consecuencias. Misia Luciana, para quien hasta entonces habían pasado desapercibidos los suspiros de Felisa, sin dar importancia alguna a aquel aislamiento a que voluntariamente se condenaba, sintió de pronto renacer en su pecho todo el cariño de madre ante las palabras de don Irene que parecían anunciar un peligro tal vez próximo, y sin dejar de maldecir a don Luis, a quien consideraba culpable de todos estos trastornos, procuraba rodear a Felisa de todos aquellos cariñosos cuidados que sólo pueden ocurrírseles a las madres que ven a sus hijos en peligro. Jamás se le

hubiera imaginado el pensar que todas aquellas atenciones acompañadas de palabras de odio hacia don Luis pudieran ser otras tantas puñaladas que recibía el corazón de su hija y que lejos de calmar su excitación, la irritaban más y más.

—Será preciso —dijo un día don Irene— obligarla a que pasee y darle en el mate los remedios que rehúsa tomar, y así podremos curarla sin que se dé siquiera cuenta de ello.

Misia Luciana aprobó sin discusión la idea que le pareció excelente y desde entonces no cesaba de instarla a que saliera, no pudiendo conseguir otra cosa, que alguna vez fuera a *dar vuelta* a la *majada*. Sospechando sin duda alguna cosa, que no podía ser nada buena, Felisa se negó rotundamente a seguir tomando mate, bajo pretexto de que no le sentaba bien, siendo la verdadera causa de ello el haber notado en él cierto sabor desacostumbrado, que probaba que no era sólo yerba lo que el mate contenía. Visiblemente desmejorada de día en día, sin que súplicas ni amenazas pudieran conseguir otra cosa que exasperar su carácter, que se había hecho violento e irritable.

IV

Eran las seis de una tarde de verano y la tierra, caldeada por los rayos de un sol demasiado intenso, desprendía de su seno ese vapor caliginoso que ejerce sobre los seres una acción de malestar indefinible que nada consigue calmar. Un fuerte viento del Norte, semejante a llamaradas salidas de las bocas de inmensos hornos en ignición, arrastraba a su paso nubes negras irisadas de rojo, cual gigantes que en ruda batalla se hubieran revolcado en la sangre de sus víctimas y trataran de huir con espanto de aquella atmósfera de fuego. Sólo la *chicharra* entre los ñandubays despedía su chirrido monótono y desagradable, mientras que los demás animales se revolcaban desesperados en el lodo de las charcas. A la puerta de la casa de tablas, Felisa, sentada en una silla, echaba hacia atrás la cabeza, la boca abierta, las alas de la nariz fuertemente dilatadas, aspiraba con fuerza aquella corriente de aire que encendía su sangre, ponía a sus nervios en una tensión violenta y hacía cruzar por su cerebro ideas absurdas de espíritus encarnados en hombre, de hombres convertidos en espíritus, entregados a una danza infernal que giraban en torno de un ser cuyas expresivas y bondadosas facciones le eran bien conocidas. Si, era don Luis aquel ser que desde la altura parecía tenderle una mano cariñosa para arrebatarla en el torbellino de aquella danza. Un intenso relámpago, rasgando las nubes en zig zag y comunicando a la atmósfera cierto olor característico, al que siguió de cerca un trueno horroroso, cuyo fragor

imponente fueron repitiendo los ecos de la selva hasta perderse a lo lejos en un rumor silencioso, vino a despertar a Felisa del desvarío en que se hallaba sumergida. Un grito de espanto salió de su garganta al contemplar, no lejos de donde estaba, uno de los corpulentos y seculares ñandubays, desgajadas sus ramas y abatida la orgullosa altivez de su vetusta copa por el rayo que acababa de herirlo y, desatinada, fuera de sí, dominada por el terror, corrió y corrió por entre el monte, sin dirección fija, dejando a su paso jirones de sus ropas desgarradas, azotada por las fuertes gotas de agua que empezaban a caer, el cabello en desorden, la respiración anhelante y siguiendo al parecer con su mirada algún ser invisible que la guiaba a través de aquel laberinto que la atraía con una fuerza irresistible, hasta que por fin exánime, falta de fuerzas para continuar aquella desenfrenada carrera, cayó sin conocimiento sobre el campo cubierto de agua por la lluvia que ya caía a torrentes.

V

Como a dos leguas próximamente de la casa de Felisa existía una pulpería de la que era propietario don Luis y en la que hacen sus negociaciones comerciales vecinos de unas tres leguas de radio. Casi siempre concurrida por los ociosos que encuentran en ella un agradable pasatiempo y por los que por sus asuntos particulares se ven en la necesidad de hacerlo, deja suponer fácilmente que los beneficios a fin de año son muy dignos del trabajo que para atenderla es necesario emplear. Además, el carácter jovial y decididor de don Luis, unido a ese desprendimiento oportuno que caracteriza a los grandes comerciantes, hace extender más y más sus simpatías, obligando a que se den al olvido sus ideas poco en armonía con las creencias supersticiosas del paisano, excesivamente apasionado de lo maravilloso y de todo lo que tiene un marcado sabor a lo sobrenatural. Si alguna vez llega a tener lugar alguna fuerte discusión sobre este punto, una copa de *archi-cristiana* caña ofrecida con oportunidad, vuelve las cosas a su lugar y la amistad parece estrecharse más y más.

Un dependiente, hechura de don Luis, comparte con él las faenas de la casa, sin que puedan vanagloriarse de tener muchos momentos de ocio, mucho más teniendo en cuenta las continuas salidas que es necesario hacer a las estancias vecinas en calidad de acopiador de frutos del país. Como a las ocho de la noche de aquel día en que Felisa aterrorizada y fuera de sí salió de la casa sin dirección determinada, a través de la puerta mal cerrada de la pulpería salían al exterior algunos rayos de luz, a la vez que podía escucharse el murmullo de dos voces que en el interior sostenían una animada

conversación. Eran don Pascual, que sorprendido en aquel punto por la tempestad, no se había atrevido a arrostrar sus rigores y el dependiente que, en espera de don Luis, no había cerrado aún la casa como acostumbraba a hacerlo poco antes de anochecer. La lluvia había cesado, pero el ruido lejano de algunos truenos parecía anunciar solamente unos momentos de tregua. Los rayos de luna atravesaban a duras penas aquellas nubes pardas, que semejantes a inmensas telas de araña colgadas del cielo, parecían encerrar entre su trama algo como sordas amenazas próximas a pasar a vías de hecho. Dominando el ruido producido por el chocar del viento contra las ramas, percibióse distintamente el galope de un caballo que se aproximaba y que puso en movimiento a los perros de la casa. El dependiente abrió la puerta de la pulpería y los rayos de luz dieron de lleno en el rostro de don Luis que en ese momento detenía su caballo, cuya respiración agitada probaba la rapidez de la carrera y lo extraordinario del peso que conducía. Efectivamente, los asombrados ojos del dependiente y de don Pascual pudieron ver que don Luis traía por delante algo que por su traje parecía mujer, pero que carecía en absoluto de movimiento. No tardaron en reconocer a Felisa que cubierto el rostro de cadavérica palidez, desgarradas sus ropas, señaladas sus carnes por las aceradas puntas de las espinas, dejando apenas sentir su débil respiración, más parecía una víctima inmolada en las sombrías soledades de la selva que un ser del que se esperaba aún una vida de feliz esperanza. Aunque no con muy buena voluntad, don Pascual ayudó a trasportar aquel cuerpo inanimado que cuidadosamente fue colocado en un catre en la misma pulpería, cuyas puertas fueron cerradas inmediatamente.

—Ignoro lo que pasó —exclamó don Pascual con severidad—, pero no me parece que es obrar bien el arrancar de este modo una joven del seno de su familia.

—Es demasiado aventurado, don Pascual, el acusar o recriminar a una persona antes de conocer la realidad de los hechos o los descargos que tenga que hacer en su defensa. Bien veo que por su imaginación cruza la idea de un rapto hecho por mí y que sublevada su honradez lo obliga a censurar una acción que tal vez más tarde le parezca digna de elogio.

—Jamás podrá parecerme tal la seducción de una joven, por más que ésta en su locura pueda hallarse propensa a olvidar lo que debe a su familia y lo que se debe a sí misma. Si algún error ha cometido, que pueda parecer una injusticia, otros medios hay de deshacerlo sin apelar a las medidas violentas de que jamás puede esperarse buen resultado.

—Hasta ahora no me ha dejado usted referir los acontecimientos tal como han tenido lugar y por esto disculpo la severidad de sus inculpaciones;

pero tenga un poco de calma; escuche con paciencia y por fin dígame lo que usted mismo haría en un caso semejante. Como sabe usted ya, la necesidad me obligó hoy a salir a fin de reunir lo más pronto posible unos frutos que tengo que mandar al pueblo. Previendo que la tormenta quizás me agarrara en el camino, corrí sin descanso durante todo el día a fin de recorrer el mayor número posible de casas que tenían compromiso de entregarme algunos cueros. La noche se acercaba, y la tempestad se me venía encima por momentos, pero yo tenía absoluta necesidad de regresar hoy a casa y poco podía importarme una mojadura más o menos, así que monté a caballo en lo de don Aniceto y emprendí el galope dando una pequeña vuelta para no pasar cerca de la casa de don Anselmo, pues bien sabe usted que, desde el día en que tuvimos aquel disgusto con Misia Luciana, he procurado en todo lo que me ha sido posible evitar el acercarme a ella. De pronto, un trueno espantoso asustó a mi caballo que huyó por entre el monte sin dirección fija y sin que yo pudiera contenerlo. El agua principió a caer con fuerza y la violencia del viento, aumentada por la veloz carrera del caballo, me obligó a que pensara más en encomendar mi alma a Dios, en vista de una muerte segura, que en tratar de evitar el encuentro de los árboles que podrían producírmela. Mucho tiempo había que no había rezado, pero en esos momentos todas las oraciones y plegarias aprendidas en mi infancia salían del fondo de mi corazón en inmensas oleadas y se desprendían de mis labios impregnados en una fe ciega en la protección de un Dios al que erigí un templo en mi conciencia y un altar en mi corazón. No sé cuánto tiempo corrí de esta manera, cual si hubiera abierto un túnel en la oscuridad y por él me hubiera precipitado jadeante y loco. Los relámpagos rasgaban las nubes deslumbrándome con su brillante centelleo y mi cuerpo estaba próximo a desfallecer, cuando una parada en firme del caballo me despidió violentamente a tierra, yendo a parar mi cuerpo al lado de lo que por entonces me pareció un cadáver. Medio aturdido por el golpe y atemorizado por lo que me parecía distinguir a la luz indecisa de un relámpago, cerré los ojos a fin de reconcentrar mis ideas y darme cuenta de la situación que a decir verdad no tenía nada de tranquilizadora. Empapadas mis ropas por el agua, sentí que un doloroso escalofrío recorría mi cuerpo y que mi razón se oscurecía por una nube más densa que las que sobre mí giraban con rapidez vertiginosa, pero era necesario no dejarse abatir y salir cuanto antes de aquel trance, que a cada momento podría hacerse más difícil, así que reunidas mis mermadas fuerzas en un supremo y poderoso esfuerzo de voluntad, abrí de nuevo los ojos y hubiera huido aterrado a no haberse negado mis piernas a emprender la carrera. La lluvia había cesado por un momento y un débil rayo de luna, que atravesaba

con dificultad aquel manto de tinieblas, me hizo ver, perpendicularmente sobre mí, un cajón que entre las ramas de un tala se balanceaba dejando caer sobre mí gotas de agua impregnadas tal vez de alguna sustancia putrefacta y a mi lado, con una inmovilidad de cadáver, a Felisa a quien pude reconocer a duras penas. Ya he manifestado que mi primer impulso fue el huir de aquel punto de horror, pero sin duda Dios, a quien con toda fe creo en esos momentos de angustia, fortaleció mi espíritu y me ayudó a llevar a cabo lo que yo creo una buena acción y que usted me recrimina duramente. Lo que pasó después lo ignoro, solo sé que me hallaba ya cerca de casa y con Felisa por delante, cuando me encontré en condiciones de darme cuenta de alguna cosa. Ahora bien, don Pascual, una vez que conoce usted todo lo ocurrido hasta el momento presente, dígame si mi modo de proceder es digno de censura o si por el contrario usted mismo en un caso semejante no haría lo mismo que yo hice.

—A ser cierto su relato —contestó Don Pascual después de un momento de meditación—, confieso francamente que me hubiera hallado un tanto apurado, ¿pero cómo es que Felisa se hallaba en ese momento y en ese estado, bajo el árbol que sin duda alguna sirve de sostén a los restos de su padre? ¿No le parece a usted demasiado casual la presencia de ella en ese punto, el susto de su caballo y su misma caída, para no obligarle a uno a dudar?

—Comprendo perfectamente sus dudas, pero no me será posible esclarecerlas en tanto la misma Felisa no nos explique cómo ha llegado hasta allá. Ocupémonos ahora de hacerla volver en sí y veremos más tarde lo que se ha de resolver.

Y las fricciones a todo el cuerpo se siguieron ya continuas, fricciones secas, con paños empapados en vinagre, en agua sedativa, con cuanto líquido encontraron a mano en la perfumería-botiquín de la pulpería, sin que nada consiguiera hacer revivir aquel cuerpo que parecía abandonado ya por la vida. Una idea cruzó repentina como el rayo por la imaginación de don Luis, idea que era preciso poner en práctica, puesto que venía rodeada de esperanzas salvadoras. En el galpón que le servía de habitación¹⁷³, al lado de su cama tenía un frasco con amoníaco que acostumbraba a emplear con magníficos resultados en todos aquellos que, por excesos en la bebida, quedaban convertidos en masas inertes; era pues necesario recurrir a él en este caso, pues de todos modos nada malo podría suceder de su empleo y tal vez aquellas partículas aéreas desprendidas en cantidad infinitesimal del líquido, impresionándola vivamente, dieran lugar a una reacción favorable

¹⁷³ En el original encima de «habitación» aparece la palabra «dormitorio» como una posible alternativa a la primera (*Nota del editor*).

y la volvieran a la vida. Y se retiró, volviendo inmediatamente con el frasco que agitaba en su mano con aire de triunfo, seguro ya de que no resistiría a su poder vivificador, lo destapó próximo a la nariz de la enferma. Un ligero movimiento de cabeza con una contracción del rostro, señal manifiesta de disgusto, fueron los resultados obtenidos de esta primera prueba a la que siguió otra y otra, hasta que profundas inspiraciones, que dilataban poderosamente el pecho de la enferma, anunciaron el fin cercano de aquella muerte aparente que los tenía sobresaltados. Fue necesario un pequeño esfuerzo más para que abriera los ojos, aquellos ojos que otras veces se dirigían hacia don Luis inundados de una ternura infinita, irradiando de sus pupilas todo un mundo de goces desconocidos y de placeres soñados, y encerrando en el abismo de su profunda negrura todos los deseos despertados por un instinto demasiado desarrollado. ¡Y qué diferencia en estos momentos! Aquella mirada vaga, que corría de uno en otro con la estúpida incertidumbre de un idiota, oprimía el corazón de don Luis de una manera dolorosa, cual si una mano gigantesca se lo estrujara entre sus dedos de hierro. ¿De qué servía haberle devuelto la vida, si había dejado la razón en el abismo tenebroso de donde la habían sacado violentamente? ¡Quién sabe! Era preciso no cruzarse de brazos y hacer cuanto se les ocurriera que podía ser conveniente, hasta que pudiera venir un médico en su socorro. Le dieron un poco de caldo y unas cucharadas de agua de azahar que ella tragaba sin conciencia, con movimientos de autómatas, sin revelarse a nada de lo que se le hacía. De pronto, sus ojos volvieron a cerrarse fatigados sin duda de aquellos rayos de luz que no despertaban ningún recuerdo. Una nueva aplicación de amoniacó la obligó a abrirlos de nuevo, pero esta vez ya brillaba en el fondo de su pupila algo como el despertar de una idea que, adormecida en su cerebro, fuese sacada violentamente de su apacible tranquilidad.

—Creo, don Luis —dijo Don Pascual—, que nada podemos ya nosotros y que en casos como este deben dejarse a un lado los disgustos y las enemistades. ¿No le parece que mandemos a buscar a don Irene para ver lo que se debe hacer?. Un grito penetrante de la enferma, acompañado de una contracción violenta de todo su cuerpo, hizo pasar a los que la rodeaban un momento de angustia dolorosa. El nombre de don Irene pronunciado en el instante crítico en que su cerebro principiaba la lenta elaboración de las ideas, vino a apagar aquella chispa precursora de la vida del ser consciente y razonable. De nuevo volvió a quedar sumergida en aquella inmovilidad cadavérica de que habían conseguido sacarla a costa de tantos esfuerzos. Era necesario empezar de nuevo, pero ya parecía que los mismos remedios no producían tan buenos efectos, así que se abandonaron las fricciones con los

paños para recurrir a echar con un cepillo a lo largo de la columna vertebral, como don Luis había visto hacer a uno que próximo a ahogarse había sido extraído del río; todas las aberturas por donde el viento podía circular libremente fueron inmediatamente desembarazadas de cuanto obstáculo contribuyera a impedir la entrada del aire, y con toda la fe y con todo el encarnizamiento del que espera ver coronados sus esfuerzos de un éxito completo, continuaban sin tregua ni descanso en su obra salvadora. Un suspiro de la enferma anunció por fin la terminación de aquel ataque rebelde, cuando ya las fuerzas de todos estaban agotadas y en momentos en que la terrible duda se iba apoderando de ellos.

VI

En la pieza galpón que servía a don Luis de dormitorio, hallábase éste sentado en una silla a la cabecera de la cama en que Felisa dormitaba agitada por dolorosos ensueños, como podía fácilmente suponerse por los continuos estremecimientos que recorrían su cuerpo y por el gesto de espanto que se pintaba en su rostro cada vez que extendía su mano temblorosa, como tratando de apartar de sí algo que le fuera desagradable en alto grado. Don Luis esperaba pacientemente el despertar de aquel sueño que no se atrevía a interrumpir por temor a verla recaer de nuevo en uno de aquellos paroxismos que tan en cuidado la habían puesto. Aún no habían tenido una explicación sobre los acontecimientos que a ambos tenían preocupados, pues las pocas palabras que Felisa había podido articular eran interrumpidas por frecuentes sollozos y no daban luz alguna sobre el asunto. Y por su parte, don Luis procuraba alejar de su memoria todo cuanto pudiera contribuir a aumentar aquel sufrimiento interno que ponía su vida en grave riesgo. Era necesario esperar aún.

A juzgar por las frases incoherentes de Felisa, su sueño veíase turbado por imágenes confusas y variadas, recuerdos de todas las emociones sufridas, tormento de todas sus horas de esperanza. Don Irene, Misia Luciana, don Anselmo, nombres proferidos sin interrupción, haciendo crujir sus dientes en accesos de rabia impotente, contrayendo poderosamente sus músculos en horribles convulsiones epilépticas, arrancando a su garganta gritos que lo mismo podían traducirse por gemidos de dolor, como por rugidos de leona enjaulada, daba a su sueño más que el carácter de tal, todo el parecido de una vigilia tormentosa. Don Luis, en tanto, sufría con resignación aquella tortura que desgarraba su pecho, sin dejar de dar vueltas en su imaginación a todos los incidentes que pudieron contribuir a colocarlo en aquel estado y a los medios de que se valdría para darle una solución conveniente.

I

LA PUERTA sin puerta de un miserable rancho de barro, por cuyos múltiples agujeros no sólo el viento sino hasta animales del tamaño de un gato podrían penetrar, hállase perezosamente sentada sobre una cabeza de vaca, una joven como de 16 años en cuyo rostro agraciado parece retratarse el terrible cansancio de un inmenso aburrimiento. Su mano acaricia inconscientemente el mate que en su regazo disfruta un momento de tregua, en tanto que sus hermosos ojos negros miran sin ver a lo lejos las verdes palmas caranday que en abundante profusión crecen en aquellos contornos. Nada parece despertar su atención. El balido de las ovejas que se acercan al chiquero y el monótono campanilleo del cencerro de la madrina que reúne la tropilla en aquellas inmediaciones, la sumergen más y más en aquella especie de adormecimiento de que se halla poseída. Creeríase al verla en este estado, en una sugestionada bajo la acción magnética de algún ser oculto entre las palmas. A corta distancia de ella, retuércense, crepitando entre las llamas algunas ramas de tala, en tanto que el agua que hierve en la cafetera, modulando un estertor de agonía, despide una tenue columna de vapor que en blandas oscilaciones desaparece arrebatada por el viento de la tarde. De vez en cuando un rápido estremecimiento agita su cuerpo y un relámpago de salvaje fiera brilla en el fondo de su negra pupila, pero cual si se sintiera dominada por una fuerza superior, cae de nuevo en su arrobamiento, siempre mirando a lo lejos y siempre bajo el dominio de una idea que la absorbe por completo.

¿Es que su imaginación de niña se extasía en la contemplación de mundos mejores por donde vaga olvidada del cuerpo que la aprisiona, o es que en su corazón de mujer sostienen rudo combate las encontradas pasiones que la enervan? Ningún signo exterior revela si las ideas que en su cerebro siguen lenta su elaboración, terminarán por rodear su frente de una aureola de dicha o bien por envolver su cuerpo en un sudario de dolor.

Entretanto, el tiempo avanza, la noche se aproxima y los misteriosos ruidos de la selva prepáranse al nocturno concierto, contentos de ver desaparecer a lo lejos los últimos rayos del sol.

—Ya pronto llegará —exclama por fin, exhalando un profundo suspiro y agitando su cabeza en un rudo sacudimiento—. Y poniéndose en pie dirigióse con paso lento, como abrumada por un peso superior a sus fuerzas, a la contrahecha enramada que resguardaba de los rayos del sol durante el día la mitad de una oveja *carneada* el día anterior, y sobre la que zumbaban en son de fiesta multitud de moscas de un verde brillante. Era preciso preparar el puchero y el asado, puesto que la hora de la comida se acercaba, y con esa precisión y ese arte de la mujer criolla, aquella carne fue dividida y clasificada según el uso a que se la destinaba. Una vez la olla al fuego y próximo a él el asado, ocupó de nuevo su posición primitiva cual si a ella fuera atraída por un deseo de placeres desconocidos. No había duda de que en la idea que la dominaba con una constante obsesión de su espíritu, encontraba algo de común con aquella semi-claridad del crepúsculo que esparcía en la atmósfera torrentes de infinita melancolía. Era el corazón de la verdadera mujer criolla templándose en la sublime grandeza de sus selvas inmensas y de sus bosques frondosos, ajeno a todo temor y desconociendo por completo el miedo que pudiera causarle sobresaltos. Allí, lejos del ruido de los grandes centros cuya existencia ignoraba, concretada a aquel rancho que satisfacía sus necesidades del momento, gozaba de absoluta libertad para recorrer a pie o a caballo el intrincado laberinto de aquellos montes, cuyos ecos repitieron sus primeras carcajadas de niña y seguían repitiendo sus sollozos de mujer. Las ciudades, con sus casas amontonadas, no hubieran provisto de aire suficiente a sus pulmones acostumbrados a respirar aquella atmósfera pura y extensa. Hasta allí no llegaban los miasmas mefíticos desprendidos de las grandes masas de población, que absorben la vida, desorganizando sus elementos, como hasta allí no alcanzaba el sutil refinamiento del placer ni del dolor. Si la exuberancia de la vida vegetativa en todas sus manifestaciones contribuía a desarrollar en alto grado las inclinaciones instintivas con su cortejo de luchas, las delicadas sensaciones del espíritu eran ahogadas en germen por las bruscas expansiones de la materia bruta. La imaginación se agitaba y revolvía como caballo indómito, pretendiendo romper el círculo que imponía un límite a sus desvaríos, hasta que una sensación violenta de la pasión que se desborda, la subyuga, obligándola a reprimir sus correrías¹⁷⁴.

¹⁷⁴ En el original encima de «correrías» aparece escrito «vuelos atrevidos», como una posible alternativa a la primera (*Nota del editor*).

El ruido producido por el galopar de un caballo consigue al fin dar a su rostro una expresión de fingida alegría, y decidida a ocultar su inacción a la vista del que llega, da vueltas al asado, pone un puñado de arroz en la olla y aviva el fuego a la vez que a media voz entona uno de esos compuestos de amor en que el criollo pone toda su alma sencilla con toda su inspiración de poeta. No tardó en aparecer un jinete describiendo graciosas curvas entre las palmas, a fin de evitar el contacto de las aceradas puntas de sus hojas. Hombre joven, de color moreno aceitunado que revelaba de lejos su origen criollo, dejando flamear el poncho con graciosa desenvoltura y haciendo sonar la caña de la bota con la azotera del rebenque que agitaba en su mano derecha; se dirigió a la joven a quien saludó con ese gracejo peculiar al *paisano*, que frente a una buena moza jamás deja de ser galante y decidor.

—Creí que era *tata* —exclamó ella, a la vez que su rostro se teñía de rubor y sus ojos adquirían una expresión de satisfacción mal contenida—, van dos días que lo espero y estas malditas carreras lo traen trastornado, pero bajáte, te cebaré unos mates.

—Lo haré con tanto gusto, cuanto que podremos conversar un rato.

Y echando pie a tierra ató el caballo en la enramada, ocupando luego el asiento que ella acababa de dejar.

—¿Por qué no te decidís de una vez a hacer lo que tanto te tengo dicho? —dijo el joven en tanto que ella cambiaba la hierba al mate—, ya es tiempo de que te vayás convenciendo del poco aprecio en que te tiene tu *tata*. Bien sabés que mi rancho está siempre dispuesto a recibirte y que una vez en él no tendrás ya que temer las brutalidades del viejo.

—Bien sabes Gerónimo —replicó ella—, que si yo fuera sola te seguiría hasta el fin del mundo, si hasta allí era tu antojo llevarme, pero te suplico por lo que más quieras que no me hables de abandonar a mi pobre *tata*, que si es un poco desconsiderado cuando está con la bebida, en cambio es muy bueno conmigo en todas las demás ocasiones.

—¡Valiente bondad de que puedes estar orgullosa! Cuando no hay carreras, hay riñas, y cuando no es algún negocio que tiene que hacer. Lo cierto del caso es que si pasa un mes en su casa, el resto del año se le va en farras y chupandina, sin que se le dé cuidado el dejarte sola en medio de este monte, donde el día menos pensado puede pasarte algo malo.

—Por ese lado nada temas, en primer lugar porque no tengo enemigos en el *pago* y en segundo, porque si hubiera algún atrevido que llegara a propasarse, todavía el brazo de *tata* es bastante fuerte para hacerse respetar; aparte

de que en un caso dado, yo tampoco olvidaría que soy su hija y que hasta ahora no he conocido nada capaz de infundirme miedo.

Y a la vez que con altiva arrogancia pronunciaba estas palabras, se desprendía de todo su ser un no sé qué de bravura capaz de tener a raya a cualquier impertinente, que obligó a Gerónimo a exclamar con entusiasmo: —¡Bravo Petrona! No puedes negar que por tus venas corre la sangre del capitán Antúnez y esto me tranquiliza, puesto que el día que seas mi compañera, lo que espero que algún día sucederá, podré salir de mi rancho en la convicción de que quedará bien guardado.

II

Como a unas diez cuadras de la costa del Arroyo del Tigre, en el Distrito de Raíces, uno de los más montuosos y peor poblados del Departamento de Villaguay, hallase situado el rancho que sirve de vivienda al capitán Antúnez y a su hija Petrona; rancho que a simple vista pone de manifiesto toda la desidia y todo el abandono del criollo, que verá pasar sus días en una ociosidad completa sin que llegue a preocuparle en lo más mínimo el bueno o mal estado de la casa que lo cobija. Y no es que falten maderas en sus bosques, paja en los bañados, ni tierra suficiente con que hacer barro, es que su indolencia le domina, y habituado a vivir a la intemperie creería ahogarse por falta de aire en una habitación cómoda y bien cerrada. Avezado a las fatigas y privaciones, se deja seducir más fácilmente por sus vicios que por las necesidades más imperiosas de la vida doméstica, siendo la pulpería el antro devorador del producto de su rudo trabajo, entregado allí, más que para el sostenimiento de su familia, para fomentar el vicio que más tarde suele arrastrarle hasta el crimen. Es verdaderamente lamentable que hombres de tan excelentes condiciones naturales para el trabajo, ahoguen las nobles aspiraciones de su espíritu dejándose dominar por vicios que cuando menos los precipitan en una vejez prematura cubierta de abyección y de desprecio, legando a sus hijos una herencia funesta de miserias. La escuela que regenera y la continua y severa vigilancia de los focos de corrupción serían un excelente antídoto contra tan desconsoladores males. Es de esperar que algún día, preocupados los Gobiernos de esta raza noble y generosa nación por condición natural, traten por todos los medios posibles de esclarecer sus inteligencias, defendiendo la enseñanza y reprimiendo con mano fuerte toda clase de juegos perjudiciales al individuo, dañosos a la familia y nocivos a la sociedad. La vigilancia en las pulperías y el rigor con los pulperos, es algo que jamás alcanza a estar suficientemente recomendado. Los

impuestos crecidos a las casas de campaña sobre el expendio de bebidas y las multas aplicadas (conforme a la Ley de vagos) por infracciones a la Ley, con destino a la enseñanza ¿no sostendrían o, por lo menos, no contribuirían poderosamente a sostener nuevas escuelas?

—¡Ah, si no fuera este maldito vicio de *tata*! —y exhaló un profundo suspiro, como una protesta impregnada de sublime resignación, en que ponía de manifiesto toda la amargura encerrada en aquella soledad a que estaba sujeta—. Sí, aquel vicio que le hacía olvidarse de todo, la infame bebida, era la causa de cuanto disgusto ella pasaba; nada le importaría estar sola y trabajar, si su tata empleara bien el tiempo.

GLOSARIO

En este glosario se recogen todas las palabras que anotó en su texto Venancio García Pereira, con las definiciones que él mismo escribió. En algunos casos hemos ampliado estas definiciones y además hemos incluido en este glosario otros americanismos que él no anotó. Para el significado de estas palabras hemos utilizado el *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*, el *Vocabulario criollo-español sud-americano* (Madrid, 1910), de Ciro Bayo, y el *Diccionario de argentinismos de ayer y de hoy* (Buenos Aires, 1991), de Diego Abad de Santillán. Toda la información añadida por nosotros va entre corchetes. [J. L. A.]

Al ñudo. Vid. *Es al ñudo*.

Al tranco. Al paso.

Alarido. Grito especial de los indios al entrar en combate.

Amargo. Mate

Andarivel. Camino recto.

Aparte. Separación de algunos animales entre muchos.

Aperos. Todos los útiles para ensillar un caballo.

Apoyo. Leche muy mantecosa.

Arará. [*Camponotus sp.* Hormiga carpintera o de la madera].

Armada. [Forma en que se dispone el lazo para lanzarlo. *drae*].

Asado con cuero. Carne que se asa con el cuero.

Atajar el rodeo. Impedir que salgan los animales del grupo.

Atar a sogá. Atarlo de manera que pueda pastar.

Aviador. El que da dinero por prendas y cobra el barato.

Azotera. Vid. *rebenque*.

Baguales. Caballos que empiezan a amansarse.

Bañado. [Terreno húmedo, a trechos cenagoso y a veces inundado por las aguas pluviales o por las de un río o laguna cercana. *drae*].

Baqueano. [Persona conocedora de los caminos y atajos de un terreno, así como de la lengua y las costumbres de su población].

Bifes. Excoriaciones que se producen andando mucho a caballo

Biguá. [Cormorán neotropical (*Phalacrocorax brasiliensis*)].

Bochas. Juego que se hace con 8 bolas y grandes y una chica [Juego similar a la petanca].

Bolada. Oportunidad, ocasión.

Boleadoras. Tres tiras de cuero en cada una de las que va una bola de piedra.

Boleando. De *bolear*, acción de envolver las patas de un animal que huye con las boleadoras.

Bota de potro. Bota hecha con la piel de las patas de un caballo.

Cábulas. Artimañas.

Cajetillas. Señoritos de pueblo.

Campero. Hombre que sabe trabajar en el campo.

Campear. [Salir en busca de alguna persona, animal o cosa. *drae*].

Capataz. El que está a cargo de los peones en las estancias [Un grado menos que mayor-domo].

Carancho. Ave de rapiña muy dañina. [*Polyborus vulgaris*].

Caranday. «Palma caranday» [*Trithrinax campestris*].

Carlón. «Vino carlón» [Vino de Benicarló (Castellón), en la comarca española del Bajo Maestrazgo, que tuvo mucha difusión en América. Se elaboraba con uva garnacha y daba un vino con mucha graduación; dejó de fabricarse hacia 1920].

Carnear. [Matar y descuartizar las reses, para aprovechar su carne. *drae*].

Carneadores. [Personas que *carnean* el ganado].

Carpa. Tienda de campaña.

Cebado. De *cebar*, acción de echar el agua caliente en el mate.

Cebadora. La que ceba y sirve el mate.

Cebadura. Cantidad de yerba mate necesaria para la infusión.

Cedrón. [*Lippia citriodora*. Planta medicinal, conocida también como hierba luisa; según la medicina popular tiene propiedades cardiotónicas].

Cielo. Una de las figuras del *pericón* (vid.).

Cimarrón. Mate amargo; que no lleva azúcar.

Ciñuelo. Buey manso que sirve de guías a los novillos.

Coima. Barato, tanto por ciento que se cobra por juego.

Compadrear. Hacer alarde.

Compositor. El que cuida y prepara el caballo de carrera.

Costa. [Orilla de un río, de un lago, etc., y tierra que está cerca de ella. *drae*].

Criollo. Nacido en América.

Cuadras. Medida de campo de 150 varas.

Cuerpo de buey. De gran tamaño.

Culero. Especie de delantal de cuero, para sujetar el lazo.

Curtido. Duro, fuerte para la intemperie.

Chacota. Broma.

Chajá. [Ave acuática (*Chauna torquata*)].

Chambonada. Hacer una cosa mal.

Chasqui. [Mensajero, emisario, correo. *drae*].

Chatasca. Guiso de carne seca y machacada en el mortero. [«Carne salada y seca deshilada, picada en un almirez ó mortero y aderezada con especias y grasa de vaca ó de puerco»].

Chazoneta. [Chanzoneta: Copla o composición en verso ligera y festiva. *drae*].

China. Mujer de la clase humilde.

Chiquero. Corral de ramas en que se encierran las ovejas por la noche.

Chiripá. Especie de taparrabos.

Chúcaro. Salvaje; sin domesticar.

Chupandina. [Reunión de personas con el fin de beber].

Churrasco. Trozo de carne asado al asador o sobre las brasas.

Dar riendas. Hacer caracolear el caballo.

Departamento. Concejo.

Empacado. Que se niega a caminar.

Enramada. Cobertizo de ramas.

Es al ñudo. Es inútil, en vano.

Estancia. Establecimiento de campo, destinado a la cría de ganado.

Facón. [Cuchillo grande y puntiagudo, con

el que el gaucho «corta pan, carne la res, limpia el caballo, pulimenta las tiras de cuero y se defiende de sus enemigos»].

Farra. Diversión, jarana.

Flete. Caballo muy bueno.

Fuera. Grito de los trabajadores al separar un animal.

Galpón. [Cobertizo grande con paredes o sin ellas. *drae*].

Gambeta. [Ademán hecho con el cuerpo, hurtándolo y torciéndolo para evitar un golpe o una caída. *drae*].

Garúa. Lluvia menuda.

Gato. Baile argentino.

Gaucho. Criollo pobre.

Gorra de vasco. Boina.

Gringo. Extranjero, no siendo español, a quien llaman gallego.

Gritador. Que obliga a largar la carrera.

Guasuvirá. «Especie de corzo» [*Mazama gouazoubira*. Cérvido americano de mediano tamaño].

Hierra. Marcación de animales.

Isaú. «Hormigas isaus» [*Atta vollenweideri*].

Jaguar. Tigre de América [*Panthera onca*].

Locro. «Locro de maíz». [Guiso de maíz machacado y carne de vaca y cerdo, muy habitual durante el invierno].

Largada. [El momento en que una persona con una bandera o pañuelo hace la seña para dar la salida a una carrera. Salida de los caballos a toda velocidad en una carrera].

Largar. [En lenguaje hípico, partir los caballos a toda velocidad iniciando la carrera o competencia].

Laucha. Ratoncito [*Mus musculus*].

Lazo. Especie de soga de cuero que sirve para enlazar y *pialar* (vid.) las reses en campo abierto.

Lechiguana. [Palabra quechua que da nombre a un insecto himenóptero de la familia de

las avispas que produce miel, y por extensión se llama a la colmena o nido de estos insectos, que se encuentran colgados de los árboles].

Liviano. De menos peso. De poco peso, ligero.

Madrina. Yegua a la que se le pone un centorro y reúne unos cuantos caballos.

Majada. Rebaño.

Malgarita. Margarita (modismo).

Mampas. Astas, cuernos.

Mancarrón. Caballo que vale poco.

Maneador. Tira larga de cuero curtido que sirve para atar las manos a los animales mientras pastan.

Manear. Trabrar.

Maní. Cacahuetes.

Manga. [Espacio comprendido entre dos estacadas que van convergiendo hasta la entrada de un corral. *drae*].

Marcela. [*Achyrocline satureioides*. Planta medicinal empleada para problemas de estómago].

Marchante. Parroquiano.

Matambre. Pedazo de carne que cubre las costillas.

Mate. Infusión de yerba especial, y nombre de la fruta en que se sirve. También se emplea como sinónimo de cabeza. «Mate de las Morales»: mate que nunca se sirve.

Matrero. Que anda huyendo [Cuatrero].

Maturrango. Poco jinete, que no sabe montar.

Mazamorra. Maíz cocido en agua o leche. [Maíz machacado en mortero y luego hervido en agua o en leche con azúcar].

Medio. Cinco céntimos.

Menta. Fama, nombradía.

Misia. Señora, corrupción de la palabra inglesa *missis*.

Mochila. Carrera entre varios caballos.

Mojarrero. [Caña de pesca muy simple

compuesta por una vara fina de un metro o metro y medio de largo, un hilo, una boya y un anzuelo. Se empleaba sobre todo para pescar mojarra].

Mojinete. [Frontón o remate triangular de las dos paredes más altas y angostas de un rancho, galpón o construcción similar, sobre las que se apoya el caballete. *drae*].

Monjitas. Insectos apenas perceptibles y cuyas picaduras son muy molestas.

Munición patera. Munición gruesa.

Negocio. Comercio.

Novelero. Amante de las novedades.

Ñandú. Avestruz de América sin cola y más chico que el de África. [*Rhea strutio*].

Ñandubay. [Árbol leguminoso, mimóseo, americano, que posee una madera rojiza muy dura y consistente].

Orejano. Animal sin marca.

Padrillo. [Caballo semental].

Palenque. Palos gruesos y resistentes a que se atan los *baguales*.

Pajonal. [Terreno bajo y anegadizo, cubierto de paja brava y otras especies asociadas, propias de los lugares húmedos. *drae*].

Pampa. Grandes extensiones de campo sin población ni cultivo en la provincia de Buenos Aires.

Pampero. Viento de la Pampa. s.o., generalmente fuerte y frío.

Pangaré. Caballo de color de llama.

Paradas. Apuestas.

Parar rodeo. Reunir en un punto dado todos los animales vacunos.

Parejero. Caballo que se cuida para correrlo. [«Caballo de carrera al que se da por los criollos una educación especial»].

Partidas. Corridas para igualar los caballos.

Pava. Cafetera en que se calienta el agua para cebar el mate.

Payador. Cantor que improvisa y se acompaña con las guitarras.

Pechada. Golpe que se da a un animal con el pecho del caballo.

Peludo. Borrachera. [La misma palabra se emplea para denominar al armadillo peludo (*Chaetophactus villosus*), animal que tiene una carne muy estimada y cuya caza se hace por la noche, que es cuando sale de su madriguera].

Pericón. Baile nacional argentino.

Petiso. Caballo chico.

Pialar. Acción de envolver con el lazo las patas delanteras de un animal.

Picazo. Caballo oscuro, con las patas y la frente blancas.

Pilchas. Cada una de las piezas del *recado*.

Pingo. Sinónimo de *flete* (vid.); caballo bueno.

Piolín. Pedazo de bramante.

Plata. Dinero.

Ponchillo. Manta agujereada en el centro para meter la cabeza.

Poro. Fruta hueca parecida a la calabaza. Mate de forma ovoidea.

Potrero. Porción de campo rodeada de alambres y que aísla los animales. [«Recinto cerrado, destinado al engorde o internada de los animales»].

Puesta. Que ninguno gana por llegar iguales.

Pulpería. Casa de comercio en el campo. [«Establecimiento campestre que es almacén, tienda, taberna y casa de juego. Sitio de cita del paisanaje y mentidero de la campaña. Allí se juega a la taba, al *truco* y a las *bochas*, y en días de fiesta se organizan carreras»].

Pulpero. [Dueño de una *pulpería*].

Puma. León americano que no tiene melena. [*Puma concolor*].

Punta. «Puntas de vacas». [«Piña o montón de cosas homogéneas que se separan de un todo homogéneo»].

- Punzó.** Rojo vivo.
- Quinchada.** Hecha de paja.
- Rancho.** Casa de gente pobre en general de barro o paja.
- Raya.** Punto en que termina la carrera.
- Rebenque.** Especie de látigo de cabo de madera y azotera de cuero.
- Recado.** Montura completa del criollo.
- Recién.** Recientemente (modismo americano).
- Refocilo.** Relámpago.
- Relaciones.** Versos que se dicen las parejas durante el *cielo* (vid.).
- Rocillo.** Caballo rojo con muchos pelos blancos.
- Rodada.** Caída del caballo y jinete.
- Ronda.** Vigilancia que se ejerce sobre los animales.
- Saladero.** [«Establecimiento destinado a la matanza de reses vacunas y a la preparación de la carne»].
- Sentencia.** Juez que da el fallo.
- Sonso.** Soso, tonto, simple.
- Taba.** Hueso de las patas del caballo.
- Tacuara.** Caña común.
- Tajamar.** Laguna artificial.
- Tala.** [*Celtis ehrenbergiana*. Árbol de porte mediano y fuertes espinas. Su madera es dura y pesada].
- Tamberas.** Vacas lecheras que permanecen siempre cerca de las casas.
- Tambo.** Punto en que se ordeñan las vacas.
- Tape.** Nombre que se da al criollo joven.
- Tarjas.** Señales que se hacen en un palo para llevar en cuenta de los animales marcados.
- Tata.** [Nombre que se da al padre o al abuelo; en la actualidad los jóvenes de Villaguay llaman así al abuelo].
- Teru-teru.** Ave que da un grito igual a su nombre y es buen vigilante. [*Vanellus chilensis*].
- Tientos.** Tiritas de cuero en la parte posterior del *recado* para atar el lazo.
- Tordillo negro.** Caballo blanco con muchos pelos negros.
- Triste.** Aire nacional, de música sentimental.
- Tronada.** [Tempestad de truenos. *drae*].
- Tropa.** Piarra de animales que se traslada de un lado a otro.
- Tropero.** Que hace *tropa*.
- Tropilla.** Los caballos que mantiene reunidos la *madrina* (vid.). [«La *tropilla* es una manada de caballos que va suelta siguiendo a la yegua *madrina*»].
- Truco.** [Juego de naipes].
- Tucu-tucu.** Especie de topo que mina los campos; cueva que hace [*Ctenomys argentinus*].
- Usura.** Poner una cantidad mayor contra otra menor.
- Vaqueano.** Acostumbrado a hacer una cosa.
- Vaquillona.** [Vaca de uno a dos años, y de peso entre 210 y 320 kg aproximadamente].
- Vicios.** Tabaco, yerba, azúcar, etc.
- Vinchuca.** Especie de chinches negras muy molestas [*Ixodes sp.*, género de garrapatas].
- Vizcacha.** Roedor un poco mayor que el conejo y solo sale de noche [*Lagostomus tri-chodactylus*].
- Yaguané.** Animal vacuno con una mancha blanca desde la cabeza hasta la cola.
- Yerbales.** Porción de terreno en que crecen los árboles que producen la yerba mate.
- Zorrino.** Animal más chico que el gato y cuyos orines despiden muy mal olor [*Mephitis patagonicus*].

ÍNDICE

Presentación, <i>por</i> Juaco López Álvarez	7
«Cuadros y escenas criollas de Villaguay» del doctor Venancio García Pereira, <i>por</i> Manuela Chiesa	11
La vida de Venancio García Pereira, <i>por</i> Juaco López Álvarez	13
Un asturiano en Montiel (y de la importancia literaria de sus textos), <i>por</i> Miguel Ángel Federik	29

EDICIÓN

Cuadros y escenas criollas de Villaguay (Argentina)

Dedicatoria	37
Prólogo	39
El mate	41
Un aparte	47
Una herra	53
La pulpería	59
En viaje	67
De pesca en Gualaguay	73
De baile	79
Por Los Mojones	87
Sigue la farra	93
Villaguay	99
Por las «Raíces»	107

APÉNDICES

1 [Dos capítulos de una novela inconclusa de Venancio García Pereira]	115
El curandero	115
Felisa	137
2 [Fragmento de una novela inconclusa de Venancio García Pereira]	151
Glosario	157

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA 28 DE FEBRERO
DE 2013

Venancio García Pereira (Cangas del Narcea, Asturias, España, 1857–Buenos Aires, Argentina, 1896) fue un médico que en 1885 emigró a Villaguay (Argentina). Allí encontró una naturaleza y una gente que le fascinaron, y que conoció muy bien gracias a su profesión. Hombre de espíritu romántico y escritor próximo al naturalismo, describió con rigor, pasión y, a veces, con cierta magia la vida rural de esa población, nueva y selvática, situada en el centro de la provincia de Entre Ríos. Su testimonio, escrito en 1894, que ha permanecido inédito hasta ahora, es el más antiguo que se conoce sobre la vida cotidiana de aquel territorio y una rareza en la bibliografía española, pues a fines del siglo XIX nuestro país estaba adormecido para todo lo que se refería a América y lo americano. Además, sus características literarias, el empleo de numerosos argentinismos y la fecha en que escribió, convierten a este autor en uno de los precursores, desconocido, de la literatura entrerriana.



ISBN 978-84-96906-42-6



9

788496 906426